

TXILLARDEGI

**ALLENDE
EL VIENTO**



Haranburu - Editor, S.A.

LIBRO
LIBRO

1984 - Uztaila

© Haranburu editor, S. A.

Avda. de la Libertad, 1, 1.º - A

DONOSTIA

I.S.B.N. 84-7407-211-5

D.L.: S. S. 406/84

Inprimatzen du:

ITXAROPENA, S. A.

Errikobarra kalea, 2 - ZARAUTZ

*A cuantos han desesperado
del Mar;
desesperado, sí,
definitivamente,
del Mar tranquilo,
del Mar ancho,
del inmenso Mar;*

*...y humildemente, sabiamente también,
se han decidido
a paladear gota a gota
durante las breves horas finales de la tarde,
breves horas vespertinas tan excesivamente breves,
la fugaz poesía de los lagos silenciosos,
convertida desde ya en su único refrigerio humano.*

I

... Y me fui así a lugares cada vez más apartados, a sitios cada vez más remotos.

Y me alejé así más y más allá, hasta zonas aún más lejanas; y llegué también hasta más allá del páramo de los dolores y de las llamadas desgarradas y desesperadas... e incluso hasta parajes a los que jamás había llegado fugitivo alguno...

Y en aquella demencial huída, llegué incluso más allá de esas zonas desérticas, que bien sabemos temibles e inesquivables a la vez; y hasta más allá también de los últimos oasis con vegetación y de las más lejanas parcelas sin arena... atravesando regiones calcinadas que jamás ha humedecido el rocío... y caminando solo, solo, estrictamente solo...

Y vi allí que todos los colores se habían ajado y confundido, y aparecían como uniformizados, como engrisecidos, en una especie de decrepitud generalizada de la identidad cromática; ya que allí, en aquel incoloro estercolero, algo como extraña niebla de ceniza lo cubre todo.

... Y fatigas enormes acabaron derrotándome; e incluso aquel brutal cansancio, al que no sigue un solo momento de descanso, acabó agrietándose y deshaciéndose...

Y por fin me encontré en una soledad absoluta, despojado de todo, privado de todas las cosas, y en el vestíbulo ya de aquella región repugnante y repleta de gusanos, en la que han de apagarse y aniquilarse hasta los últimos deseos y las más mínimas esperanzas...

Pues me llevó hasta allí mi propio destino humano; hasta allí mismo, sí, como suspendido de algo indefinible; como cada propio destino acaba llevando hasta allá a todos los seres.

...Y así me sucedió a mí, irremediablemente, como a todos nosotros, como te sucederá también a ti: un día me encontré en los límites de ese desierto, implacablemente duro, en el que el aire está indefectiblemente en reposo; desierto que está más allá del viento. Y me sorprendí allí en monólogo largo, trabajoso, triste, desesperado, sin interlocutor exterior alguno...

II

... Pero—cosa que no me sucedía desde hacía largo tiempo—cuando mi frente se había quedado fría y mis pies calientes, miré a mi alrededor. Y barrunté la silueta de un húmedo oasis de paz que ya no esperaba.

¡Parecía apuntar un nuevo día:

Y oí como un mar de cencerros de oveja;

y observé que las copas de los pinos se
[balanceaban al viento,

y vi también un ancho y oscuro bosque en la
[noche tenebrosa.

Pero, desgraciadamente,

¡era el día que se iba!

Y...

III

...Y, rápidamente, al cabo como de un minuto, adiviné que estaba poniéndose el sol en Soustons.

La paz era completa en el lago.

Digo bien completa; pero aun así nada digo con solo esa palabra. Porque, tras aquella sima infinita de pesadillas, nada podrían las palabras todas para hacer sentir la profundidad y la totalidad de aquella paz que descubrí en Soustons.

Vi una lancha verde en la orilla misma del lago, que parecía dormir en el quieto anochecer y en el profundo silencio de aquel paraje. Y vi también allí, junto a mí, ofreciendo refugio, e idéntico al que conocí en los tiempos de mi juventud ya lejana, aquel trampolín de madera, embarcadero y plataforma a la vez: silencioso, abandonado, vacío.

Y me descalcé; y me senté en él, mientras mis piernas estaban colgadas tan cerca de la superficie del agua, que casi la tocaban con las puntas de los dedos de mis pies.

Y al sentarme—ino había notado nada parecido desde hacía muchísimo tiempo!—percibí una extraña oleada de calor en la parte trasera de mis muslos y en mis nalgas; como si se tratara, por la sensación de calma que la acompañaba, de un placer erótico.

Y recordé la tendencia al sol de las lagartijas y los lagartos.

Y, al otro lado del lago, contemplé las extrañas chozas de Azur.

Y sentí paz. Paz, una hermosa paz, una paz apacible si cabe. Y encontré que mi respiración volvía a ser mía de nuevo, y se ponía a mi servicio.

Sin embargo, sentí también tristeza.

Porque todo era y es fugaz en Soustons; y porque allí resultan fugaces y breves hasta los crepúsculos más duraderos y prolongados; hasta el punto de que parece que nunca duran más que un chispazo. Tanto más fugaz en aquel avaro remanso que se me daba en plena cadena de horrores.

.. Y, en esto, se me acercó un perro grande y negro; y me miró brevemente. Mirada breve, pero a los ojos.

Y sentí un desgarrón terrible en el corazón. Pues entonces justamente mi propio perro, grande y hermoso también, se encaminaba hacia su muerte. Y me acordé amargamente de él. Pues en aquellos precisos momentos, jadeante, con su lengua ya seca y rígida, se estaba acabando en algún rincón oscuro... Porque también él, mi perro, mi hermano mejor dicho, compañero en la muerte, partía a través de la soledad de soledades... Y, en mi impotencia, me acordé de su mansa mirada, y de su pata, leal y torpe.

Y me obsesioné entonces con sus silenciosos e inútiles sufrimientos, que tanto contrastaban con la bellísima paz del lago tranquilo; porque todos morimos un día como él, inútilmente y en un absoluto silencio: moría mi perro, y mueren todos los animales, y morimos cuantos hemos nacido como seres humanos: cada cual se acaba en el fondo de su propia sima y en su propia soledad. Como mueren inútilmente las mismísimas galaxias, en sus torbellinos inmensos y tras millones de años; tras haber nacido también, y haberse fortalecido, y haber estallado, y haberse aniquilado por fin en vano.

Se acercó a mí, jugueteón, aquel perro grande y negro; y tras rondarme un poco, se fue hacia el restaurante solitario: raudo, ágil, sin mostrar la menor fatiga. ¡En plena salud!

... Y, cuando se estaba alejando de mí, y yo le miraba, me sorprendieron súbitamente las puntas cónicas del restaurante llamado «Le Lac d'Azur», situado al otro lado del lago; e, inopinadamente, me espantaron y aterraron!

... En efecto, de modo imprevisto, vi en mi interior que un grupo de gorros cónicos idénticos, mil veces malditos, se imponía a las torrecillas cónicas del restaurante. Y me parecía que la visión del exterior se desvanecía, en tanto que la que nacía dentro de mí se reforzaba... Y vi cómo otros cucuruchos o pináculos parecidos circulaban por las calles de San Sebastián, cuando era yo niño, como si se tratara de un grupo de fantasmas, en filas interminables y sagradas, mientras recibían el agasajo de extrañas saetas españolas. Allí iban, como banda de espantapájaros, vestidos de morado, de negro, de rojo, de azul, de verde... y de rojo, amarillo, rojo, amarillo...

¡Qué grotesco carnaval fue aquél! Pero imposible proclamarlo así, como era imposible incluso el pensar nada parecido: inmediatamente había pecado, infierno, maldición.

Y, aunque con imperfecciones, recordé entonces aquel San Sebastián de mi infancia, extranjero, ahogado en música litúrgica y en aroma de incienso. Y allí iban los que pasaban por ser cucuruchos sagrados, de calle en calle:

—¡Rindamos pleitesía! ¡Rindamos pleitesía! ¡Rindamos pleitesía! (en esp. en orig.)—una y otra vez, y mil veces.

¡Y los maldije con todo lo que me quedaba de mis fuerzas!

Y oí en eso un bramido de Mar, que se acercaba hacia mi cama; y me eché a temblar. Y entonces las cónicas puntas del pequeño restaurante se pusieron a marchar sobre el lago: «Hombre de poca fe: ¡levántate!». Giraron todos simultáneamente a lo largo de las dos filas enteras; y se quedaron mirándome.

¡Qué asfixia!

Los hombres de los cucuruchos multicolores blandían sus cruces alargadas de plata como si fueran palos; y sus amenazas, sus obscenidades y sus palabras soeces se agolpaban en mis oídos. Y entonces oí de sus labios aquel grito envenenado: «¡¡Muérete, cerdo masónico de la pútrida horda!!» (esp. orig.).

El lago se había esfumado.

Y entorné mis ojos...

... Pero cuando yacía ya en la total desesperanza, noté que me invadían de nuevo la paz y el silencio. ¡Qué ingente alegría la mía!

Y, aunque tímidamente, abrí poco a poco mis ojos doloridos.

Y contemplé de nuevo el lago, apacible, en su paz radical; y, al otro lado del lago, las torres cónicas del restaurante; que esta vez no marchaban, y se me aparecían como curioso motivo decorativo de arquitectura...

... Con todo, cada vez con mayor prepotencia, una especie de hiel amarga se iba imponiendo a la belleza que destilaba el quieto y tranquilo ambiente de Soustons y Azur; y la atmósfera poética que había barruntado fue estropeándose poco a poco, hasta disolverse finalmente.

Y así resultó que para cuando empezaba a saborear la bella paz del lago, se me convertía aquélla en veneno, y en origen de mil espantosas náuseas. Y sentí que aquella excepcional armonía del lago era como una burla salvaje, como una cruel cuchillada contra todos los desgraciados, contra todo lo que tiene una sensibilidad, contra todo lo que vive en suma; o mejor acaso... contra todo lo que, simplemente, existe.

—¿Ni tan siquiera el lago?—se me ocurrió exclamar en medio de mi dolor.

Y me pareció que, insensiblemente, empezaban a sumergirme las aguas del lago, y que pronto los árboles y el propio pequeño restaurante, se me ocultaban tras una mole de agua, por detrás de su superficie.

Y me asusté.

Pues también los tejados cónicos y blanqui-rojos del restaurante se hundían bajo el agua lo mismo que yo, sin que se notara en ellos el menor movimiento.

IV

... Y volví a dormirme tras aquellas zozobras.

Y, mezcladas las palabras con mi respiración, y a su mismo ritmo, cuando me parecía que todo resto de inspiración se disipaba en mí, oí:

*fue aquella mañana, lenta, tibia,
y tristonaa,
aquella mañana lenta, tibia,
cuando, desde muy lejos,
aquella mañana, lenta, tibia,
al borde solitario del Mar
aquella mañana lenta y tibia...*

Las sábanas abrasaban mi espalda dorolida.

—¡C:go! ¡Veo! ¡Pero nada más puedo hacer! ¡Qué angustia la mía! ¡Qué horrible impotencia!

Barruntaba, sí, olas olvidadas; aquellas olas, olvidadas hasta lo indecible, que reventaban uniformemente ante nosotros. Pero cuando el Mar y el cielo empezaban ya a concretizarse dentro de mí en sus propias tinieblas, se me borraba la visión.

Y una voz extraña, que reside en mí más profundamente que mis propias entrañas, como a ráfagas, rebotando esperanza a borbotones y como radicalmente enloquecida, me sugirió en la ruda hora que atravesaba:

*permanecemos allí
los dos
¿recuerdas?...
y no podíamos refrenar
nuestra necesidad de reír...*

—¡Demasiado tarde!—me gritó algo que hablaba con voz hecha de rugido de Mar, aniquilando a la vez el momento silencioso del lago y mi atisbo de esperanza.

Y empezaron a acercarse a mí olas terribles, cada vez mayores, cada vez más altas, cada vez más fragorosas.

Y de pronto aquella agua espumada tocó la punta de mi pie. ¡Un agua fríísima! Pero yo no podía retirar mi pie hacia atrás, ino podía moverlo ni un milímetro! ¡Qué intenso dolor en los dedos!

Y, a partir de ahí, me tocaba el agua a cada ola, y me hacía sufrir, como si me hiriera repetidamente.

Y se aceleraron los ritmos de las olas y de mi corazón,

que marchaban al unísono de forma extraña. Y las olas crecían más y más:

*aquella mañana lenta y tibia,
aquella mañana lenta,
aquella mañana tibia,
aquella mañana,
aquella calma lenta
en aquella quietud,
¡cuando era a la vez mañana y temprano!**

—¿Qué más? ¡Piedad!—rogué humildemente—. Y entonces vomité sangre negra por mi boca durante un largo rato.

Y a cada latido me mojaba una ola; y, en ese mismo instante, me helaba, me dañaba, me hería a fondo. Para cuando adivinaba las palabras «aquella mañana lenta y tibia», se reproducía el hielo en mis doloridos dedos; y se fraguaba una nueva ola ante mis ojos aterrorizados.

Y, en ese momento, en la rampa de piedra que desciende hasta la ensenada de Muitza, leí:

*—y me encontré solo,
sin poder desesperar
en la desesperada desesperanza de mi
solo totalmente, [alejamiento,
en la más solitaria de las soledades
que inventiva humana alguna
haya podido imaginar jamás...*

Y finalmente, el Mar inmenso se alzó ante mí cual muralla confusa y espumada; y se dirigió a mí desde el Este. Y entonces, cuando intentaba huir, en vano, me arrebató, más brutalmente que nunca, la espantosa asfixia, la inevitable asfixia, del más allá del viento.

Y descubrí en esto que me despeñaba vertiginosamente por la rampa de Muitza, en disparatado descenso hacia el Mar.

Y éste se cubrió de ruido de maquinaria, lo mismo que mi corazón.

Y me acordaba del asno ciego de Muitza. Y me

* El juego de palabras es intraducible, pues «goiz» significa en vasco tanto «mañana» como «temprano».

obsesioné, en la oscuridad de aquella habitación, con la rampa negra de detrás de Txubillo.

Y agotado por la fatiga extrema que ni me permitía mover mi pie, me olvidé del Mar y del lago.

V

... Y, cuando yacía exhausto en pleno desierto, observé que, en una tormenta espantosa, cada vez más cerca, con estruendo cada vez más ensordecedor, enormes icebergs se entrechocaban. Y, mezclado con aquel estrépito, y abrupto, horripilante, oí el bramido del Mar. Y me horroricé hasta un nivel tal como no hubiera podido sospechar hasta entonces.

Y cuando me sacudió un escalofrío, comprendí que el anochecer había empezado a refrescar; y quise recoger las sábanas hacia mí rápidamente, apresuradamente, antes de que los salpicones resultantes del choque de los icebergs penetrasen en mi lecho.

Pero era demasiado tarde.

Y mi frente me abrasaba como puede abrasar un hierro candente recién sacado del horno; y cuando aquellos cristalitos de hielo se proyectaban sobre mí, despiadadas cuchilladas atravesaban de parte a parte mis sesos doloridos.

Y maldije a los icebergs.

Y miré hacia el Oeste; y me aterrorizó la rampa negra y larga de detrás de Txubillo:

—¡Muitza! ¿Muitza ahora?... ¡¡Qué pronunciadísima pendiente!!

Y, hacia el Norte, divisé el Mar, tranquilo, ancho, ilimitado.

—¡¡No!! ¡¡Ay de mí!! ¡Horror! Despeñarme ahora hasta esas rocas... y ahí, «zausk»!

Y en la ensenada de Muitza, y hasta Tximistarri, e incluso hasta Itsaspe, oí, repitiéndose hasta hartar a cualquiera, y en ecos espantosos:

—In nomine Patris, et Filii, et Spiritu Sancti... ego absolvo... ego absolvo... ego absolvo... que el Señor misericordioso perdone vuestras hediondecas rojas... (esp. orig.).

Y la rampa entre morada y negra de Muitza respondió a aquella oración con mil fragores.

Y aquella sucesión de gritos humanos no tenía, invariablemente, otro final que el graznido de los cuervos. Y, desde Baquedano hasta Zudaire, en todas las Améscoas, y hasta Igueldo y Talaimendi, se escucharon, a lo largo de toda la noche, los rebuznos del asno ciego y los gritos estremecedores de mil hermanos bien amados.

—¡Apártate, Mónico!—dije—¡Apártate, maldito! ¡Ojala te mueras! ¡Déjame descansar, cerdo, al menos en este desierto!

Pero Lezaun estaba lejos; y más lejos todavía aquel Lezaun de mi niñez.

Y la ensenada de Muitza recobró la calma.

Y las muchachas y los muchachos miraron de nuevo desde el carrusel, desde lo más alto del puente y siempre con el mismo temor, la rampa negra de detrás de Txubillo. Aunque aquel impacto se esfumaba pronto de sus mentes al iniciarse la cuesta del carrusel hacia el túnel. Y así también aquel día mil carcajadas, jóvenes y ruidosas, atravesaron el extraño crepúsculo de Txubillo.

VI

... Inopinadamente, se hizo la paz en mi cerebro; un poco de paz, al menos. Después se trató de una paz profunda, y total, y tranquila, y enorme al fin. Y en aquel extraño instante de placidez, parece que se encendió ante mí una chispa; chispa que, a pesar de ser instantánea, se alargó aparentemente.

Y me sorprendí volando por los aires en un sereno avión.

Y divisé nieve por la ventanilla redonda de mi derecha: había nieve al Norte, nieve al Sur, nieve al Este, nieve al Oeste. Era una impresionante nevada; por todas partes aparecía todo blanco y cegador.

Y en la orilla del Mar, allá lejos, justamente en la línea en que terminaban las regiones nevadas, limitando con una zona azul inmensa, aparecía San Sebastián. Debería decir que más bien se intuía que verse; se aparecía mínimo en extensión, convertido, a pesar de todos sus conflictos y problemas, en puntito insignificante. Y más hacia el Norte, como si se concretizaran gota a gota, adiviné Koskenea, y el querido Guéthary; y más adelante, a lo largo de lagos sucesivos, Hossegor, y Soustons, y... Y por el Oeste, visible solo como ínfimo promontorio, avisté el atrevido Matxixaco, y el adorado Gaztelugache, y el perdido Castro...

—¡Toda la vida ha transcurrido ya!—oí en mis entrañas.

Y sentí una curiosa calma.

Y mientras percibía ahora todo esto con mayor intensidad incluso que en los sueños, sobre el ronroneo, ininterrumpido y monótono, de los motores del avión, me olvidé hasta de mí mismo...

... Un poco después, sin embargo, se pararon los motores.

Y mi avión se lanzó en picado, girando, dando saltos, como cuando en Noviembre las hojas caen hacia el suelo sacudidas por el viento.

—Nik ez nai bêra-bear ori!*

* —¡No quiero para mí esa bajada inevitable!
(Las palabras son del poeta vasco Lizardi).

Pero el avión caía con velocidad creciente, describiendo una especie de espira helicoidal. Y me rodearon nieves y fríos, inconmesurables. Todo aparecía blanco y helado; pero poco después todo se había tornado negro.

—¡Zabalaitz!—exclamé rompiendo el extraño silencio—. ¡Ven a mí!

Pero los ruidos de esquila en que había creído con dificultad, se alejaban ya de mí; y lo mismo se marchaban Aizkorri, y Aratz, y Aloña, y Malkorra, y todas las maravillosas praderas de Urbía, llevándose tras ellos el rumor de esquilas...

Y me di cuenta de que me estaba despeñando por la rampa de Muitza, ¡que me precipitaba hacia el Mar a velocidad máxima!

—¡¡No!!

Y en ese momento sentí un golpe espantoso en todos mis huesos y en todas mis entrañas.

... Y mucho tiempo después (aunque, ¿fue tanto realmente?) abrí mis ojos, y nada veía...

Parecía yacer más allá de las apariencias, vencido por un frío polar y por un calor tórrido. El caleidoscopio de las imágenes se había detenido.

Y nada se hacía sentir en aquel desierto de silencio, lejano y sin luz: ni viento, ni rumor de manantial, ni grito humano alguno, ni... ¡ni tan siquiera el bramido del Mar!

Absolutamente nada desgarraba aquella paz inmensa y pegajosa. El silencio y el vacío eran allí idénticos, y se reducían a sí mismos; constituyendo el único componente de la noche inacabable. Había alcanzado el vestíbulo de la región triste e inanimada para la que no se ha podido encontrar camino de regreso alguno. No cabía duda.

Y cuando me debatía en aquella impotencia, sin saber a quién asir ni a quién llamar, se iban borrando las últimas briznas de mis recuerdos, y se interrumpían; y las más placenteras imágenes se agriaban con celeridad inaudita.

Y de allí a poco, me descubrí desganado; indiferente e insensible a todo.

Ahogado en los dolores, asqueado respecto a todas las cosas, ya nada excitaba ni impresionaba mi interior. Hasta la sensibilidad parecía haber sido arrancada de cuajo y descuartizada.

Y el desierto negro y triste se apoderó de mí.

Por lo visto, las pesadillas habían sido excesivamente prolongadas, excesivamente duras y excesivamente desesperadas; y me habían desecado, como habían desecado todas las cosas vivientes de mi alma; como los torbellinos abrasadores del Sahara y de Kalahari suelen evaporar y desecar hasta las últimas gotas de agua de los más recónditos rincones de sombra.

Hasta los terrores, los espantos y las angustias; hasta la violenta náusea que acompaña a la bajada inevitable, estaban como desdramatizados, como vaciados, congelados y muertos.

Y nada quedaba en el fondo de mí. Ni siquiera el deseo de seguir diciendo: «no quiero descender a esa tiniebla». En mí todo era frío, témpanos, desinterés radical. La hiel abundaba en mis tripas y en mi esófago, y el hedor era rey en mi boca; pero en el corazón imperaba... ¡el vacío!

¡Cuán amargo es el deajo de lo que sucede a la vida!

¡Cuán árida la sequía que se produce tras la última ráfaga de viento del Mar!

... Y me adentré en la ciénaga hedionda de los dolores sin esperanza, y a través de todos los tipos de agotamiento; y hasta increíblemente lejos a través del desierto de los sufrimientos insoportables de la carne.

Y abandoné definitivamente, en aquella amada llanura de fatigas, que dejaba allí abajo, hasta los últimos estruendos de rayo.

Y al final de todo me encontré con una quietud muerta, y con un silencio insuperablemente denso. Y no había allí ni rastro humano alguno, ni el más mínimo indicio de vida. Pues aquel espacio negro tiene tragados y aniquilados desde siempre incluso los más impresionantes estertores; y porque allí ha sido definitivamente olvidado, en la nada absoluta, hasta el propio recuerdo

del dolor de ser vivo. ¡Qué inimaginable quietud la de aquella losa transparente de silencio!

Y, en mi nostalgia, y en el dolor desgarrador que acompaña a toda pérdida irreparable, recordé las hermosas ráfagas de viento que solía oír allí abajo, en mi país natal, antes de haber llegado a aquellos horribles parajes. Y recordé aquellas praderas, aquellos amarillos campos de trigo, aquellas arboledas, que, a ratos, y con murmullo intermitente, acariciaban las ráfagas de viento.

Porque la noche del más allá del viento es una noche sin templadas mejillas. Peor aún, pues es una noche en que no hay rastro de ráfagas de viento.

Pues allí, mi querido amigo, ese viento sutil, viento ligerísimo y variable, ese viento que es hermano de mi corazón, que es aliento de las entrañas humanas, y su imagen también a la vez, allí se ha detenido. Porque en aquella región que jamás llegará a conocer hombre alguno, ese viento que incita, ese viento que crea, ese poeta sin par, que, durante las luminosas tardes de Septiembre agita las hojas ya marchitas... ¡se ha detenido allí definitivamente!

... Y penetré así en el impresionante desierto del más allá del viento, en monólogo triste y desesperado conmigo mismo, sin la menor esperanza de regresar jamás de allí.

... Y así, inmovilizado, rígido, penetré en aquella región repugnante y rebosante de gusanos en que han de esfumarse los últimos deseos.

... Y me derrotaron por fin las fatigas horribles a las que jamás sigue un solo instante de refrigerio.

VII

... Y más tarde, creo que fue en plena noche, y cuando yacía yo, en sopor profundísimo, en ese último nivel que subyace a todas las repugnancias y a todas las náuseas, miré el último reloj en la copa de un ciprés; y vi que era la hora venticinco.

Y un asfixiante olor a orines ascendió por la parte delantera de mi cuerpo; como si un chorro de orina estuviera fluyendo de mí sin interrupción, y se fuera pudriendo a continuación.

Y oí cómo se iba parando un terrorífico fuelle; algo así como cuando las viejas locomotoras de vapor, en los viejos tiempos, disminuían su velocidad, y se paraban al fin, cuando atacaban cuestas muy pendientes. Y noté así, un poco más tarde, que el terrorífico fuelle se había detenido del todo.

Y vi entonces que un millón de moscas, aparentemente alocadas e irritadas por el hedor de la orina podrida, se ponían a girar en torno a mí en espantoso remolino y con zumbido ensordecedor.

Y aquellos moscones eran verdes, y azules... eran muy verdes, y muy azules... y estaban todos bien gruesos, y bien brillantes... cada vez más gruesos y brillantes...

Y en esto el Mar...*

* El matiz agente del ergativo vasco resulta intraducible: habría que decir que el mar continúa actuando.

I

... Cuando mi cadáver yacía para siempre en la noche oscura, lo sacudieron imponentes truenos y rayos ininterrumpidos.

Y lo despertó el espantoso estruendo del Mar; despertándome a mí también.

A juzgar por lo que podía barruntar en los breves intervalos luminosos de los relámpagos— ¡qué horror el mío!— una ola terrorífica, cuya longitud era la que existe desde el polo Norte hasta el polo Sur, se alejaba hacia el Oeste; y la seguían cuervos de diversas especies, enormes y negros. Se iba de mí aquel monte de agua, especie de muro confuso y espumoso. Tenía una altura de unos cien metros, de doscientos, de mil tal vez, ¿qué sé yo? En la lejanía, más allá de Matxitxako, más allá de Castro, la ola ocupaba la mitad del mundo.

Era el Mar: ancho, todopoderoso, implacable, que se alejaba de mí.

Y percibí, aunque con dificultades, que estaba saliendo de la rigidez absoluta en que me había encontrado.

¡Qué paz era aquella!

Y el Mar...*

* Aquí la palabra -mar- no va en ergativo: con lo que se transparenta una actitud pasiva en el intraducible.

II

... Y ráfagas de viento fresco reconfortaron mi frente. El cielo aparecía estrellado como nunca; y los silbidos del aire, que no había oído desde hacía tiempo, tranquilizaron mi alma.

Y ágil, raudo, como el ciervo asustado que huye cuesta abajo por la falda del monte... exactamente como en aquel anochecer inolvidable en que, tras dieciséis años de cárcel, el preso ha sido liberado... también yo volví a cruzar, con alegría desbordante, el árido y anchísimo desierto que separa el viento de su ausencia; pero haciéndolo esta vez en sentido inverso y cuesta abajo.

¡Qué hermoso me pareció el viento aquella noche! Y pronto comprendí que me estaba impregnando de salud rebosante, de la misma de que había disfrutado en los años jóvenes. Y una alegría inconmensurable se apoderó de mí.

Solo quienes han llegado hasta aquella región que está más allá del viento saben lo que es el dolor. Solo ellos hasta dónde puede llegar la tristeza por el tiempo perdido, y cuál puede ser la nostalgia hacia la Tierra.

Y me pareció que, aunque no podía creerlo ni comprenderlo, se alejaba de mí la horripilante pesadilla que había padecido; y empecé a cantar para mis adentros:

*«la primavera próxima
escucharé
de nuevo,
y millares de veces,
el murmullo del arroyuelo,
y el cantar infatigable del grillo,
y el cucú lejano,*

*cuyo único testigo será
una selva de cencerros;
y contemplaré
prolongadamente
la incansable niebla de las cúspides,
cuando se forma en las cumbres una y otra vez,
para deshacerse al despeñarse por los barrancos;*

*y, tras el chubasco,
aspiraré el olor a helecho;
y volveré a marchar a través del bosque
por esas sendas que cubre una hierba
|extremadamente corta;
y en la penumbra de la orilla del lago
besaré alternativamente
sus dos amados ojos»...*

Y apareció una playa en mí.

Y era ancha, y larga; y, en su parte Norte, había como una duna alargada; y un grupo de casitas, cuyas ventanas, todas absolutamente, estaban cerradas; cerradas en larga hilera, como mirando sin ojos desde el acantilado rocoso hacia el Mar...

Y allí mismo, descalzo, me puse a bailar, sintiendo en mis plantas el frío de la arena mojada.

Y justo allí, en aquella anchísima playa que, insensiblemente, pasaba de la luz diurna a la noche oscura, y que se me ofrecía entre aromas de algas, quise construir mi tienda azul, de tela, lejos de todos los bullicios. Y lanzar así, con entusiasmo, con desprecio, con odio, con compasión tal vez, un adiós definitivo al mundo y a todo lo suyo.

Y me invadió una oleada de dicha.

Había allí rocas, que afloraban tímidamente por encima de la superficie del agua a medida que bajaba la marea, y todo estaba impregnado de un intenso olor a algas; y había ruidosas gaviotas, que bien podrían ser mis eternas compañeras cara al futuro... ¡Decir adiós a todo!... ¡para siempre!... Y frotaría entonces mis manos con algas arenosas en interminables crepúsculos, y las besaría. Y, al amanecer, cogería agua salada en las palmas de mis manos, y tomaría tragos amargos... ¡Por favor! ¡¡Que jamás vuelva a producirse otro más allá del viento!!

III

—¡No!—oí que se me decía en la playa solitaria desde el Mar con extraña voz—. ¡Te equivocas!

Y se sentí aterrado.

—Tú necesitabas el lago en aquella llanura de abajo —insistía el bramido del Mar—, no el Mar.

Y, con intensa sorpresa, noté que brotaba en mí como un modestísimo destello de luz.

Y de nuevo me habló aquella terrorífica voz:

—Te aterrorizaba—¿recuerdas?—aquel cielo estrellado, por su propia enormidad, por su propia inhumanidad... Más aún: aquel cielo te negaba; denunciaba sin palabras tu propia nada, despiadadamente te hacía sentir la rudeza de tu propia verdad. Pues una vez que se ha mirado al cielo ya no es posible continuar asido a los sueños de los hombres... Tú temías al Mar.

La extraña voz del más allá del viento me hablaba como bramido de Mar:

—... en caso de buscar caricias y consuelos, necesitabas el lago. ¿Cómo hubieras podido tú amar aquello que te negaba?... Cuando tú, allí abajo, creías amar a alguien, en realidad sólo te amabas a tí mismo; pero con la excusa de aquel ser amado, con su nombre, y a través de él. Pues el amado te hacía oír, e incluso creía, las palabras y las promesas que, justamente, querías tú oír y creer. Puesto que el que ama endiosa a su amado. Por consiguiente, ¿cómo podrías tú querer aquello que calcina todas tus esperanzas? ...Tú no puedes amar al Mar. ¡Te es imposible! El lago, en cambio, te es a la vez más necesario y más adecuado a la hora de organizar tu propio homenaje... y lo prefieres; y, al fin, en el fondo... lo amas más... Es ésta la verdad. ¡Acepta tu sino!

En las pausas del discurso no se percibía ni rastro de viento, ni indicio alguno de oleaje de Mar.

«¿Será cierto—me turbé bruscamente—que, aún sin darme cuenta de ello, temía yo al Mar, cuando residía en la llanura de allí abajo?».

Y, totalmente desencajado, quise tirar de la sábana. Pero—¡horror de horrores!—me encontré con una losa de piedra a mi lado, y con otra losa debajo de mí, ambas pulidas y frías. Millares de estrellas, empero, centelleaban sobre mí con sonrisa silenciosa.

—También ahora sigues siendo—insistía la voz extra-

ña de la noche—hermano gemelo del topo y del hámster. Ese cielo límpido y esa falta de refugio cubierto te inquietaban desde siempre. La idea de que el Mar hiciera de tí un paralítico, te atemorizaba. Has andado siempre, como el topo y el hámster, a la búsqueda de zonas cubiertas; y has huído de las luces excesivamente luminosas. Sin apercibirte de ello algunas veces, y desde tu primerísima juventud hasta el final, en un intento desesperado de edificación de techumbres y de límites, te has dedicado a la construcción de crónlechs. Incesantemente has buscado murallas, límites y cercados. ¿Qué conoces más consubstancial al hombre que su voluntad de crónlech?

Y entonces noté que aquella modesta y extraña centella que se había encendido en mí anteriormente, empezaba a crecer; y que su claridad empezaba a cegarme. Y oí truenos en la lejanía; y me pareció que la noche se llenaba de espanto.

... Y recordé aquella mañana... lenta... tibia... y recordé la noche cálida que la siguió, y aquellas palabras incansantes, que me llenaron de gozo:

—Hoy hemos llegado hasta la cima. ¡Por lo que más quieras! ¡No olvides nunca estas horas! ¡No te olvides jamás de mí! Incluso después de tu muerte, por siempre jamás; aunque todos te hayan olvidado un día, e incluso mucho después de ese olvido, tú vivirás siempre, por lo menos en mí. Y si un día estás decepcionado de todo, iacuérdate de estas palabras que no morirán!

—Pero ya al día siguiente—insistió el bramido del Mar—te encontraste con que, simultáneamente, tanto tu pluma como tu inspiración se habían marchitado; y sólo pensabas en secreto: «anoche fue mía; pero, desde anoche precisamente, ha muerto en mí, esterilizado, el poeta que me había hecho vivir durante la juventud; como si el otoño siguiera a la primavera sin solución de continuidad»... Y, si no lo has olvidado ya, escribiste, al ir a la playa, en la zona de la arena que acababa de abandonar el Mar: «en cuanto la cima ha sido alcanzada, he ahí que el abismo se ha acercado hasta ella».

Y en esto, el bramido de las tinieblas interrumpió su meditación; y, como si riera, me dijo más extrañamente aún:

—En llegando a la meta, Eros se aleja...

Y tras unas carcajadas estentóreas:

—Esas palabras, que escribiste después de la más feliz de todas las noches, no son sino las palabras excepcionales que dictan la sabiduría y la vejez. Acababa de encenderse en tí la angustia del Mar, y lo presentiste en el acto. Y así quedó atado, también para tí, el endiablado problema que no tiene solución. He ahí el destino del hombre: el placer exige profunda eternidad; pero no la da. Y decidiste entonces: «mejor no llegar». ¿Recuerdas?

El frío de las losas me hacía daño por todas partes:

—¡No es cierto!—me salió de las entrañas—. Yo necesitaba el Mar... El Mar...

Y cuando la belleza del cielo estrellado se me antojaba entristecedora, añadí:

—¡Tengo necesidad del Mar azul e ilimitado!

Pero en el momento preciso en que pronunciaba esas palabras, me aherrojaron, desde los pelos hasta las puntas de los pies, espantosos dolores.

Y la extraña voz de las tinieblas, como si me respondiera, dijo en la noche sorprendente:

—Oyeme con atención... El amargo precio del nuevo viaje que se te va a conceder será que sabrás y verás claro. Escucha por tanto, esta voz que te habla desde el más allá del viento... El Mar sólo es adecuado para el Mar, sólo a él conviene. Lo tuyo es el lago. El lago, que va íntimamente unido al hombre, es tu patria... El lago... el estanque... He ahí la única sabiduría válida para tí...

Y el estruendoso bramido del Mar se calló.

Y los barrancos de la lejanía repitieron su mensaje hasta siete veces.

IV

Y un inmenso silencio se extendió por aquellas inmediaciones solitarias.

Y se impuso del todo la calma perfecta sin viento.

Y entonces pude barruntar por el Este los primeros rayos de luz rojiza.

Y creí:

Y en la misma tumba fría en que me hallaba, soñé un largo rato.

Y a lo largo de aquel exuberante sueño, contemplé, en densa sucesión, los sucesos de mis años jóvenes...

Y guiado por aquella tímida y reciente luz interior, que me inquietaba, vi el viaje que había realizado por aquella amada llanura de abajo, de una manera radicalmente diferente...

... Pues era cierto que, desde mi más tierna juventud, había preferido yo el cielo nuboso y bajo, al firmamento alto y azul. Había preferido la brumosa Noruega, a la Grecia resplandeciente; y el otoño, de días cada vez más breves, a la primavera brillante. También había preferido al modesto pobre hombre sobre el prohombre orgulloso; y encontrado más interés en la extinguida lengua cónica de Kernow, que en el americano de New York. Y, en la misma línea, había amado desde mucho más adentro el Barlanès de encima de Lanne, y el decadente Lanestosa con sus losas numerosas, que los industriosos Placencia o Rentería.

¿Por qué me vaciaban de aquella manera los días de sol claro y esplendente? ¿Por qué los días brumosos y tristes me saturaban de capacidad poética, de inspiración luminosa y de sueños dorados?

Y de nuevo se dirigió a mí el bramido de Mar que había oído la víspera, al amanecer:

—Observa esa luz que viene del Este: ya llega el nuevo día. Serán siete como éste. Siete, pero ni uno solo más. Aprovechalos bien; pues a nadie se le ha dado esta oportunidad.

Levanté un poco la cabeza. Y vi que una enorme cantidad de cruces de piedra me rodeaba por todas partes. Y entonces sí que comprendí. Y quise huir con todas mis fuerzas. Pero me detuvo el bramido del Mar:

—¡Detente un poco todavía! Pronto me callaré para

siempre, no lo dudes. Pero si quieres comprender, has de escuchar primero.

(...)

—Aunque tú pensaras de otra manera—siguió la voz que hablaba con estruendo de Mar—mientras tú viviste en el destierro de allí abajo, y en cuanto superaste la fase de ligerezas que se va con el sarampión, huiste siempre de cuanto carece de límites. Aun no queriendo ceder del todo, entendiste bien la clave del problema: había que olvidar el Mar... Olvidarse del Mar, y abandonar cuantos caminos de perdición llevan a él; y darse al lago, entregarse a la laguna modesta y recóndita.

La lucecita que, en el dolor, había nacido en mí, se hacía cegadora y crecía bruscamente:

—Tú preferías los lagos, rodeados de límites y de orillas sombrías, al Mar ancho e ilimitado. Pues lo infinito, lo que no tiene límites, no te dejaba el menor resquicio para soñar. Por el contrario, más allá de las umbrías fronteras siempre es libre soñar. Resulta así que te gustaban las nieblas y las tupidas coberturas de hojas. ¿Recuerdas?... Sin embargo, no se trataba nunca de permanecer dentro de aquel cercado de bornas; sino de poder creer en las regiones desconocidas e incognoscibles del más allá de los límites. Convencido de que otra cosa era imposible (convencido ya de eso donde el mismo día en que llegaste a tocar la felicidad), querías ya soñar lejos de la realidad; preferías sumergirte en un mundo de fantasías, que conocer la verdad fría; y, en una palabra, necesitabas siempre algo distinto y más lejano, para poder seguir soñando. Buscabas constantemente la fruta que está detrás de los vallados; pues, aun consciente de que el exilio «tiene la mano áspera», todo pasaba como si tú, en el fondo, encontraras mayor placer allí lejos, en el destierro, y te adaptaras mejor a él.

—¡Con eso has explicado—interrumpí bruscamente en voz alta—la negación del lago!

—¡Vuelvo a insistirte en que no! A ti te entusiasmaban las brumas, las nieblas, los espacios umbríos bajo los árboles. Escribiste en cierta ocasión, con trazos hechos de tu propia sangre, que «la eternidad no tiene aroma». ¿No lo recuerdas?... Al día siguiente a la mañana lenta y tibia, y como consecuencia de la noche plena posterior, buscabas tú ya ausencia; y no plenitud. Buscabas

lo que no puede completarse, y no lo terminado y bien redondeado. Buscabas lo irrealizado, lo ido, lo esfumado; acaso lo que acabaría esfumándose, lo que parecía difícil de revivir, o lo que ha quedado ya más allá de los límites de la vida. En cuanto abandonaste la juventud, diste un sí rotundo a aquella mañana lenta y tibia; pero, en secreto, diste un no radical... al anochecer fugaz y cálido que le siguió...

Escuchaba todo aquello con real estupefacción.

—¿Qué es lo que siega todos los proyectos humanos? ¿Qué lleva a que todos los sueños se queden por realizar y todos los planes por ejecutar?

Los dolores y los temores se hicieron más intensos y generales en mí.

—¡Escúchame bien!—oí—. Desde aquella misma mañana siguiente querías tú ya la Nada... Te hablaré más claramente aún: esos tus lagos favoritos no son, en el fondo, sino las imágenes flagrantes de este mismo cementerio.

En ese momento me sacudió una violenta impresión.

—El cielo despejado y el Mar son una misma cosa, como lo son también el lago y el crónlech. Por eso es absolutamente necesario que los crónlechs circulares sean espacios ligados a la muerte; e, inversamente, no es natural en modo alguno que se amontonen sin orden ni concierto las losas y los epitafios de piedra en terrenos carentes de toda referencia a la circularidad.

Y unos segundos después:

—En verdad te digo que toda la sabiduría humana puede reducirse a lo que te he dicho...

Y calló el bramido del Mar.

Y sorprendentemente reconfortado por el miedo mismo, me puse en pie; y busqué la puerta por estrechos y largos caminos entre cipreses. Y la encontré por el Este. E inspiré el aire con tal ímpetu, que parecía que mis pulmones iban a estallar.

El amanecer era fresco.

Y, madrugador viajero, crucé la ciudad vacía, y recorrí hasta sus últimas calles.

Y dejé atrás la urbe. Y me alejé por mil caminos, corriendo durante siete días y siete noches sin descanso alguno...

V

Y cuando aún no había aparecido el sol tras los montes, y como si algo desconocido me hubiera trasladado súbitamente hasta las proximidades del monte Anie, llegué a una llanura dura y peñascosa. Y, exhausto hasta para controlar el aliento, me senté:

—¿Qué es todo esto?

Y recordé la tranquila superficie de los lagos, hasta que se convirtió en obsesión. Los sobresaltos y las tempestades de mi alma me impulsaban hacia aquel ambiente apacible y sin olas. Como si quisiera calmar mi interior con aquella paz externa... ¡Qué ceguera la mía!... ¡Necesitaba límites!... ¡Quería límites!... Pero todo límite expresa la Nada... Quería así, en el fondo, la Muerte... Quería la Nada. ¡El no-ser!

Y, de pronto y sintiendo terror, y después de pasar siete días y siete noches en una loca y desesperanzada carrera, adiviné el atractivo de la muerte y su secreto deseo en lo más recóndito de mis querencias. Brevemente; al terminar la más aterrorizada de las huídas, me parecía como si, realmente, no quisiera huir.

—¡Es demasiado! ¡No puedo más!

—Debes desistir.

—¿Y llamaba yo, entonces, a lo que me hace huir?

Hasta que llegué hasta allende el viento no conocía el significado de esas contadas palabras; ni lo podía haber conocido, claro.

Pero en aquella meseta peñascosa e implacable, en aquel alba inolvidable, las comprendí perfectamente. Pues si la agonía que precede al acabamiento no se hubiera representado al hombre como cosa totalmente espantosa, y si lo que sigue a la muerte, análogamente, no se le hubiera aparecido como totalmente hediondo, repugnante, y como origen de los más mortales vértigos, tiempo ha que la cadena de los seres humanos, esa sucesión de sufrimientos, habría quedado interrumpida. Y la llamada de la Nada se nos habría hecho invencible hace tiempo inmemorial a ti, a mí, a todos nosotros.

—Al amar y preferir el lago—parecía oírse en mí—dabas la preferencia a lo percedero, a lo mortal... ¡a lo que pronto ha de fenecer!

—¿Y el Mar?—pregunté bruscamente.

Y en esto se oyeron estas palabras en la meseta rocosa y vacía:

—No vuelvas a equivocarte por segunda vez ahora que caminas hacia la primavera.

De nuevo se dirigía a mí el bramido de Mar de los días anteriores:

—Te tengo ya dicho que el Mar sólo conviene al Mar; y que tu patria es el lago.

Y entonces, repetido en andanadas interminables de ecos, se oyó en aquellos parajes:

*por eso justamente
has andado tú,
orgullosa hámster,
insignificante hámster,
pobre desgraciado de ti,
a la búsqueda de espacios interiores
y de techumbres;*

*por eso te gustaban a ti
los viejos
palacios
rodeados
de vallas,
y de cancelas,
y de arcos de piedra...*

*el hámster busca siempre
dentro de su jaula,
en permanente huida,
con temores
pero también sin interrupción,
espacios cubiertos
y finitud;*

*y también tú,
más convencido
de lo que crees,
e incluso de lo que quisieras,
del vacío del cielo,
has solido huir sistemáticamente
de todas las cosas carentes de límites...*

Pero para cuando me percataba del fondo de esas frases, olí un conjunto de enormes huesos blanquecinos que, alrededor de mí, se estaban desecando; y me espanté gravemente:

—¡Fuera! ¡Por favor! ¡¡Paz al menos en este remoto pico de Anie!!

VI

Y buscaba con la mirada, con el oído, con el olfato, con el tacto, por lo menos algún indicio del Mar. Pero no hallé ni rastro.

—Jamás lo encontrarás—oí de nuevo—. Traga la verdad, aun cuando por ahora, recién fugado, te resulte dura. Y la verdad es ésta: que el lago, en el fondo de tu corazón, no es sino la imagen de la muerte. ¿Por qué te espanta esto? El Mar no es más que ilusión. El Mar es la Nada. El único Mar... no es sino la dorada ilusión de continuidad que tú mismo proyectas, desde tí, sobre lo que parece subyacer detrás de todas las aspiraciones, de todos los gemidos, y de todos los murmullos de arroyo; y que se te aparece como algo perdurable y apacible... Pero no existe otra cosa que ese Mar unido a la Nada inextricablemente.

Y tras un breve espacio de silencio:

—En realidad el Mar no existe, convéncete. No es sino la apariencia acuosa de la Nada y de la Negación radical. Tú te habías marchado ya, como se irán todos los demás; al cabo de los siglos se desharán esos montes y se secarán los ríos, y los desiertos serán sumergidos bajo las aguas; y lo mismo le ocurrirá a esta meseta pétreo y elevada que tus pies hollan en este momento. Todo será destruido. Y el Mar no es sino el nombre que se ha dado a la tiniebla que parece permanecer detrás de la aniquilación general, como mudo testigo; nombre aprendido y transmitido por los hombres generación tras generación. El lago, por el contrario, sí existe; dentro de su transitoriedad, por supuesto, dentro de su ser, no menos fugaz que el de una chispa. Él sí que ha existido, al menos como equivalente huidizo de los suspiros.

Me desvanecía. Pues yo había creído durante largo tiempo, y a lo largo de toda la juventud en particular, que buscaba y necesitaba el Mar; y que mi interior jamás se sosegaría sino en él.

Pero el bramido del Mar insistía:

—Una vez que se ha probado la heroína, no cabe ya vivir ni con ella ni en su carencia: lo insípido asquea, pero las cumbres se hacen fugitivas, inasequibles... Te perdió a tí la noche sublime y cálida que siguió a aquella mañana quieta y moderada. Pues, inmediatamente después de conducirte a la cima, te llevó también al

borde del espantoso precipicio; como lleva también a todos los seres humanos, en fila interminable. Ahora bien, una vez que se ha aspirado el salitre del Mar, el lago resulta depreciado, ¡pero no es posible llegar al mar! Y héte ahí perdido. Porque una vez que se ha avistado el Mar, aun cuando solo sea de lejos; una vez que se ha contemplado ese azul ancho y tranquilo, aunque solo sea una vez, la paz desaparece.

—¡Por favor, no sigas! ¡Es ya demasiado! ¡Prefiero ser ciego!—grité desesperadamente.

—Sin embargo, te lo repito, el precio de esta nueva ráfaga de viento que se te ha concedido, será justamente que tú comprenderás y sabrás... Escúchame: debes regresar a aquella mañana lenta y tibia... e incluso a los años que la precedieron. Y debes cerrarte a todo lo que sucedió después; e intentar olvidarlo tan completamente como puedas. No existe otro camino que conduzca a la sabiduría. Como bien dijo aquél: «hay que volver al vientre de la madre».

Y en mi compleja pesadilla (aunque, realmente, ¿era aquello una pesadilla?), y a la velocidad rauda del relámpago, se me presentaba insistentemente la imagen de aquella playa amarillenta de otros tiempos, y de aquel pedregal grisáceo; ¡mojón decisivo de mi existencia!

... Y pasé el puentecito que había sobre la vía del tren; y, dejando a la izquierda el hotel Gurutzia, me dirigí hacia la derecha; y entonces, como solía verlas desde aquella atalaya de Guéthary que tanto amaba, vi olas, olas blancas de espuma, olas que reventaban en sucesión ininterrumpida sobre la zona rocosa.

*y allí nos fuimos
los dos
aquella mañana lenta y tibia...
mano a mano
despacio, muy despacio...
sin acordarnos del Mar
que teníamos delante de nosotros...*

Aunque es cierto, y así lo confieso, que sí me acordé del Mar... pero solo al día siguiente, no antes. ¡Esta es la verdad!

Y aquel día siguiente, ¡qué enorme soledad la mía en Guéthary! ¡Cuán vacía la pequeña atalaya! ¡Qué anchísimo, pletórico y azulado el Mar que se vislumbraba por delante! ¡Cuán intensa la melancolía que cubría la inacabable fila de las olas espumadas!

Y se clavó en mí definitivamente aquella frase: «en cuanto el sol aparece, se desvanece la poesía»...

Aquella mañana, iluminado por la austeridad de esta verdad, entristecido, me paré con la vista puesta en aquel Mar que se aparecía como renovado. Y escuché el excelente mensaje del poeta hermano; y, creo yo que por primera vez, comprendí y creí sinceramente lo que en él decía. Aquella mañana la voz ronca que cantaba era verdaderamente mía:

*«Maite ditut
maite
gure bazterrak,
lanbroak
izkutatzen dizkidanean;
zer izkutatzen duen
ez didanean ikusten
uzten,
orduan hasten bainaiz
izkutukoa...
nere barruan bizten diren
bazter miresgarriak
ikusten...»**

...y me acordé de las balanceantes copas de los pinos de Txubillo; y del ancho Mar que solía aparecérseme entre ellas cuando, viajero solitario, me paseaba por allí

* (Célebre canción de M. Laboa, cuya traducción aproximada es:

*«Me gustan,
me gustan, sí,
nuestros paisajes
cuando la bruma
me los oculta;
cuando ésta
no me deja ver
lo que ha quedado oculto,
pues justamente entonces
empiezo a ver lo que estaba detrás...
y a contemplar
los maravillosos paisajes
que surgen en mi interior».*

en mil tardes de otoño. Y también me acordé de aquellas espadas, dulces pero espadas, que se habían clavado en mí durante la noche abrasadora que siguió a aquella lenta y tibia mañana: «siempre», «jamás»...

Y, hastiado, dije:

—Aparte de lo que nosotros mismos aportamos, inada existe!... Decorar el vacío y la inevitable decadencia con nuestras ilusiones y nuestros poemas, hasta cubrirlos... ¡hasta ocultarlos finalmente! ¡Duro destino el del hombre!

Y el cielo se oscureció rápidamente, mucho más velozmente que en ningún eclipse.

—Más allá del horizonte del Mar—intenté gritar, creyendo hablar con voz altísima en la nueva penumbra, aunque mis palabras apenas abandonaban mi dolorida garganta—más allá de la frontera del Mar, está el cielo azul... Pero, ese azul profundo y resplandeciente, ese eterno manantial de ilusiones humanas...

No podía continuar.

—... ese eterno manantial de ilusiones humanas, el Firmamento... ¡está vacío!... las regiones maravillosas solo existen en mí... es decir, no existen en ninguna parte. Pues yo no soy, en realidad, sino... ¡seca hojarasca otoñal!

Y entonces me sacudió un horrible escalofrío:

—Lo ilimitado... lo eterno... están vacíos... son el vacío... son palabras... ¡solo huecas palabras!... ¡He ahí lo que constituye nuestra bazofia!

Y me arrojé contra el suelo, brutalmente, con la mayor violencia de que fui capaz; intentando que mi frente se fracturara, y salieran los sesos de mi cerebro, y se deslizaran, ensangrentados, viscosos, hacia las grietas de aquella implacable llanura pétreo... tratando de perder de una vez el sentido y la propia vida (¿por qué no la vida?), y privarme, con ellos, de aquella fugaz ráfaga de viento.

Pero, aun cuando recibí un dolor espantoso, no conseguí desvanecerme; ni menos aún pude consumir mi suicidio. Y el desierto contiguo al monte Anie me pareció más rocoso que nunca.

Y ya aparentemente en plena pesadilla, y cuando mi dolor de cabeza se hacía tan intenso que todo mi cuerpo parecía reducido a ella, añadí:

—Lo ilimitado... ¡lo único realmente eterno!... la Nada... ¿Qué es entonces esta enloquecedora procesión de fantasmas?

Me pareció avistar lo mismo que mi hermano: «esa fatídica procesión de fantasmas que van de la Nada a la Nada».*

Y me pareció identificarme, en mi viaje al más allá, con el liquen que crecía con dificultad en las grietas entre los peñascos: «Desiste. La Nada es invencible».

Sin embargo, ¿quién me había sugerido que, en el fondo, yo quería plenitud y meta final? ¿Quién me descarrió a mí; quién, hasta perderme de manera tan absoluta desde el crepúsculo vespertino de mi juventud?

—Ya me marcho para siempre—oí la terrible voz que ya reconocía, y que se hacía más potente a medida que el día se afirmaba—. Me marcho ya, sí; pero antes de partir te diré quién ha sido el culpable.

Me dolían los dos ojos.

—Eres tú mismo quien te has traicionado, tú quien te has perdido solo. No busques fuera de tí nada que maldecir, pues no existe. Quien te cegó fue ese dios recóndito que reside en tí; que, aunque oculto, es tu permanente guía y agitador. ¿Por qué te entristecían, en Noviembre, las extensas manchas moradas que aparecían en los brezales de las laderas? ¿Te acuerdas? Eran las flores de brezo, portaestandartes del otoño. Y a tí no te gustaba el otoño; no querías saber nada de acabamiento. No querías ser humilde colega de las hojas secas del otoño... Pero, ¿por qué no?

Y unos segundos después:

—¡Escúchame bien! La inexistencia de límites solo es profunda, ilimitada e insuperablemente enorme en lo profundo de la tiniebla y en el vacío; en nada más. Te turbaba a tí el temor a marchitarte y desecarte, y todavía te sigue turbando. Sigues sin poder aceptar tu fundamental identidad con la hojarasca. Incluso te agrada pisotearla. Sin embargo bien sucede a veces que, cuando

* En español en el original, reproduciendo una frase del filósofo vasco Unamuno.

se dan intensas ráfagas de viento, esa hojarasca despreciada se pone a volar. ¿Jamás la has visto ascender formando torbellinos? Pero también tú, tal vez, cuando arrecia el viento en la llanura de allí abajo, podrás volar un día.

Y entonces enmudeció para siempre la ensordecedora voz que me había hablado con fragor de Mar. Para siempre.

Y, falto de lágrimas, permanecí sentado allí mismo, sobre la roca gris, mientras el sol se elevaba en el cielo; y traté de vomitar, pero no lo conseguí.

Y al final, aplastado por el tórrido calor solar en la alta montaña, la fatiga extenuante se impuso en mí a las más violentas náuseas.

Y la cumbre de Anie fue testigo único de mi sueño.

VII

Y mientras dormía, pasó el día y llegó el anochecer. Y el crepúsculo resultó hasta hermoso en exceso en aquel pedregal de montaña.

—Ahora sé—repetía una y otra vez—. Aunque demasiado tarde, ahora sé y comprendo.

Y miré con simpatía las débiles plantas que germinaban con dificultad en los agujeros de las rocas.

—Hoy sí sé qué son las lenguas de fuego y los elefantes blancos. He comprendido lo que son el Mar y los lagos, lo que los diferencia; sé lo que nos impele a elegir, y amar, al uno o a los otros... Lo he aprendido en el océano del dolor; y ahora sí sé.

Y, a medida que se acostaba el sol, la roca adoptaba un brillo extraño.

—Si hoy tuviera que realizar mi viaje otra vez... si pudiera repetirlo... sabría, sí, lo que debía coger y lo que debía dejar, lo que debía amar y lo que debía odiar... Pero, ahora, ¿hasta cuándo durará esta ráfaga de aire que se me ha ofrecido? Pues todo llega tarde...

I

... Y me puse en marcha en plena noche.

Y crucé aquella ancha meseta de roca viva. Y más tarde, andando con la misma seguridad que si fuera de día, atravesé un gigantesco bosque desconocido.

Ráfagas intermitentes de viento templado producían a mi alrededor un enorme estruendo; pero, en los intervalos de silencio, podía oír nítidamente el bramido del Mar, que no parecía llegar a mí desde muy lejos.

Y, habiendo tomado por guía aquel intermitente fragor marino, llegué a una playa larguísima y solitaria.

... La luna, en su menguante, hacía aparecer la interminable franja de arena con tonos amarillentos y claros; y, junto a ella, la larga línea de espuma de las olas inacabables, blanca, móvil, rutilante.

El enorme bosque de pinos que acababa de cruzar parecía negro en aquella curiosa atmósfera lunar.

El cielo estaba despejado.

La noche era radicalmente transparente, y millares de estrellas centelleaban sobre el Mar.

El fresco terral hinchaba las crestas de las olas hacia mar adentro, y hacía de ellas trenzas y ligeras cabelleras blancas.

En la lejanía un par de faros costeros extendía su ininterrumpido y exacto mensaje de luz en sendos haces giratorios.

... Y oí tañido de campanas, en llamada desesperanzada.

Y me descubrí transformado súbitamente.

Y pronto olvidados ruidos de cencerro de oveja se superpusieron allí lejos, lejísimos, al reciente tañido de campanas; pareciéndome que los cencerros estaban inmersos en aroma de infancia. Y vi una cruz junto al despeñadero de Beillotsa, y una hilera de numerosos barrancos; y oí que unos niños cantaban. Y se me apareció, amenazante, en aquella cima, la cumbre de Zabalaiz, y la falda de Aloña; y, allá abajo, extremadamente lejos, adiviné el camino de Araoz.

... Pero el tañido de campanas, el reciente, no era aquél de mis recuerdos; y la larga playa y el oscuro bosque me parecieron inéditos también.

Y se esfumaron los ecos de los cencerros de la infancia, y el nuevo e iterativo tañido de campanas se acabó imponiendo.

Y entre las sucesivas andanadas de campana se intercalaban intervalos de silencio bien sensible; como si el campanero que tocaba no tuviera la menor prisa. Antes de que empezara a oírse la siguiente serie, había tiempo como para que las vibraciones de la anterior se fueran apagando poco a poco.

Me preguntaba para mis adentros de dónde podía provenir el tañido de las campanas; y en esto vislumbré un convento increíblemente viejo junto a la orilla del Mar. Edificado sobre una duna de arena, estaba rodeado de un pretil muy largo de piedra, aunque bajo. Y entré en su recinto por la puerta, que estaba abierta.

Era plena noche; y todavía dormían hasta los más madrugadores de los pájaros, no oyéndose ni el menor gorgojeo.

Y en esto descubrí una fila impresionante, larguísima, de hombres, que salían en aquel instante del interior del edificio al sombrío claustro de arcadas; y que cantaban en melopea aburridísima. Tenían rapadas sus cabezas, y, vestidos con bastos y largos hábitos

negros, marchaban formando una especie de doble hilera de fantasmas. Y giraban una y otra vez en torno al rectángulo de hierba que rodeaban las arcadas; y, sin la más mínima interrupción, cantaban en retahíla inacabable a lo largo de una hora, de tres, de más horas:

*«¿Qué es, realmente,
hermanos,
esta triste
llanura,
hecha de apariencias
y de fábulas,
incluso en su apogeo...»*

*sino una apagada
sombra
de las llanuras
inefablemente bellas
que conoceremos cuando durmamos,
cuando después de morir
nos durmamos para siempre?».*

Caminaban lentamente en la noche negra, portando cada uno su candil; y ante aquella visión el corazón me dio un extraño vuelco.

Me escondí entre unos arbustos, y llegué a agotarme en la postura fija en que contemplaba la escena que no terminaba. Vi muchos rostros lozanos y juveniles; que, al fin, tras la marcha inacabable, aparecían mojados de sudor. Pero no vi ni rastro de asqueamiento en ninguno de ellos.

En la parte final de aquella larga fila, en cambio, vi rostros de anciano, arrugados, decrepitos; y espaldas encorvadas. Y recuerdo de modo muy especial el de aquel desgraciado que, con zozobra interior, jadeante, trataba de unir su cántico al de los demás:

*«... hecha de apariencias
y de fábulas,
incluso en su apogeo...».*

Y cuando mi corazón rebotaba náusea, desesperanza, compasión... y odio, un odio que lo desbordaba todo, salí de entre aquellos matorrales, y poniéndome delante de la doble hilera, me puse a gritar:

—¡Oídmme, hermanos! ¡Escuchad bien!

Pero la columna humana, sin la mayor alteración en su marcha continuó acercándose a mí.

—¡Escuchad! Pues mi mensaje en nada se parece a las inútiles predicaciones que podéis oír en estas regiones de más acá del viento...

Pero aquella doble hilera siguió acercándose a mí con idéntica y pesada lentitud. En los intervalos vacíos de mi discurso se oía el bramido del Mar, totalmente aislado; y parecía como un húmedo mensaje insertado en la árida melopea.

Y cuando llegaron a mi altura, una de las filas pasó junto a mí por la izquierda, y la otra por la derecha. Pero ni me miraron, a pesar de haber quedado entre las dos. ¿Qué era aquello?

En cambio sí oí por delante y por detrás, por mi derecha y por mi izquierda:

*«... inefablemente bellas
que conoceremos cuando durmamos,
cuando después de morir
nos durmamos para siempre?»...*

Y me pareció que, aun en medio de mis estentóreos gritos, acaso frunció sus cejas uno u otro de modo más o menos sensible, y como si hubiera percibido algo. Pero no puedo asegurar ni siquiera esto.

—¡Oídmme, hermanos!—gritaba—. ¡Nada existe entre las estrellas!...

Pero en cuanto yo concluía:

*«... inefablemente bellas
que conoceremos cuando durmamos,
cuando después de morir
nos durmamos para siempre?»...*

Me desbordaban las dos hileras de monjes y me dejaban atrás; pero yo seguía viendo centenares de cabezas rapadas, millares, que se me acercaban... y que cantaban con humildad y uniformidad.

—¡No hay nada entre las galaxias!—les grité—. Detrás de las galaxias hay más galaxias, y muchas más, imillones!... Pero no existe nada más. Y entre las galaxias, e incluso en el seno de las propias galaxias, la Nada es lo único que allí prevalece.

Pero hasta los mismísimos muros silenciosos del monasterio me contestaban con idénticos e interminables ecos:

*«... inefablemente bellas
que conoceremos cuando durmamos,
cuando después de morir
nos durmamos para siempre?»...*

Desde abajo, desde la larga playa, en los intervalos que se producían entre plegarias y blasfemias, ascendía, amasado con aroma a salitre, el mismo rugido: parecía vencedor, hasta como vengativo.

Y para cuando los últimos monjes de las hileras llegaban a mi altura, tenía ya junto a mí a los postreros, cuyos talones casi pisaban aquéllos.

Y circuló así aquel ingente grupo por mis dos costados dos veces, tres veces, diez; hasta que empezaron a insinuarse por el lado del bosque las primeras luminosidades del amanecer. Y ellos hicieron hasta el fin semblante de no verme, como si realmente no se hubieran percatado de mi presencia allí.

Y en el preciso momento en que los primeros rayos solares hicieron su aparición por Levante, se terminaron los cánticos. Y, con el amanecer, se reforzaron las ráfagas de viento, haciéndose prevalente el bramido del Mar. Fue entonces cuando entendí claramente que las dos hileras se dirigían al interior.

—¡¡Por favor!!—grité desesperadamente—. ¡No entréis! ¡Escuchadme!

Mantienen sus ojos abiertos, es cierto; pero su mirada estaba clavada en algún punto del Mar, más allá de la pared de piedra. Como si estuviera fijada en alguna parte por clavos enormes, y como definitivamente extraviada en la lejanía.

Y alocado, cuando los orantes, ya enmudecidos, se dirigían hacia el interior, insistí en mis gritos:

—¡Por favor! ¿Cómo es posible que continuéis así, hasta que vuestra alma se deseque?... Hasta extenuaros en interminable periplo... Y que ahora justamente, en un amanecer como éste, cuando está naciendo el día, sea el instante elegido por vosotros para decir «no»... ¡Dementes!... Es entonces cuando regresáis a las tinieblas... Por favor: ¡¡no!!...

Pero no se oyó respuesta alguna. Se oía, eso sí, la respiración ininterrumpida del rugido del Mar, que se imponía con nitidez creciente.

—Sed sinceros conmigo: ¿no habéis experimentado

nunca una especie de terror... al permanecer inmutablemente a la espera... en una espera desesperanzadora, que no parece tener fin? ¿Nunca habéis sentido la imperiosa necesidad de vomitar hiel?... ¿Jamás os ha impresionado el temor de un regreso al no-ser? ¡Confesad!...

Y cuando ya las dos colas de fila penetraban en el edificio, grité tan alto como pude:

—¡No os acostéis al amanecer!... Hypnos y Thanatos son hermanos gemelos. ¡No juguéis! ¡No asesinéis así este nuevo día!...

... Y vi entonces un enorme muro, al amanecer, y dos enormes muros, y tres; y vi barras de hierro, cruzadas, cubriendo las ventanas... Y vi a varios hermanos, que acababan de bajar al patio. Llevaban sus ojos tapados con un trapo, y se dirigían en silencio hacia el muro... Y en esto desgarró el silencio la potente voz de uno de ellos:

*«Ez ormari atzez
goiz eder argian.»...**

Y sus compañeros de muro le contestaron:

*«goiz eder onetan erail bear nabe,
txindor baten txintak gogotan nabela»...***

—¡No entréis! ¿No habéis oído la última llamada del poeta en la desesperanza?

No hubo respuesta.

—Si al menos hubieran asesinado a mis hermanos al anochecer...

... Y los ecos de cencerros se generalizaron; y volvió a destacar aquella voz oída ya anteriormente:

*«eder jatazan euzko bazterrak,
eder itxaso zabala;
baña oraintxe ederrago jat
eriotz onen itzala»...****

* Son palabras del poeta vasco Lauaxeta, momentos antes de ser fusilado por las tropas fascistas españolas durante la guerra de 1936: «no me pongáis de espaldas al muro / esta mañana clara y luminosa».

** Siguen las palabras de Lauaxeta antes de su fusilamiento: «me van a asesinar esta hermosa mañana / cuando el canto del ruiseñor me vuelve meditabundo».

*** Palabras del mismo poema de Lauaxeta: «amé los rincones de la geografía vasca / me resultaba hermoso el ancho mar; / pero, en estos momentos, me resulta aún más bella la sombra de la muerte».

Y, bruscamente, se oyó una brutal ráfaga de disparos, y el ruido sordo de cuerpos que se desplomaban sucesivamente; y cuando se habían apagado los últimos ecos de la escena, se hizo un silencio total...

... Y, en el paroxismo de mi ira, arrojé un puñado de tierra contra los muros del monasterio, y dos puñados, y tres, y siete; y hasta siete veces siete puñados:

—¡Esta arena maldita no tiene gusanos, por desgracia! ¡Es demasiado limpia para vosotros!...

II

Y entonces me sorprendí estrictamente solo en el claustro, cuadrangular y larguísimo.

... Y me vino a la mente la llanura sagrada e inmensa de Arafát.

Y en la extensa y calcinada planicie de arena, recordé mil, diez mil, cien mil tiendas de tela blanca, edificadas en rectas hileras. Y vi un millón de peregrinos, vestidos de blanco de arriba abajo. Sus rostros, morenos y arrugados, parecían negros en aquel ambiente de sol resplandeciente.

Vi que, en grupos que casi se superponían a causa del hacinamiento, rezaban. «Allah, Allah».

Y reconocí la célebre hilera doble de arcadas, edificadas una sobre otra; y vi que los que oraban en ellas, las llenaban ambas en toda su longitud.

Y miraba a aquellos peregrinos, que, en plegaria ininterrumpida, realizaban con precisión sus desplazamientos entre las colinas de Safa y de Marwah: avanzaban mientras, visiblemente admirados, miraban la enorme piedra negra del centro. Y seguí siete veces, con mi mirada, aquellos tropeles de creyentes entusiastas, que se afanaban de un lado para otro; los seguí con perseverancia a lo largo de siete recorridos. No de seis, ni de ocho...

... Y, cuando me parecía que nadie me escuchaba, y como impelido por una especie de poderoso fervor interior, proseguí mi discurso anterior con voz más alta que nunca:

—¡Escuchadme vosotros, quienes os encontréis dentro del monasterio! ¡Os pido que, por favor, oigáis atentamente la voz de éste que os habla, y que tiene ya atravesadas todas las tinieblas!... Nadie, ni nada, toma en consideración vuestra plegaria, ni la oye incluso... Si El todavía no se ha turbado a lo largo de tanta zozobra desesperada, ni se ha acercado aún a vosotros, no lo dudéis ya: tampoco se alarmará en los años venideros, ni se os acercará... Convencéos: antes probaréis vosotros

el silencio denso de los espacios telúricos, que el claro amanecer del Mar pleno...

Y oí el bramido de olas que me llegaba desde la parte de abajo.

—¿Me oye alguien desde ese interior?

Tal vez se percibiese algún graznido de mallón en la playa solitaria, que añadía un cierto deje de ave al bramido del Mar.

—El azul del cielo—proseguí yo—el azul del Mar... son puro reflejo e imagen recíprocos; y ambos son vacíos. Pero el cielo es, en realidad, oscuro, negro, más vacío que cuanto existe. Y la extensión azulada de lo alto no es sino la Nada... Pero aun así, hermanos, es ese cielo lo que comunica al Mar su color azul... De tal modo que ese Mar, que se os aparece vestido del azul de la Nada, es aún más estricta negatividad que aquél...

(...)

—Por eso él es insensible e indiferente hacia vosotros, y lo seguirá siendo... Porque, ¿cómo no?, ¿quién ha humanizado al Mar? ¡Vosotros mismos! Sois vosotros quienes le habéis dado vida, vosotros mismos lo habéis llenado de seres inmortales... Pues los peces y los pájaros son seres mortales y corruptibles...

(...)

—Ni el aire ni el agua tienen sabor, ni color, ni olor; menos los tienen las infinitas profundidades del Mar, ni los espacios vacíos ilimitados... Solo las aguas superficiales tienen cierto sabor humano... Las profundas, las auténticas, las que cabe encontrar en las simas marinas; y lo mismo los espacios interestelares, llevan impresa la marca de la Nada, sin más...

Nada se percibía aparte del bramido del Mar.

—Adivinar un refugio en esa llanura incolora y descarnada, mirar hacia el Mar infinito en busca de apoyo, es como hablar a un cadáver ya frío y rígido pidiéndole una sonrisa, y exponerse a un inevitable monólogo sin respuesta. ¿No habéis oído todavía que «el Mar es incontable»? La última carcajada, que ya ningún oyente podrá oír, la espetará el Mar... ¡El Mar es sádico!

El radical silencio del amanecer no se alimentaba sino del intermitente bramido del Mar. Sin embargo, una extraña fuerza que no lograba controlar, me impulsó en ese instante a continuar:

—¿Ya habéis seguido alguna vez, en película por lo menos, alguna sesión litúrgica de un pueblo exótico, o una escena de expulsión de demonios? ¿Habéis oído alguna vez, sin avergonzaros en secreto de vosotros mismos, a alguna persona de pocas luces, cuando trata de explicar y justificar a otros sus propias creencias?

Pero el silencio del monasterio se mantuvo íntegro, inacabable, en la luz rojiza del amanecer.

—¿Ya habéis mirado hace un instante hacia el cielo estrellado? ¿Habéis pensado alguna vez, hermanos, en lo que podríais hacer allí, en aquella perdurabilidad eterna e inevitable, por los siglos de los siglos? ¿Para qué más y más inacabable futuro? Una vez de haber transcurrido mil siglos, ¿en qué podríais soñar? ¿Cuál podría ser, incluso, el tema de la nueva pesadilla?... ¡El asesino máximo es la propia infinitud! Escuchadme... De veras os digo que no va con el hombre el lago sin orillas: ni para morir, ni para vivir; ni para amar, ni para odiar... La supresión de toda muerte resulta tan alarmante como la muerte misma; pero, análogamente, tan insufrible nos resulta el insoslayable acabamiento como la eternidad... Tener que consumarnos del todo... saber que un día ya nadie nos recordará... darnos cuenta de que nadie, absolutamente nadie, nos llamará nunca jamás por nuestro nombre desde la negra tiniebla... todo eso se nos hace insufrible... Resulta así que no hay salida posible... Son las propias preguntas relacionadas, de una u otra forma, con el Mar, las que son ya locura; y no solo las respuestas... ¡Es el propio Mar la sima sin fondo para los humanos!

Y cuando me dolían ya el paladar y la úvula:

—Arrancad de vosotros tanto la idea de límite como la idea de no-limitación... ¡¡Regresad a vuestra infancia!!

En la frescura del amanecer, las sombras de la fila de columnas de piedra atravesaba el claustro enrojecido de parte a parte, dibujando en la pared de mi izquierda otro claustro hecho de luz y de sombra. Algunos gorgojeos llegaban hasta mí con dificultad desde el inmenso pinar.

—Cuando se hayan podrido los miles de millones de células especializadas que componen nuestro cerebro, y se hayan estropeado los miles de millones de conexiones existentes entre ellas, y esa extraña computadora

humana haya empezado a heder, ¿quién la arreglará?... ¿para qué arreglarla, por otra parte?... ¿para que millones de seres humanos, apilados los unos sobre los otros, se aplasten mutuamente a lo largo de billones de años?, ¿para que podamos vivir simultáneamente con nuestros antepasados y nuestros descendientes? ¡Nada de todo eso tiene el menor sentido!

Y desde dentro del monasterio llegaron a mí las siguientes palabras, a modo de murmullo:

*«Bou sanyastan mayá
Bhouva sanyastan mayá
Sva sanyastan mayá»...*

—Si no hay rastro de alma en cuanto conocéis, y menos aún rastro de compasión, ¿en qué podéis fundaros para creer que, a la inversa, una vez de haber llegado hasta la otra orilla, desconocida, del lago, todo ha de ser alma, y espíritu, y alegría, y sonrisa, y compasión; y que lleguéis a considerarlo cierto?... ¿Qué visteis durante la pasada noche? ¿Y qué oísteis durante vuestras horas de sueño?... Os lo diré yo: ¡nada! O tal vez, como máximo, alguna de esas pesadillas que también conocen los perros y los pájaros. Nada más... Un elocuente ensayo de lo que será el futuro, y eso noche tras noche... A pesar de todo, os empeñáis en que todo se endulzará en el último e interminable sueño; y en que, según decís, todo se endulzará para siempre...

Y me carcajeé estrepitosamente en el claustro vacío.

Y desde dentro del monasterio me llegaron las siguientes palabras, a modo de murmullo:

*«Bou sanyastan mayá,
Bhouva sanyastan mayá,
Sva sanyastan mayá»...*

Alcé la mirada; el cielo estaba azul. Y las paredes del claustro, antes un tanto rojizas, se habían vuelto más claras.

—¿Cómo es posible que no sintáis, hermanos, el vértigo de la tiniebla que ni tiene principio ni tiene fin? ¿Cómo no veis, con una claridad cegadora, exactamente como cuando miráis de frente el disco circular del sol, que no sois sino un grano de vacío; y que la humanidad

entera no es sino una fugaz niebla de polvo?... ¿y que nadie se preocupa, ni se preocupará, de vosotros a lo largo y ancho de ese cosmos infinito?

Ni el menor atisbo de respuesta. Todas las ventanas permanecían cerradas.

—El instante en que, la última noche, os pongáis en ruta, no habrá ya mañana alguno... ¡Asíos a éste que ahora nace! ¡Aprovechad esta bella mañana en la quieta orilla de los lagos modestos. ¡Abandonad elegías inútiles! ¡Olvidad el Mar infinito!...

Y desde dentro del monasterio llegó como gran torrente:

*«Bou sanyastan mayá,
Bhouva sanyastan mayá,
Sva sanyastan mayá»...*

—¡Escuchad! Las palabras: «pues aun teniendo oídos, no oyen, y aun teniendo ojos, no ven», son palabras vuestras... ¿Cómo podéis permanecer tan sordos y tan ciegos?

Y por mi izquierda, y por mi derecha, y por todas partes, como si los propios muros del monasterio hubieran resucitado, oí en voz alta, repitiéndose siete veces:

*«Bou sanyastan mayá,
Bhouva sanyastan mayá,
Sva sanyastan mayá»...*

Y contesté con un tono de voz tal que la garganta me hacía daño:

—¿Nunca habéis pensado que, si bien existe algo que haya sido el fruto del azar y de la casualidad estrictos, lo más improbable y aleatorio de todo ha sido justamente el apareamiento de vuestros padres; y eso en todas y cada una de las generaciones, y hasta vosotros mismos? ¿Y que, ya dentro de ese encuentro, fue todavía más milagroso que se juntaran, justo en aquel instante, esos dos gérmenes concretos que os dieron el ser, y no otros dos cualesquiera? ¿Que si, a solo un micrón de distancia, otro espermatozoo cualquiera hubiera coincidido por allí, ya vosotros, y tú mismo, no hubierais llegado a existir? Y que ese mismo azar extremo, que sólo os era favorable en un caso sobre un millón, y ni siquiera en dos, se produjo también en los cuatro casos de los cuatro abuelos... y que ocurrió lo propio en los ocho casos de los

ocho bisabuelos... y lo mismo en los dieciséis casos de... y lo mismo en los treinta y dos casos de... y lo mismo... y lo mismo en los 4.096 casos de... y lo mismo en los 8.192 casos de... y lo mismo en los 16.384 casos de... ¿Ya me oye alguien en ese interior?...

Parecía que el bramido del Mar que subía desde la orilla de la duna, continuaba siendo mi único testigo.

Y entonces, gritando alocadamente, añadí:

—... y que lo mismo cabe considerar continuando hacia atrás, más lejos en la cadena... y eso, oidme bien, hasta en los nacimientos de cada uno de los pitecántropos y procónsules que os precedieron...

(...)

—Hablando claro: ¡Nada existe más improbable que cualquiera de vosotros o que yo mismo!... ¡Nada tenía menos necesidad que vosotros, ni que yo mismo, para llegar a la existencia!... ¡Somos hermanos gemelos de la Nada!...

(...)

—Os ha perdido y cegado la vanidad. Porque... escuchad esto al menos... Vosotros estáis dispuestos a olvidar la enorme montaña de los sufrimientos padecidos por toda la dolorida Naturaleza; en angustias de muerte de incontables animales e insectos, en bosques y mares; en penas infinitas cuyo sentido ignoraban ellos e ignoramos nosotros... Pero vuestra propia aniquilación os parece increíble, y se os atraganta. La esperanza demente de creer ser más apreciables y dignos de ser conservados que todo el resto... la imposibilidad de quedar al nivel modesto y transitorio de los lagos, os lleva a la perdición. He ahí vuestro pecado único: os negáis a escuchar a la razón y a la sensatez... Queréis ser semejantes al Mar: en calma, anchos, ilimitados...

El silencio era rey aquella joven mañana, pero el Mar seguía moviéndose al pie de la duna.

—¡Desgarrad esos negros hábitos! ¡Destruidlos de una vez para siempre!

No parecía que me estaba expresando por medio de mi propia lengua.

—¡Salid de ese repugnante recinto de paredes! ¡Destruid conmigo cuantas cosas han sido bendecidas!... ¡Arrojad al lago de fuego todas las piedras, papeles y libros sagrados!...

Hirviéndome la sangre, penetré en el interior del edificio monástico, dejando atrás la enorme puerta que lo separaba del claustro en arcadas, y, en cuanto entré, lancé entre sonoras carcajadas:

—Ciegos viajeros que os dirigís a la Nada: ¡¡sois carne de cadáver!!

Pero para cuando se disiparon los últimos ecos de mi grito, se hizo allí el silencio, sin que se barruntara estrictamente nada.

El interior era increíblemente oscuro. Pero, aún en la oscuridad, adiviné ante mí largos pasillos a derecha e izquierda. Y observé que, ambos lados de los pasillos, había una extensa serie de puertas: unas cien en fila, más tal vez, más con seguridad, situadas unas frente a otras en hileras interminables.

Las tales puertas tenían, en su parte superior, como unas ranuras alargadas, extremadamente estrechas; que parecían servir para que los guardianes, o lo que fuere, pudieran inspeccionar la celda interior desde el pasillo. La rendija era estrecha por el lado del corredor; aunque un poco más ancha por el lado de la celda. En una palabra, desde dentro no podía verse nada; pero, por el contrario, quien miraba desde fuera podía ver todo el interior.

Y miré las celdas por aquellas rendijas. Y me espanté; pues había en la pared trasera una especie de orificio circular, mínimo, miserable, sin ventana ni cristal. Orificio que, necesariamente, permanecía abierto, hiciera frío o calor.

Las puertas tenían sendas cerraduras, como en las cárceles; pero no tenían manillas que permitieran su apertura desde dentro. En caso de tener que salir, quien estaba en el interior de la celda no podía salir de por sí solo; sino que, humildemente, había de llamar a alguien.

Y en el interior de aquellas celdas diminutas sólo había, estrictamente hablando, el correspondiente ataúd negro; que se encontraba en el centro exacto de la habitación. Al lado de él, y suspendido de un clavo, se veían el hábito y la ropa blanca respectivamente; y, por fin, una especie de camisa oscura y fea, depositada sobre un banco ordinario de hierro.

Y vi que aquellos monjes negros, que habían tomado parte en el periplo giratorio, dormían dentro de los

ataúdes, sin manta alguna, medio desnudos. Y miré por dos rendijas, por tres, por siete, por cuarenta. Y vi dos veces, tres, siete, cuarenta, exactamente el mismo cuadro.

Y, por lo que me pareció, sus pechos estaban en reposo; como si el fuelle de su respiración se hubiera detenido. Como si para ellos el flujo del tiempo hubiera quedado suspendido. ¡Exactamente como si yacieran en un sopor insuperablemente profundo!

¡Creí ahogarme!

Y, tras abrir con dificultad la enorme puerta, salí al exterior; y el claustro cuadrangular del monasterio continuaba tan silencioso como antes. Y lo mismo el sol, más brillante y cegador que antes.

Y faltándome tiempo incluso para respirar a gusto, lancé un alarido terrible hacia el Mar, por encima de los bajos muros.

III

Y me pareció que iba a perder la vista; y que sólo desde aquella ceguera provisional podía medir con cierta exactitud la extraña e increíblemente negra tiniebla que reinaba en el interior del monasterio.

Y oí tañido de campanas en el ambiente templado y hermoso del exterior.

Y entonces siete monjes atravesaron la enorme puerta por la que yo acababa de entrar, y pasaron al claustro cuadrangular.

Vestían sendas capas negras, que les cubrían todo el cuerpo; y sus cabezas estaban rapadas, y relucían. Y, situándose cara al largo muro, se sentaron en el suelo desnudo en la posición de lotus.

Cada uno de ellos portaba un enorme libro en sus manos, y leía en voz baja:

*«exactamente como el preso
que no acaba de hacerse a la cárcel,
Señor,
perderemos también nosotros
este hermoso día
que acaba de empezar
entre estos cuatro muros amigos...*

*y lo dilapidaremos así,
y lo haremos extinguirse poco a poco,
maldeciéndolo así en tu honor:
por una parte,
extenuándonos en inútiles procesiones,
y por la otra,
sentándonos sobre esta dura piedra.*

*Te sacrificaremos así
este día,
como otros muchos ya:
tanto mejor si se presenta hermoso,
negándonos a la luz,
asesinándolo,
y ofreciéndotelo de esa manera;*

*exactamente como cuando,
cada Navidad,
matamos
y desangramos
a la oveja
inocente,
para humedecer así la árida arena»...*

Los jóvenes eran siete. Y permanecían firmes, imperterritos, en sus andrajos, negros y bastos; invariables en su posición de lotus, sobre la losa desnuda, inasequibles al miedo; en tanto que se turnaban en la lectura y la meditación.

Y se fueron así, en el murmullo de esa plegaria, las mejores horas del día; y se fueron así también, más tarde, las horas más feas. Y pasaron, en una palabra, todas las horas en idéntico silencio denso y en idéntica lectura sagrada. Todo el día se fue; absolutamente todo...

Y cuando se acercaba ya el anochecer, el cielo se tornó blanquecino; como suele ponerse en el País Vasco cuando hay resol.

Y, en aquel apacible bochorno, el cielo y el Mar parecían confundirse por el Oeste en una misma bruma gris; hasta no tener frontera recíproca, como si se hubieran disuelto el uno en el otro.

De cuando en cuando, por lo que podía ver por encima del muro que rodeaba el monasterio, cruzaba el cielo una u otra gaviota, volando sin prisas, como con inmensa pereza, y atravesando un cielo que se había vuelto cegador en su ilimitación. Y más lejos, en las fronteras del inmenso bosque que la fina neblina de superficie hacía ligeramente azul, ascendía el tenue humo que desprendía la chimenea de una diminuta casita; y que parecía perderse en la apacible atmósfera de la neblina muy despacio, de manera insensible, como sin ningún tipo de premura o de zozobra.

Para entonces, no lejos del disco plano y sin relieve del sol (disco circular, humilde y tibio en aquel momento), habían aparecido tres o cuatro nubes alargadas que, con una lentitud absoluta, empezaron a convertirse en otras tantas franjas, naranjas y moradas, que destacaban tanto más cuanto que el fondo era monocromático. En cierto sentido, la humedad de la niebla parecía hume-

decer el aire; haciendo hervir de un modo extraño la sangre de mis venas:

—¡Quiero vivir!

Y aquel ojo único del sol, ya en tonos anaranjados, se hacía cada vez más mate y morado sobre el cielo gris; y un poco más tarde enrojecía, hasta tomar el color de los hornos incandescentes. Y una vez que el sol presentó ese aspecto, una reciente raya violeta acabó atravesándolo de izquierda a derecha, dividiendo su disco en dos partes exactamente iguales. Y para cuando pude percatarme de ello, y antes de que el sol alcanzara el borde inferior del firmamento, se apagó aquello que había sido un disco rojo, ocultándose en algún punto de su itinerario descendente...

Y oí que de nuevo el tañido de campanas volaba por encima de mí.

Y los siete jóvenes monjes se retiraron hacia el interior del edificio, atravesando la pesadísima puerta...

Y poco después, rompiendo el silencio, empezaron a escucharse los mismos estribillos de la víspera en el interior del monasterio; y abriéndose la enorme puerta, esta vez para largo rato, las dos hileras inmensas de frailes, de nuevo en marcha infatigable, se pusieron a circular por el claustro.

Y el cielo, y la tierra, e incluso los mismísimos espacios subterráneos, se pusieron a rebosar la misma elegía de la víspera:

*«... no son sino una apagada sombra
de las llanuras inefablemente bellas
que conoceremos cuando durmamos,
cuando después de morir
nos durmamos para siempre»...*

Y al levantarse el terral con el crepúsculo vespertino, el fragor del Mar se hizo más intenso.

—¡¡Las tinieblas resucitan al Mar!!

Y aparecieron dos pájaros, en juguetona persecución recíproca, en el apacible prado existente entre los pasillos del claustro; y poco después huyeron en la tibia luminosidad crepuscular.

Se proseguía entre tanto el incansable cántico de la doble hilera de monjes: inmutable, monótono, aburrido.

Y entonces yo, alzando mi ronca voz, y haciéndome oír por encima de la melopea, dije:

—¡Habéis asesinado otro tierno cordero en esa danza demente a la Nada!

Y escuché un tañido de campanas que llamó siete veces. Y entonces oí que, desde el interior del monasterio, un conjunto de voces jóvenes, femeninas esta vez, repetía hasta siete veces:

*«que jamás se nos dé el sol...
jamás la luz»...*

E intermitentemente:

*«Bou sanyastan mayá,
Bhouva sanyastan mayá,
Sva sanyastan mayà»...*

... Y tras un intervalo inacabable de mil horas de plegaria, llegó al fin el siguiente día; y llegó también la noche, una vez más... Y al amanecer volvieron a salir aquellos mismos jóvenes, y volvieron a entrar otras tantas veces a la puesta del sol. Y más tarde cuando las sombras se habían alargado, y el azul de Mar, a la llegada del aire nocturno, se había hecho más intenso, se reprodujo el tañido de las campanas...

—¿Habéis visto alguna vez a un chimpancé muriendo en la soledad?

Y entonces se cerró la pesada puerta del monasterio.

IV

... Me arrodillé en esto, y tomando en mis manos un pequeño pedazo de ladrillo, y escribiendo difícilmente con él, impulsado en mi fuero interno por la ciega esperanza de que tal vez un día alguien del monasterio llegaría a leerme, escribí en letras grandes, a lo largo y ancho de siete losas de piedra:

«El Mar miente. Solo el lago nos habla con verdad».

Al tener que escribir de aquella manera sobre el suelo de piedra, acabaron doliéndome las rodillas, y congelándoseme mis manos. Y maldije a los siete monjes jóvenes.

Y penetré de nuevo en el monasterio. Lo hacía por segunda vez, decidido a dirigirles un adiós indignado, y a llevar a cabo toda clase de desmanes.

Empujé, pues, la pesada puerta, y entré.

A la tibia luz del anochecer nada se veía allí. Todas las puertas estaban cerradas a lo largo de inacabables pasillos. Miré por las rendijas. ¡Todas las celdas estaban vacías!

Sin embargo me pareció percibir una tenue lucecita en una de ellas. Un rayo de luz, casi imperceptible, alcanzaba el pasillo a través de la alargada ranura; dibujando en la pared de enfrente una especie de temblor lineal. Y miré hacia el interior de aquella celda.

En el suelo se veía un candil encendido, junto al ataúd. y desde dentro de éste, jadeante, alguien que parecía en el último aliento, repetía una especie de oración suplicante. Y por fin pude discernir las siguientes palabras, que llegaban hasta mí pronunciadas con voz de anciano:

*—Concédeme, Señor, en esta hora grave...
en estos... horribles... dolores finales...
la gracia de permanecer
consciente...
tan despierto como sea posible...
para que pueda tragar entero...
este cáliz...*

*y aun así...
tras haberme otorgado tú ese cáliz total,
concédeme la gracia sin par...
de no perder ni un instante
a lo largo de esta prueba
mi confianza en ti...
¡Amén!...*

Metido en su propio féretro, se hallaba solo, estrictamente solo en aquella celda, vacía y fría; como si pretendiera que, en cualquier momento, pudiera ser enterrado inmediatamente.

... Y de nuevo llegó a mí tañido de campanas: se trataba de la cotidiana llamada matinal. Una plácida llamada, lenta, exenta de la más mínima febrilidad.

Y sentí entonces, en mis manos y en mis muslos, el frío de aquella losa de piedra, un tanto lejana ya, como si me encontrara de nuevo en mi viaje hasta más allá del viento. Y solo pude escuchar, como único factor reconfortante, en interminable elegía:

*«aquella mañana, quieta y tibia...
aquella mañana, quieta y tibia»...*

Y, avergonzado, turbado, lleno de compasión también, me calmé bruscamente, y me callé. Y cuando empezaban a reproducirse los ruidos de pasos en los pasillos del monasterio, salí a los porches del claustro.

No había rastro alguno de los siete jóvenes que habían permanecido allí, sentados en la posición de la flor de lotus.

Pero en la parte de abajo, visible por encima de la cerca de piedra que rodeaba el edificio, yacía el Mar en la obscuridad; y se oía, en la extraña paz, cómo las olas lejanas rasgaban el silencio. Y percibí olor a algas; que, mezclado con el salitre, se extendía desde abajo; y que, en mi escalofrío, resultaba excesivamente penetrante. En la soledad de la tibia atmósfera mañanera, la llegada ininterrumpida de las olas parecía un aliento humano y sosegado... Demasiado sosegado, tal vez.

Y entonces experimenté, con más virulencia que nunca, una amarga nostalgia por los años que se habían ido ya.

V

Y, al anochecer siguiente, me despertaron sonoros acordes de órgano; y densas nubes de incienso me hicieron toser.

Y, contrariamente a lo sucedido los días anteriores, no se puso en marcha, con el crepúsculo, la habitual e interminable procesión de la noche.

Cosa extraña: en su lugar se observaba una intensa agitación en los pasillos; y pude observar que estaban preparando un gigantesco montón de leña en el centro del jardín cuadrangular que enmarcaba el claustro, pila que era apenas visible en la tenue luz crepuscular.

Y todos, jóvenes y viejos, llevaban allá, en sorprendente ajeteo, broza y ramas y troncos; y construían en el centro del patio una pira cada vez más alta.

Y cuando alcanzó una altura de cuatro o cinco metros, se retiraron los monjes todos al interior del monasterio: tanto jóvenes como viejos.

Y al poco rato volvieron a salir al claustro. Esta vez iban vestidos de blanco y elegantemente; y se mostraban pensativos. Y se situaron en torno a la pira.

A medida que las llamas se extendían y se elevaban, las arcadas del claustro aporticado tomaban un extraño aspecto, lo mismo que las columnas circulares y los muros. Los hábitos blancos de los frailes se perfilaban en sorprendentes destellos, amarillentos y variables; y las filas de las cabezas rapadas reflejaban intermitentemente la luminosidad centelleante de la brasa que rodeaba la pira.

Y cuando las llamas se habían elevado ya suficientemente, empezaron a cantar los monjes, siguiendo ahora una melodía diferente para entonar la melopea:

*«La Verdad
es única
e imperecedera
como el Mar.
Por el contrario
al incontable grupo de los errores
pronto sucede el hedor de la proliferación
[monstruosa...]*

*como suceden y reemplazan en los lagos,
y en su último fondo,
al agua estancada
de mil pantanos y pozos,
negro lodo,
abundantes gusanos blanquecinos,
y gruesas lombrices rosadas».*

Y cuál no fue mi terror al ver que trajeron a la pira ya incandescente las siete lóbregas losas en que figuraba mi mensaje; y que las echaron al fuego, una a una, con sucesivo estruendo. Y al desplomarse las losas sobre la brasa, hicieron el mismo ruido que hubieran hecho al caer siete cadáveres aún templados.

Y cuando iban al fuego las siete losas, el superior, que dirigía aquella ceremonia litúrgica, levantó sus dos brazos hasta la vertical; y repitió hasta siete veces la plegaria siguiente:

—Poseíamos ya las piedras de la ley que un día recibimos en la cumbre de la montaña... ¡Que el fuego sagrado os consuma!

Y a continuación todos los monjes repitieron idéntico gesto con sus brazos, y dijeron «amén».

Y después, sin discontinuidad alguna, llevaron a la pira a siete monjes, vestidos de rojo. Tenían sus ojos cubiertos por un trapo blanco; y eran conducidos tomados por el brazo hacia la hoguera. ¡Eran precisamente los siete robustos jóvenes que había topado en oración los días anteriores!

Y, sin el menor aspaviento, los echaron al fuego uno a uno. Y allí se fundieron los siete, como si fueran de cera, sin gritos, sin dolor, sin retorcimiento de cuerpos; como si a lo largo de aquella inevitable consunción en el dolor nada sintieran.

Y entonces se extendió por el claustro un olor a carne calcinada, olor que no había conocido hasta entonces, y que alcanzó regiones bien alejadas del monasterio. Y noté un fuerte picor en mi garganta.

Y empezaron a decrecer el humo y el olor; y en esto oí, repetido por todas las voces del monasterio:

—¡Maldito sea quien traicione al Mar!

Apuntaba ya el alba por el Este, rojiza y sutil.

Y, totalmente derrotado, huí de allí a la mayor velocidad que pude.

Y cuando me falló la respiración, pero no antes; cuando ya nada podía a pesar de mi esfuerzo, me desplomé de bruces.

VI

... Y me desperté en pleno bosque, en una arboleda sombría y espesa; al parecer lejos del Mar, pues aquella humedad templada no olía a salitre.

Era bochornoso aquel día de mediados de Junio, y la temperatura excesiva.

Como a unos cien metros por delante de mí, vi una extraña colina. Aparentemente se trataba de un antiquísimo montón de adoquines. La colina era pelada; a no ser que se consideren vegetación algunos arbustos y zarzas que parecían haber echado raíces en las grietas.

Como cuando surge un claro en el cielo cubierto, o aparece una pequeña zona sin nieve en la capa incólume y omnipresente, también aquella minúscula atalaya parecía como artificial, como si aquella acumulación pétreo no pudiera explicarse por vía natural. Se trataba de un extraño espacio desnudo en plena y densa selva; y se presentaba como un claro con deje de humanidad en aquel mar tupido de vegetación.

Era mediodía aproximadamente; y el cielo cubierto se ponía por el Oeste cada vez más triston y oscuro. Oyéndose a ratos un fragor de truenos.

Y, poco a poco, empezó a llover. Primero fueron gotas muy gruesas, bien espaciadas, y claramente distintas; en tanto que también los truenos lejanos podían oírse sucesivamente y de uno en uno...

Y en esto, cuando menos podía esperarme nada parecido, apareció por allí un grupo de humanoides, o de seres simiescos, que, saltando y dejando el bosque atrás, se presentó ante mí.

Todos ellos eran robustos, los más viejos en especial. Eran peludos, y tenían sus brazos excesivamente largos, que les colgaban hasta las rodillas. Todos tenían igualmente patas excesivamente cortas. Parecían extremadamente ágiles y rápidos, es cierto, cuando se desplazaban por las ramas de los árboles; pero parecían lentos, torpes y desmañados cuando marchaban por tierra.

Y se fueron congregando, sin prisas al parecer, en los bordes de la atalaya pelada y pedregosa; y tan pronto como se hallaron allí los machos, también los demás, que les seguían formando largas filas, se fueron tras ellos cuesta arriba y hasta la cima de la atalaya. Y se sentaron en el suelo pedregoso.

Conté siete machos enormes, y catorce hembras, y ventiocho crías: algunas de éstas extremadamente tiernas todavía, y agarradas firmemente a la espalda de la madre. Otras parecían, por el contrario, un tanto crecidas.

Y aquellos cuarenta y nueve homínidos salvajes se pusieron cara al Oeste; y, contra la costumbre habitual imperante en todo grupo de simios, no empezaron la recíproca búsqueda de piojos. ¡Era extraño! Parecían tener su mirada fija en la lejanía; no hacían la menor mueca ante la inclemencia de la violenta lluvia y lo impresionante de los truenos que se acercaban a ellos; y permaneciendo estrictamente inmóviles.

Y las gruesas e intermitentes gotas iniciales se fueron haciendo menudas y abundantes, hasta fundirse las una en las otras, y producir una densa lluvia. Y la subsiguiente chaparrada, que aquel día se apoderó pertinazmente de la región, con la misma intensidad con que había perdurado a lo largo de todo el período de lluvias. Y para cuando me di cuenta de ello, se había concretizado ante mis ojos una impresionante inundación, como las que suelen darse en los trópicos.

Y una serie de rayos cercanos y deslumbrantes reemplazó a los remotos rumores de truenos. Y pareció que el cielo estallaba justo sobre mí.

Pero aquel grupo de simios—o de homínidos, tal vez, pues aún no sé si se trataba de un grupo de éstos o de aquéllos—a pesar de hallarse en pleno diluvio, no se alarmó en absoluto, ni se movió. Los cuarenta y nueve permanecieron en la colina pelada de piedras: firmes, impertéritos, durante cuatro largas horas; es decir, a lo largo de todo el tiempo que duró el temible chubasco. Habían cogido sendas ramas de follaje abundante, y se las habían colocado sobre sus espaldas, a modo de paraguas.

Y cuando la tarde había avanzado un tanto, y la puesta del sol era inminente, empezó a escampar, y a surgir por el Oeste una especie de claridad amarillenta, cada vez más perceptible. ¡La estación de las lluvias había terminado!

Yo no lo sabía. Pero sí lo sabían los ciervos, y los leones, y las enormes serpientes... como lo sabían

también aquellos curiosos simios; que se retiraron a las copas de los árboles.

En aquel preciso momento, el homínido macho más viejo, cuya perilla aparecía cubierta de barba gris, descendió de su árbol, se apartó del resto del grupo, se alejó en solitario, y se sentó en el montón de piedras que rezumaba agua por todas partes.

Con su mirada fija en el Oeste, se enderezó; y empezó entonces como a bailar pesadamente, apoyándose alternativamente sobre una y otra de sus patas traseras, derecha/izquierda, derecha/izquierda, como si pisara uva en un lagar. Permanecía en pie; pero balanceando toscamente su cuerpo hacia uno y otro lado.

De pronto se enderezó el pelo de su espalda, y el homínido lanzó un agudo grito: grito largo, larguísimo, hasta resultar finalmente doloroso para el oído. Un grito inexpresable en palabras, que se hacía más y más agudo, más y más potente, más y más bestial e interminable. Y golpeando su pecho henchido con los dos puños, alternadamente, con salvajismo creciente, lograba, en aquella calma que había reemplazado a la tormenta, un impresionante estruendo; como si hubieran surgido en aquellos parajes tambores que retumbaban.

Entre tanto, en la atalaya permanecían a la expectativa los otros seis machos, calados hasta los huesos; pero manteniendo inútilmente sobre sus espaldas las frondosas ramas. En cuanto a las hembras y las crías, habían subido todos a las copas de siete grandes higueras que se hallaban en los límites de la zona pedregosa; aparentemente para verlo todo mejor desde aquella altura.

Y en ese momento el homínido de la perilla canosa lanzó un grito espantoso; y se lanzó cuesta abajo, por la falda Oeste, con todas sus fuerzas y a terrible velocidad.

Y al pasar junto a un árbol al pie de la colina de piedra, saltó bruscamente, agarrando una rama gruesa y resistente con la mano; y, salvajemente, en un impresionante alarde de fuerza, lo rompió de cuajo allí mismo, interrumpiendo así de golpe su veloz carrera. Y se sentó en el suelo, como si aquel lodo empapado le tranquilizara; y se colocó mirando a la colina pelada.

En cuanto aquel primero había finalizado su descenso, un segundo gran macho se puso en pie, en la cumbre del montículo de piedras; y se alejó de los otros cinco. Y

repetiendo todos los gestos que había hecho el primero, gritando, dándose una andanada de puñetazos impresionantes en el pecho, y tras balancearse brevemente sobre sus dos patas traseras, se lanzó también él, terrible monstruo, cuesta abajo; como si se hubiera vuelto loco, y con todas sus fuerzas. Y, en llegando a los árboles, agarró con su brazo larguísimo una rama muy gruesa, como había hecho el primero; y tras romperla con su enorme impulso, se detuvo. Y se sentó a continuación, como si ya se hubiera calmado.

Y siguió así la ronda, repitiendo exactamente lo mismo los siete machos: el tercero, el cuarto, etc. También el séptimo realizó idéntica operación. Era el más joven de los machos; y tras haberse lanzado cuesta abajo a tumba abierta, se detuvo tras la ruptura de una robusta rama.

Y cuando se habían congregado así los siete homínidos en la parte baja de la colina pétrea, se dirigieron de nuevo hacia arriba, hacia la cumbre del montículo de piedras. Subieron los siete en grupo; llevando como guía al viejo macho de la perilla canosa.

Y de nuevo fueron precipitándose los siete, sucesivamente, bajando todos con el mismo estrépito, y ofreciendo de nuevo aquella extraña ceremonia séptuple.

Entre tanto, las hembras y las crías permanecían silenciosas, contemplando a los machos de su bandada desde las ramas en que se habían sentado. Y admiré la misma danza siete veces.

Y observé entonces que, en la parte baja de la colina, se podían contar cuarenta y nueve fuertes ramas en aparente caos.

Y cuando la séptima serie hubo concluido, descendieron de las ramas de las higueras al lodo empapado las catorce esposas y los veintiocho hijos e hijas que habían permanecido en ellas como espectadores.

Y tras realizar todos, entre alaridos y saltos, una especie de danza colectiva, recogieron las cuarenta y nueve ramas rotas; y, arrastrándolas tras de sí, se adentraron en la selva...

Mientras tanto, se habían alejado por el Oeste los ecos de los truenos, hasta enmudecerse progresivamente.

Había llegado el período de la sequía, y el cielo ofrecía una claridad cada vez mayor. También se tornaba

cada vez más amarillo; e incluso enrojecía. Era signo seguro de que al día siguiente el tiempo sería soleado y resplandeciente. Y lo mismo a largo de las semanas siguientes, durante el período de secano que iba a imponerse.

La tierra exhalaba un vaho dulce y tibio; y el aroma de mil plantas se difundía por doquier en la atmósfera vespertina. Al acabarse el período de las lluvias, ¡Año Nuevo!*

Y desde muy lejos, en el instante en que el rojo anochecer toma un tono violeta, intermitentemente, oí un tañido de campanas... Por allí, acaso en algún punto lejano de la orilla del Mar, se estaba haciendo una llamada desesperanzada...

* Juego de palabras intraducible; ya que *urte* significa en vasco tanto año como período de aguas.

VII

Y anduve largo tiempo por tierra, tres días tal vez. Teniendo siempre ante mí un enorme desierto en el que no se vislumbraba ni rastro de hierba.

En esto, cuando tal vez me encontrase en las mismísimas postrimerías del mundo, adiviné unas columnas de humo que, enroscándose sobre sí mismas, ascendían hacia el cielo; y que surgía poco a poco ante mí la silueta oscura de mil chimeneas. Y observé también que, insensiblemente, una serie ensordecedora de golpes producidos por enormes piezas de hierro, se iba imponiendo al silencio total precedente.

Aquella ciudad humeante era tan ancha como el desierto; y sobre ella el cielo azul y resplandeciente aparecía oscurecido incluso en pleno mediodía; al mismo tiempo que el creciente estrépito producía dolor en mis oídos.

Pude contar cien calles, doscientas, quinientas tal vez, entre otras tantas filas de inmensas factorías. Eran todas paralelas, y parecían huir de mí, creando entre sus fachadas inmensos canales. ¡Qué febril vorágine productiva!

Aquella inconmensurable selva de chimeneas se me apareció inmersa en una niebla de humo, y como oculta en sus tres cuartas partes.

Todos los edificios tenían unos sesenta metros de altura, y otros tantos de longitud (siendo todos hermanos gemelos, al menos si cabe decir que existen gemelos en alguna parte). También las calles eran todas idénticas, sin un solo árbol, y tenían idéntica anchura: una veintena de metros. En aquellos inimaginables paralelepípedos no había puerta ni rendija alguna: todos los muros eran rigurosamente ciegos. Tanto la entrada a ellos, como la salida, se efectuaba por subterráneos.

En el centro de los edificios, por lo que podía verse por encima de aquellos terroríficos hangares, se destacaba una única chimenea roja: inmensa ya por sí sola, iba emplazada en el centro de los edificios, como vigía tal vez, y parecía probable que tocara las estrellas. Y un humo negrísimo se derramaba desde su extremo de modo ininterrumpido. Aquel silencioso, gigantesco y humeante guardián aparecía rodeado de dos y tres cercos protectores de alambradas. En los estrechos

pasos o callejas existentes entre talleres sucesivos, se veían por doquier inmensos montones de chatarra, de chapas roñosas; y auténticos cerros de restos y de porquerías de todo tipo.;

Y, realmente, aquella atmósfera se hacía asfixiante a causa del calor y del humo.

A intervalos, y en todas las encrucijadas de las calles, vi enormes fotos del jefe local, en blanco y negro. Había exactamente tantas fotos gigantescas como esquinas. Aparecía el líder con la sonrisa en los labios, y con sus brazos cruzados a la altura de la cintura; y enseñaba hasta una veintena de medallas, suspendidas a lo ancho de su pecho: el «Pater Patriae» aparecía en ellas brillante, elegantísimo.

Y en la parte inferior del retrato, escrita con letras blancas (a mano aparentemente, aunque la apariencia engañaba con toda seguridad) leí esta inscripción: «dear daddy».

Dato curioso: no vi allí ni una sola casa de viviendas. Vi fábricas, eso sí: a cientos, a miles; de fachada ciega, idénticas todas en dimensiones y forma.

Y cuando llegué a una especie de esplanada pelada (digo esplanada, porque si llamara plaza a aquello estaría insultando a las más feas del mundo), vi que, en inmensas pancartas, podían leerse estas dos palabras, repetidas hasta el hartazgo: «here» y «now». Y después, en renglones sucesivos: «4367. factory // 964.371 workers // prod. 17.359.000 tons. per year».

Y en el centro mismo de aquella especie de plazoleta vi un orificio cuadrado; desde cuyas cuatro esquinas descendían, hacia una plaza subterránea, cuatro escaleras principales. Y en aquel subsuelo inferior observé la existencia de ocho grandes puertas; y que en su dintel superior se leía una sola palabra: «lift».

Descendí a velocidad impresionante en uno de aquellos ascensores, y llegué a una especie de planta principal. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrarme allí con toda una urbe! Había calles anchas; y en la tibia temperatura ambiental todo era elegante; y hasta los últimos rincones aparecían iluminados con luz fluorescente. Había también semáforos tricolores, sobre postes rigurosamente blancos.

Y al salir por la misma puerta por la que había

bajado, leí: «Danger! Lift-speed: 725 miles / hour. You are at - 1.200 feet/level. Residence here: n.8.654-ter».

En aquella atmósfera impoluta y templada había sobre todo una cosa que me apuraba: la inexistencia de ventanas! Todo era allí estanco; y, aparentemente, no se podía salir de allí, ni se podía entrar. El ambiente, digámoslo de paso, era silencioso, un poco húmedo, aséptico... ¡Aséptico sobre todo! «Apprendre à crever proprement»... Aséptico es la palabra, y parecido a la atmósfera especial que suele reinar en los hospitales.

Y, queriendo subir, llamé al ascensor; y penetré en él.

Pero una vez dentro, y tras realizar mil tentativas inútiles, no conseguí poner en marcha aquel aparato inodoro e incoloro. ¡Qué asco! No podía regresar a la superficie; pero tampoco acertaba a abrir la puerta, ni a hacer nada en realidad. Estando así preso e inmovilizado, mi cerebro dio un salto hacia atrás. Y noté que eran idénticos, o al menos muy parecidos, el terror que se estaba apoderando de mí entre aquellas cuatro paredes, y el que me invadió en mi viaje hasta más allá del viento.

Y me espanté, y empecé a gritar:

—¡Por favor! ¿Cómo puedo salir de este féretro?

Y oí las sílabas finales: «re-tro, re-tro, re-tro», que se repitieron tres veces.

Empecé entonces a golpear a puñetazos aquella caja; a golpear con todas mis fuerzas sus grises paredes de chapa, y su puerta de cristal. Y el estrépito fue creciendo. Pero no oí tañido de campanas.

Y entonces, sin saber por qué, me puse a golpear mi pecho febrilmente, logrando un profundo estruendo en mí...

Y quise coger una rama robusta con mi brazo, y arrancarla de cuajo, y llevármela a rastras. ¡Pero no tenía árboles a mano!

Y en aquella asepsia perfecta no encontraba lodo empapado bajo mis pies, ni agua a mi alrededor:

—¡Urtats! ¡iUrtats!! ¡iiiUrtats!!! ¡iiiSácame de este repugnante agujero de carroña!!!*

Y de nuevo oí cómo se repetían tres veces las sílabas finales: «rro-ña, rro-ña, rro-ña»...

* «Urtats» significa año nuevo en vasco. Y ha aparecido como grito relacionado con el bisémico «urte».

Y en el preciso momento en que se disipaba el eco de mi llamada, noté cómo, tras mezclarse con el rumor de mis oídos, se imponía en mí el estruendo de infinitas máquinas pesadas; estruendo uniforme, monótono, exento de todo relieve de discontinuidad...

Y golpeé con mi puño aquel immaculado ascensor; pero nada se movió, ni sufrió la menor alteración.

Y acabé perdiendo entonces hasta la esperanza de agrietar por lo menos el cristal de la cabina.

Desesperé. Desesperé del todo...

Y se me apareció un reloj en la copa de un ciprés. Reloj que me resultó conocido.

Y vi que marcaba la hora veinticinco... Y vi cómo se aproximaban a mí, en tropel, moscones verdes, gruesos, brillantes...

Y en un espanto inquietante grité:

*«ez ormari atzez
goiz eder argian!»...**

Y a continuación un idéntico triple eco de las sílabas finales...

... Y al pararse bruscamente el ascensor, me desperté; y permanecí, erizado y horrorizado, como dos minutos; como si me hubieran despeñado desde el famoso «pulpit-rock» de los fiordos. Y el tufo y la polución del exterior me ahogaban.

Y en esto hallé que dos hombres se hallaban junto a mí, con sus rostros cubiertos y vestimentas blancas. Con seguridad se trataba de dos médicos; aunque no les conocía de nada. Y hablaron entre ellos en inglés; y solo les entendí esto:

—Out, yes! Out!

Y se acercaron aún más aquellos dos hombres altos, y me sacaron a aquel espacio llano existente entre las calles. Y, sin más aspavientos, entre millones de «here» y de «now», me abandonaron allí mismo.

* Se trata de las mismas palabras del poeta vasco Lauaxeta antes de ser fusilado, oídas ya durante la visita al monasterio, cap. I.

I

Y al amanecer oí griterío de inmensas masas de gente que circulaban por las calles cantando.

Y vi un millón de manifestantes, que marchaban en mil grupos tras mil banderas:

*«¡Gloria a ti!
¡Gloria a tu corazón!
¡Gloria a tu inteligencia!
a ti que nos has dado
la gracia sin par de la Remolucíon;
¡Gloria y renombre a ti,
por los siglos de los siglos!»...**

Y a medida que sobrepasaban ya la última fila de fábricas de la ciudad, iban entrando en un inmenso estadio al borde del desierto, que parecía recién construido. Y se colocaron en pie en mil grupos de a mil individuos, formando una estructura simétrica en U de tres lados; mientras seguían cantando el mismo estribillo:

*«¡Gloria a ti!
¡Gloria a tu corazón!», etc.*

* El juego de palabras es intraducible; ya que «remolucíon» no significa nada. Pero en vasco «iraultza» significa revolución, frente a «iraurtza», preparación de la cama al ganado.

Clavaban todos sus miradas en un mismo punto: en el centro exacto del cuarto lado del estadio, y en el extremo superior de la elevada torre de cemento que parecía haber sido edificada para servir de estrado presidencial. La atalaya que la coronaba parecía un altar; aunque también podía tomarse por tribuna o púlpito. Encima de éste, justamente a lo largo de aquello que bien podía ser una mesa. Sobre ella podía verse una monumental foto de unos veinte metros de ancho por treinta de alto. Y, por lo que vi, por detrás de aquel conjunto del altar, se erguía una robustísima estructura resistente que sostenía el retrato, una selva de andamiajes adosada a la torre de cemento. La imagen que había sido fijada con aquellas garantías no era otra que la suya; la misma que había visto ya reproducida mil veces por la ciudad, y bien patente en los cruces de las calles. Mostraba en su pecho cuarenta condecoraciones, su rostro sonreía, y cruzaba sus brazos. Allí está El, el Jefe amado de la localidad; más embellecido aún por el resplandeciente sol que iluminaba su imagen.

Por debajo de aquella atalaya o mesa gigantesca, los manifestantes exhibían en sus brazos y en sus pechos emblemas con la bandera que parecía servir de tema invariable. Era una banda de fondo amarillo, que se repetía tres veces a lo largo de la parte delantera de la mesa; un fondo monocolor, que se interrumpía siete veces hasta media altura, por otras tantas chimeneas elementales, representadas allí como siete simples bandas verticales de color rojo. Al desplazar el gritón color rojo del ladrillo, por bandas, al amarillo seco del fondo, se daba a entender que, análogamente, la fuerza humana estaba ya imponiéndose al desierto.

II

Y desde todo el estadio, el grito de las masas fieles, incesante, infatigable, ensordecedor, se propalaba una y otra vez:

«¡Gloria a ti!

¡Gloria a tu corazón!

... por los siglos de los siglos»...

Y tras haber transcurrido tres horas de esa manera, apareció el amado Jefe, cual insignificante hormiga, en el centro de aquella especie de elevado púlpito que vestía la triple bandera, y como manchando a penas en un punto la gigantesca foto. Y nada más hacer su aparición, las incomensurables masas se arrodillaron simultáneamente; y, por grupos de a mil manifestantes, inclinaron sus banderas rojigualdas hasta que éstas tocasen la seca arena. Y bajando por la ladera del Oeste, con todas sus fuerzas y a una velocidad impresionante...

Y coreado por un millón de voces simultáneas, oí el himno ensordecedor de aquellas multitudes:

«¡Gloria a ti!...

... por los siglos de los siglos»...

Y, amplificado por millares de altavoces en toda la extensión del terreno de arena, el amado Jefe inició su discurso:

—¡Queridísimos hijitos míos!... Hace hoy veinte años...

Pero las masas estallaron en todas las zonas del estadio con gritos estruendosos, que convertían en desvelados oyentes hasta a los sordos mismos:

—¡Txin-ko! ¡Txin-ko! ¡Txin-ko!*

Y empezó de nuevo el amado Jefe:

—y en estos veinte años, nosotros...

Pero de nuevo las masas inconmensurables, sin poder controlar su entusiasmo, recomenzaron sus aplausos interminables, repitiendo el mismo slogan:

—¡Txin-ko, Txin-ko, Txin-ko!!

Y el Jefe-bien-amado, que se expresaba siempre en un inglés macarrónico, continuó su sensacional discurso:

* «Jinko» es Dios en vasco-suletino; por lo que el juego de analogías, a la vez chinoide y próximo al grito del fascismo español, resulta intraducible.

—Hemos aumentado la producción de avena; que este año ha alcanzado la cifra de catorce mil ochocientos millones de toneladas.

Y las masas prorrumpieron en gritos al Jefe-bien-amado:

—¡Gloria a ti por siempre jamás!

Y el amado Jefe continuó:

—Hemos aumentado la producción de cizaña: veinticinco millones seiscientas mil toneladas este año.

Y las masas prorrumpieron de nuevo:

—¡Gloria a ti por siempre jamás!

Y el Jefe-bien-amado continuó:

—Hemos aumentado la producción de ácido sulfhídrico: sesenta y cinco mil millones de toneladas.

Y las masas contestaron:

—¡Gloria a ti por siempre jamás!...

III

... Y el amado Jefe continuó así su discurso hasta que el sol alcanzó su zénit; y las masas, felices, continuaron replicando de la misma manera. Y, a mediados ya de la tarde, se terminó la lista de las diferentes producciones; y el bien amado Jefe leyó en ese momento el artículo n. 6314:

—Hemos aumentado la producción de opio; quinientas cuarenta mil toneladas.

Y las masas contestaron:

—¡Gloria a ti por siempre jamás!

Pero, tratándose del último artículo de la lista, las masas, felices, querían mostrar su homenaje entusiasta:

—¡¡Txin-ko, Txin-ko, Txin-ko!!

Y entonces, tras efectuar una breve interrupción, declaró el amado Jefe, con voz aún más potente que antes, y dejando cierto intervalo de silencio entre sus frases sucesivas:

—¡Una única obsesión!... ¡Una única inquietud!... ¡Una única meta!... ¡Dar más!

—¡¡¡Más!!!—respondieron las masas.

—¡Producir más!

—¡¡¡Más!!!

—¡Y extender más y más esta selva de chimeneas, hasta que quede humanizado el último y el más minúsculo arenal!

—¡¡¡Más!!!

—Y que cada cual se haga una única pregunta al acostarse: «¿Qué he hecho yo hoy para aumentar el índice de producción?».

Y las masas, entusiasmadas, reconfortadas por la Verdad de las Verdades, desgarraron de nuevo las regiones límites del desierto:

—¡¡Txin-ko, Txin-ko, Txin-ko!!

Aunque la tarde estaba ya un tanto avanzada, el sol abrasaba más brutalmente que nunca.

Y los manifestantes de los mil grupos de a mil individuos empezaron a desmayarse. Y para el momento mismo en que se iniciaban los primeros desvanecimientos, cien furgonetas negras recorrían ya los pasillos entre las hileras de la gente, recogiendo a cuantos habían perdido el sentido. Y aquellas cien negras furgonetas, cual cucarachas ávidas de carne, salieron del

estadio, y depositaron su cargamento humano en pleno desierto. E inmediatamente, con la mayor celeridad, volvieron al estadio en busca de más carne flaca.

Pero en ese instante llegaba el Jefe bien amado al punto más álgido de su discurso:

—Hemos hecho así la Remolucón. Ahora bien, esta Remolucón, en la medida en que significa el hundimiento de la propiedad privada, es retorno pleno a la naturaleza, y humanismo perfecto, y humanidad pura sin falla; y en tanto que es humanidad y humanismo puro, también es naturaleza...

—¡¡Txin-ko, Txin-ko, Txin-ko!!

—Hemos arrancado todas las alienaciones que cegaban a la Humanidad. A través de nuestra Remolucón, el hombre se ha encontrado a sí mismo, ha conocido un nuevo nacimiento; logrando así aquí mismo y desde hoy mismo la densa Felicidad que solo puede lograrse por vía racional. Hemos arrinconado todas las podridas supersticiones existentes en torno al «después». Hemos matado al dios que nos mantenía en las tinieblas. ¡Y hemos lanzado al estercolero de la Historia hasta su recuerdo mismo!

—¡¡Txin-ko, Txin-ko, Txin-ko!!

—La solución verdadera de la contradicción existente entre el hombre y la naturaleza, se encuentra en nuestra Remolucón... En nuestra Remolucón está la solución de la contradicción entre el hombre y la sociedad!... La lucha entre el ser y la existencia se derrumba en nuestra Remolucón... Pues esta Remolucón es justamente la solución de la contradicción entre la cosificación y la personificación, la solución de la contradicción entre la libertad y la necesidad, la única Remolucón que ha unido fraternalmente al individuo y a la especie humana... Puesto que nuestra Remolucón es, en una palabra, la clave secreta de la Historia... y porque es la primera que, además, sabe que es la clave de la Historia»...

Y de nuevo los manifestantes, alocados, prorrumpieron en gritos, agitando en sus manos millares de banderas:

—¡¡Txin-ko, Txin-ko!! ¡¡Bendita sea la mujer que te ha llevado en su vientre!!

Y el amado Jefe, tras lanzar un «Viva la Remolucón», alzó bien arriba sus dos brazos, y se retiró de la atalaya.

El estrépito de las masas se hacía cada vez más ensordecedor, y los manifestantes se desplomaban por centenares y por millares: de ataques al corazón, de insolación, de agotamiento... Y las furgonetas negras, fortalecidas por su propio trabajo remolucionario, recogían con avidez los cadáveres y los cuerpos de los desmayados, los apilaban, y los llevaban al desierto a máxima velocidad.

Ahora bien, en ese momento subieron gran cantidad de enormes cajas hasta la atalaya que coronaba la torre, y las abrieron. Y de su interior salieron, hambrientos, siete mil gigantescos cuervos, que se lanzaron sin más hacia el desierto, en busca de carne humana.

Y las masas, siempre en pie, y sin moverse de sus sitios, insistieron con fuerza insuperable, y apoyando sus gritos con palmadas:

—¡¡Txin-ko, Txin-ko, Txin-ko!!

Y fue esa la única actividad de las masas a lo largo de las postreras horas de la tarde; en tanto que la atalaya permanecía vacía, sin otro testigo que las enormes cajas. Pero la presencia de la foto era suficiente para inflamar la devoción de todos; pues allí estaba con ellos, en imagen al menos, el bien amado «daddy».

Y a medida que los más débiles en la fe y en la certeza de la Remolución se iban desmayando, las furgonetas negras hacían inmediato acto de presencia; hasta llenarse para irse después al desierto.

Y los altavoces, intercalando himnos, repetían sin cesar: «Que los cuervos tomen sobre sí la liquidación de los contra-remolucionarios, de los blandos, de los débiles y de los borrachos»...

IV

Y cuando llegó el crepúsculo, derrengados, vencidos por la fatiga, pero rebosantes de alegría interior, regresaron los manifestantes a la ciudad; es decir, regresaron quienes no se habían convertido en bazofia para cuervos.

Estos, entre tanto, saciados al menos una vez al año, yacían en profundo sopor en los parajes solitarios del desierto.

Efectuados los cálculos por las computadoras de la ciudad, pronto se difundió la cifra con una frialdad absoluta: la ciudad había sido liberada de un total de 36.324 cerdos.

Y en vista de la importancia de la operación de limpieza, el resto durmió a pierna suelta.

V

Y al día siguiente me despertaron las agudas sirenas de la mañana. Y queriendo yo intervenir antes de que las masas comenzaran su trabajo, y hablarles, regresé a aquella especie de solar o plazoleta del centro de la ciudad.

Pero en aquella encrucijada limpiísima no se veía a nadie; ni siquiera después de que hubieran resonado las sirenas; ni había tampoco ni alma en la zona subterránea bajo la plaza central, ni en las cuatro escaleras que llevaban a ella. ¡No había nadie en ninguna parte!

Tomé entonces uno de aquellos veloces ascensores; y esperando hallar a alguien por lo menos en la plazoleta subterránea, me dirigí a la calle mayor del subsuelo. Pero ¡tampoco allí había ni alma!

—¡Oídmeme!—dije en voz alta.

Desde aquellas largas paredes sin ventanas no me llegó ni rastro de respuesta.

Entre tanto, ofrecidos y repetidos con luz roja en todos los cruces de calles, leí los datos meteorológicos del día:

«Temp. 18 C°
Hygr. % 70
Press. 760 mm.
Time 5.32».

—¡Oídmeme!—gritaba—. ¡Despertad!... La Remolución ha solido aportar el pogrom, trae el progrom, y seguirá trayendo el pogrom... Pues en el fondo de la Remolución, y dándole vida, está el Mar...

En el suelo de aquella extraña calle no había el menor desperdicio; y el blanco de las paredes, incólume, era tan blanco como la nieve. Aquí, y allí, por todas partes, invariablemente, una única palabra: «clean», «clean», «clean». El silencio era absoluto; aun cuando podía oírse cierto lejano rumor de máquinas.

Y, por segunda vez, las agudas sirenas resonaron de modo ensordecedor. Y entonces pregunté en aquel silencio total:

—¿A cambio de qué la monstruosidad de ayer?...

Podía oírse un rumor subterráneo, monótono y continuado.

—Escuchad, por favor, a este testigo excepcional, que

viene a visitarnos desde la región de más allá del viento... El Mar no es otra cosa que un gigantesco «volante térmico», según he leído en el texto de vuestras piedras votivas... Queréis insultarlo, minimizarlo, negarlo; huir de él tan lejos como os es posible... Pero es el Mar quien os da vida; e incluso en esta extremidad árida del desierto, es el Mar lo que constituye vuestra última meta y vuestro impulsor fundamental...

En la zona subterránea, impertérrito, me seguía llegando el mismo murmullo mortecino.

—Ahora bien, tanto si el ansia de Mar se presenta sin máscaras, y en su desnudez, como si se presenta enmascarada y disfrazada, una vez que esa sed se ha apoderado de vuestros corazones, ya no se producen la revolución y la liberación, sino la remoción y el embrutecimiento; y lo mismo se seguirá produciendo en el futuro. Pues las opresiones más despiadadas suelen llevarse siempre justamente en nombre del Mar*...

Seguía sin aparecer nadie por aquella encrucijada de calles subterráneas; mientras en las esquinas, ininterrumpidamente y con luz roja, la pancarta meteorológica seguía proporcionando sus datos:

*«Temp. 22 C°
Hygr. % 55
Press. 755 mm.
Time 5.58»*

—Hablando seriamente—insistía yo—, ¿no aspirasteis ayer hasta hartaros, el más penetrante de los olores a incienso imaginables?... Ahora mismo voy a desvelaros lo que considero sumamente repugnante en esta ciudad aséptica: ¡el nivel asfixiante alcanzado aquí por el olor a cirios y a aceite sagrado!... ¿Cómo no os ahogáis?

Pero nada lograban mis gritos.

—Queríais aportarnos el reinado del entendimiento, y habéis edificado un nuevo Lhasa; buscabais la Verdad y habéis encontrado el Potala... Sois creyentes, sois devotos excepcionales... Pues, por lo menos los adoradores del Mar posponen la realización de sus sueños

* El juego de palabras es intraducible. El par *iraultza/iraurtza*, como ya se ha explicado corresponde a revolución y preparación de la cama al ganado; y el par *askakuntza/astakuntza*, análogamente, equivale a liberación y embrutecimiento.

hasta después de la muerte; en tanto que vosotros, aun cuando no reconocéis otro destino que el de convertir os un día en alimento de los cuervos, seguís siendo creyentes impertérritos... ¡¡Sois vosotros, en verdad os lo digo, los más crédulos de los creyentes que la Historia haya conocido jamás!!... Pues para creer que aquí ha quedado anulado aquel viejo pueblo del Mar, hecho de salitre, y que este infierno aséptico es diferente de aquéllo, hace falta ser un fogoso creyente: algo así como Saulo, y Ali, y Asoka ¡al mismo tiempo!... Oid esto: no es suficiente instalarse en el desierto para olvidar el Mar, y para pensar que habéis llegado hasta la orilla que está al otro lado de ese Mar... El desierto no es, en realidad, sino un fondo de Mar que se ha desecado... Y la ciudad al borde del Mar y esta ciudad al borde del desierto, son hermanas gemelas... ¿cómo puede comprenderse que la espantosa muerte ayer de 36.324 seres humanos no despierte en vosotros la menor zozobra?... ¿Cómo se explica que no sintáis en absoluto que el equilibrio teórico de vuestras doctrinas y de vuestros fundamentos íntimos se tambalean? ¿De qué casta sois? Ya que incluso en las bandadas de chimpancés la jerarquización estricta y la puntual opresión son el resultado exclusivo de la fuerza!...

Pero el murmullo uniforme subterráneo siguió idéntico a sí mismo; y el mudo parte meteorológico de las esquinas continuó su marcha:

*«Temp. 27 C°
Hygr. % 27
Press. 746 mm.
Time 6.42».*

Sentí que empezaba a acalorarme y a sentir náuseas: —Vosotros, en cambio, no tenéis aquella excusa que tuvieron vuestros predecesores. Aquéllos eran pioneros, innovadores; en tanto que vosotros sois puros seguidores, ciegos repetidores; e interpretáis una y otra vez la misma pieza de teatro que ha sido ya ensayada y rechazada... Actuáis, según contáis, para que los desgraciados no desesperen; pero poco pueden arreglar ya las creencias en las lenguas de fuego y en los elefantes blancos...

Apenas había pronunciado yo estas últimas palabras, cuando se encendieron siete luces moradas en aquel

cruce de calles subterráneas; y tras oscilar intermitentemente ante mí por espacio de medio minuto, se apagaron de nuevo.

—¡Escuchad!—dije entonces elevando aún más mi voz—. ¿Ya me oye alguien desde ese interior?... ¡¡sois los profetas de todas las poluciones y de todos los itinerarios de destrucción!!...

En aquel blanco y aséptico agujero no se percibía otra cosa que un monótono rumor de maquinaria.

E insistí, mientras perdía la cabeza:

—... Hasta llegar al poder utilizáis los sueños dorados de las masas; pero después, e inmediatamente, las enviáis, con una indiferencia total, a su interminable soledad... las masas van a las fuentes en otras ciudades cuando la crisis llega pero aquí desde que vosotros os encaramasteis todo se ha secado de raíz y ya nadie va a las fuentes... Ir a las fuentes ¿para qué?... Entre todos los alienados sois vosotros los máximos alienados... pero desde vuestras mismas entrañas están empezando a germinar silenciosos lagos y patos y cisnes en los lagos y pronto os asesinarán y se borrará hasta vuestro recuerdo y el de vuestro linaje... y sólo se salvará una cosa de vosotros... ¡¡la sucesión inextingible de los ecos de gritos humanos y de graznidos de cuervo en las estrelladas noches del desierto!!... El Mar...

VI

Y, súbitamente, se detuvieron a mi altura tres furgonetas negras, que venían a gran velocidad. Y, para cuando puede empezar a darme cuenta de lo que pasaba, unos veinte hombres, vestidos con batas y gorros blancos, sin decir una sola palabra, me cogieron enérgicamente por brazos y piernas, y elevándome al aire, me introdujeron en una de dichas furgonetas y me alejaron del cruce.

Unos minutos después se abrió la doble puerta trasera de la furgoneta, y sentí en mi garganta una ráfaga de aire bochornoso y seco. Me rodeaba el ancho desierto por todas partes... y pude ver cómo se alejaba por el Oeste el extraño trío de negras furgonetas que me había depositado allí.

Y vi entonces en torno mío cien, y mil, y diez mil enormes y gruesos cuervos; en tan gran número que manchaban de negro la superficie amarilla de la arena. Y me aterró. Pero las tripas redondeadas de los cuervos se habían vuelto extremadamente brillantes a causa del atracón de la víspera, y se habían estirado hasta casi desgarrarse; por lo que ni uno de ellos se percató de mi presencia. ¡Yacían dormidos!... Y ahogaba el hedor a podrido.

E impulsado por un terror terrorífico, y a pesar de que el calor era realmente calcinante, me puse en marcha a gran velocidad, tratando de huir de allí.

Y huí, huí, seguí huyendo; lejos, lejísimos, y hasta el otro lado del desierto.

VII

Y entonces oí estas palabras: «vé al lago».

Y comprendí que había caído en la misma tentación que cuando había habitado la llanura de abajo por primera vez; y que de nuevo había sido el ansia de Mar, exclusivamente, lo que había encendido en mí la loca esperanza que me había impulsado a predicar en los dos extremos del mundo.

En realidad, y a través de la utilización de ideas, había tratado de recuperar, iluminar y atraer a mis compañeros de viaje equivocados.

Ahora bien, era el Mar quien había encendido en mí esa voluntad de unanimidad.

Y entonces tomé un agudo cincel, y escribí con él en mi brazo izquierdo estas palabras, tras haber hecho brotar sangre de mis venas con su incisión: «no un Mar único, sino múltiples lagos».

Y comprendí que difícilmente llegaría a nada positivo por el camino emprendido. Porque las ideas no arrastran a nadie. Porque, como dijo con exactitud mi hermano gemelo, las ideas no son sino «el excremento del cerebro».

Quería haber sido profeta. Pero el profeta habla del Mar, no de los lagos y las lagunas. No es profeta quien no habla del Mar, ni «hace que los montes cambien de sitio».

En cambio el profeta, el verdadero profeta, no habla por medio de teoremas, sino por alegorías; y no se limita a contar esas fábulas o alegorías, sino que las vive y las encarna. El profeta habla al niño que jamás ha muerto en nosotros. El profeta habla afectivamente, de corazón a corazón.

Pero, ante todo y sobre todo, el profeta habla en voz alta, altísima, justamente porque muere de muerte cruel en manos de los cerdos; y habla así de fuerte precisamente desde el instante en que perece.

Las muchedumbres sólo tienen una sed: sed de Mar.

Pero yo, ése que ha regresado del más allá del viento, «soy místico porque nada creo». Pero...

Precisamente yo he venido a predicar a las muchedumbres sedientas que deben olvidarse del Mar.

Y las muchedumbres ni se han percatado de mi presencia.

Porque quien no les habla del Mar les resulta mudo y estéril.

...Y entonces, dejando de lado las últimas llamadas del Mar, me dirigí a mi propio lago.

...Y las cumbres de Argituxe, de Argibele, de Iridoi, me ofrecieron su silenciosa bienvenida; y también la vigilante torre de Jauregiberri, junto a Montory, vigía en el sendero de la montaña, me saludó para recibirme.

Y los tejados de pizarra se multiplicaron ante mí en las laderas de las montañas y sobre los arroyos; y los caseríos silenciosos me miraron sonrientes.

Y comencé así por segunda vez el viaje que había hecho allá abajo. Pero ahora lo iba a hacer de hito en hito; como sólo puede hacerse cuando se inicia el periplo de la vida provisto de la sabiduría que da el haber visitado las regiones del más allá del viento...

I

Y allí arriba, en la zona de Ayete, dejé detrás de mí Muntto y Untzaene y bajé por Txantxerreka.

Y tomé el húmedo camino que existe entre Caviedes y el Palacio Real.

Y yo no sé si lo que me invadió aquella mañana fue poesía o fue miedo; pero la metafísica me parecía sueño; y el sueño, verdad evidente y febril. Y vi que el extraño recuerdo de aquella mañana en que atravesé el oscuro y estrecho sendero de Txantxerreka, es el más antiguo en mí, y claramente anterior a todos mis otros recuerdos; pues pasé por allí en el comienzo mismo de mis tiempos.

Iba pues hacia el Norte por el estrecho caminito, y había dejado atrás las suaves laderas de Txantxerreka.

El musgo humilde era dominante en la pared que tenía a mi derecha, pared de unos tres metros de alto. A mi izquierda, unas tejas rojas, descoloridas ya y decrepitas, coronaban el bajo muro de cierre que separa el palacio del sendero; y aun eso con discontinuidades, pero formando una especie de pequeña cumbre alargada.

Por encima del muro de piedra de mi izquierda, encontré el rojo Palacio de Miramar: mohoso, agrietado a ratos y decadente, con trozos de tejado desnudos tras la desaparición de la teja correspondiente. Palacio que siempre había considerado misterioso.

Cubriendo el camino, por otra parte, había un auténtico bosque espeso de laurel, que tapaba el cielo completamente, como si se tratara de una cobertura; y vi en el suelo, esparcidas entre los adoquines, numerosísimas hojas ovaladas y alargadas, caladas, totalmente marchitas y amarillentas.

También topé en el camino, en un recodo del mismo, un par de troncos viejos, abandonados; y me pareció que aquel sendero era un camino estrecho, un camino húmedo, un camino resbaladizo, que se me antojaba más largo que nunca.

Y cuando empezaba ya a impacientarme, se acabó aquel túnel de árboles; y se me apareció por delante, a la salida del camino, la bahía de la Concha, azul, maravillosa. Y vi el querido Urgull y la isla de Santa Clara.

Y por mi izquierda, por detrás de la serie de rojos muros del palacio, vi la cumbre de Txubillo, encuadrando aquel sugestivo laberinto de ladrillo; y vi el funicular, que justamente subía en aquel momento; y el torreón, encima del resto... Y delante el pequeño promontorio de Loretopea, que seguía allí exactamente igual...

Y me quedé embelesado.

Iluminado... de nuevo... ¡era el viaje!

Y miré atrás. Y me sacudió con violencia una áspera conmoción. El edificio del Palacio Real; y las casitas, y las caballerizas, y todos los diferentes edificios rojos, se borraban ante mí en la oscuridad y bajo la espesura de la cubierta de árboles. Miré entonces por última vez el secreto de Txantxerreka: era negro, angosto, temible.

Y comprendí que me había quedado vedado para siempre.

II

... Y cuando me encontraba en una vieja casa junto a Txillardegi oí el entonces célebre vals «Ramona» en una basta radio de madera; en aquella misma que contenía un cristal redondo en el centro, que se iluminaba con dificultad y con luz mediocre; en aquel viejo aparato marrón de casa que caracterizaban por delante tres pequeñas columnas negras.

—¡Siempre lo mismo!—dijo mi padre—. ¡Qué pesados!

Y me parece que lo estoy oyendo todavía, sin interrupción, en aquellas perezosas sobremesas.

Interpretaron después el «J'attendrai»; y llegaron a mis oídos aquellas extrañas palabras cuyo alcance no medía bien durante mi niñez: «j'attendrai ton retour»...

Y un poco más tarde (como todos los días, por lo que se decía), con el nuevo ritmo de la samba, se difundió desde aquel altavoz que recubría una red de color anaranjado:

*«Meu Brazil,
Brazil brasileiro!
a brea cortina do pasado,
Brazil»...*

Todavía lo estoy oyendo.

... Y de pronto mi padre apagó aquella radio grande y tosca; y adoptando un tono de mando que no era habitual en él, nos dijo: «hace un día excepcional: tenemos que celebrar hoy el regreso del primo, que llegó anoche de Bélgica. Todavía no comprendéis esto. Pero más tarde sí lo entenderéis. Ha pasado cuatro años fuera. E iremos todos a Igueldo».

Y bajamos todos a los jardines de Ondarreta; los de casa y los que no eran de casa, saltando y con insuperable alegría; y llegamos a la plazuela circular en que se encontraba la estatua mohosa de la reina María Cristina.

Y en la obligada espera a tíos y primos que no acababan de llegar, bebimos cien veces del chorro ininterrumpido de la fuente.

En el centro de Ondarreta, mirando al mar, había una escalera elegante y amplia, que estaba flanqueada, como antes, de dos rampas arqueadas en sus lados. En

los períodos tormentosos del invierno, y también aquel día, el amarillo de la arena se superponía al azul de la piedra en los ángulos de las escaleras.

Saltamos una infinidad de veces por encima aquellas, tratando de llegar directamente hasta la playa desde el paseo:

—¡Hoy resulta fácil!

Y también otra infinidad de veces descendimos una y otra vez por las dos rampas arqueadas, de piedra azul y suave, sintiendo fuertes cosquillas en las plantas de nuestros pies.

Por fin, cuando ya nos habíamos congregado en la plazoleta de María Cristina los diez, quince, tal vez veinte, chicos y chicas llegados allá desde todas las partes de San Sebastián, nos dirigimos a pie hacia el funicular de Igueldo.

Tuvimos que dejar a la derecha la vieja y terrible cárcel de Ondarreta, una cárcel amarilla; ya que desde la guerra estaba prohibida la circulación por el paso que quedaba entre sus muros y la playa. Sin embargo, los tranvías blancos sí pasaban por allí.

Y cuando nos habíamos puesto en marcha, y el tiempo era excepcionalmente bueno, oímos en las garitas de las cuatro esquinas:

—¡Centinela, alerta!...*

Llegando inmediata la respuesta:

—¡Alerta está!...*

Y lo mismo cuatro veces. Los ecos posteriores no parecían extinguirse a la velocidad deseada:

—¡Seguid, seguid adelante!—dijo mi padre.

Y, bordeando el caserío «Barraka», rodeamos aquellos enormes muros amarillos, dejando más adelante el Tenis a la derecha, y el barranco de Satrústegui a la izquierda, y llegando al fin a la plazoleta redonda de debajo de Txubillo.

En el centro había una esbelta palmera.

Y delante teníamos el funicular, envuelto en ciertos aires misteriosos.

Entramos bulliciosamente a la sala de espera riendo a carcajadas. Y antes de llegar a aquella estación en

* En español en el original vasco.

escalera pusimos en marcha, utilizando perras gordas, el pequeño carillón que había en ella; y escuchamos embelesados la sutil musiquilla que salía de él. Aquel pequeño rodillo giratorio tenía, a lo largo de su superficie cilíndrica, una especie de barba corta, recién nacida; y aquellas puntitas, al girar el rodillo, tocaban un peine que existía a lo largo de él, produciendo un sonido extremadamente suave. ¡Qué ilusión la nuestra!

Se oyó en eso la llamada de subida: un timbrazo largo.

—¡Vamos! ¡De prisa!

Y costándonos movernos de allí, aquella llamada que, sin el pequeño carillón, nos hubiera resultado tardona, fue considerada excesivamente tempranera. Y a medida que el guarda local bajaba, cerraba con brusquedad una tras otra las puertas corredizas. Llevaba boina negra, su rostro era excesivamente rojo; y cuando apareció en el espacio resultante sobre la puerta, todos le saludamos respetuosamente.

Y, tirado por un grueso y grasiento cable de acero, y tras habernos sosegado y callado nosotros, hasta cierto punto al menos, nos pusimos en marcha hacia arriba. Miraban los unos hacia la bahía de la Concha; yo hacia el camino del funicular, que noté se hacía más empinado a medida que subíamos. Y varios nombres se usaron allí como objetos arrojadizos: Bartali, y Sylvère Maës, y Lapébie...

—Este año, de todas formas—dijo el tío—no hay «Tour de France». Porque hay guerra.

Y nos callamos todos por un momento: ¡qué lástima!

—¡Si no, Bartali volvería a ganarla de nuevo!

Y al llegar a la cumbre del Txubillo, en medio de un ruido profundo, y siguiendo lo que era ya costumbre, miramos con estupefacción por la ventana lateral la enorme rueda, y el resto de la instalación del funicular. Y después, tras ascender varias escaleras, nos dirigimos a la parte cubierta de la derecha a todo correr. Y dejando atrás al padre y al tío, llegamos, una vez más en carrera desbocada, por el cobertizo longitudinal hasta el llamado «Río Misterioso».

El estruendo de la maquinaria del funicular parecía extinguirse allí; y que se le imponía otro ruido, que parecía acuoso esta vez.

La enorme rueda verde que teníamos ante nosotros, movía pesadamente el arroyo de agua que constituía el recorrido de las lanchas.

—¡Tened los billetes! ¡Que cada cual coja el suyo!

Había en el punto de salida una fila de rodillos giratorios, que subía y salía del agua. Las lanchas llegaban a su punto de salida subiendo lentamente aquella serie de rodillos. Cuando el vigilante, con su vara en garfio, y desde el cobertizo, agarró la que nos correspondía a nosotros, entramos en ella tres de mis primos y yo mismo. Y tras bajar otra serie de rodillos, descendente ahora, con cierta celeridad, nos encontramos flotando y avanzando por el estrecho canal. ¡Qué alegría! También un poco de miedo, para ser sincero.

—¡Cuidado con las manos!—oímos—. ¡Las manos siempre por dentro!

Y nos fuimos bordeando el oscuro cobertizo. Avanzar flotando a aquella moderada velocidad, nos parecía origen de mil extraños placeres. Y al pasar por debajo de los minúsculos puentecillos que cruzaban el canal, y cuando nos veíamos obligados a inclinar la cabeza para no chocar con el pequeño ojo de los puentes de piedra, aquel «Río Misterioso» se nos convertía en punto clave de intensos y secretos escalofríos.

Había mucha gente en Igueldo aquella tarde resplandeciente. Y mucha también mirándonos desde la orilla del canal. Y esto nos ponía muy orgullosos.

Y el cocodrilo verde, luminoso, del último túnel, que pasaba por ser terrible, nos impresionó un poco, sí; sobre todo el color rojo de la parte interior de la boca. Pero no demasiado:

—¡Vaya tontería lo del cocodrilo!—dijimos todos los muchachos al salir del túnel.

Y, al terminarse la última revuelta, y para cuando llegamos a la altura de la gran turbina verde de la salida (que había llegado demasiado pronto), al interrumpirse la marcha suave de la barca, y hacerse áspera y entrecortada, notamos nosotros cuatro que habíamos empezado a subir la serie ascendente de rodillos; y, dicho en una palabra, que el circuito había terminado.

Y, tras hacer todos idéntica petición, repetimos el recorrido del «Río Misterioso» tres y cuatro veces; pero siempre, eso sí, cambiando de lanchas, y de compañero

de navegación. También cambiamos los asientos; pues bien podría ocurrir que la secreta emoción fuera mayor en el banco de la izquierda que en el de la derecha. ¡Había que probarlo todo!...

... Y saliendo ya a la terraza exterior, por la escalera que ascendía desde el centro del cobertizo oscuro, fuimos hacia el Sur, correteando siempre. Y tras subir solo la primera parte de la escalera hacia el torreón, torcimos a la derecha, y... ¡era el carrusel! Desde la estación contigua al túnel, se podía leer en letras nuevas y brillantes: «Montaña Suiza».

... Y desde el otro extremo del túnel, que atraviesa el edificio por su parte inferior, apareció el carrusel; que llegaba a la parada rebosando griterío y bullicio. En la proa del pequeño tren aparecían, esculpidos y pintados en colores chillones, sendos dragones de madera, uno a la derecha y otro a la izquierda, como si se tratara de sus porta-estandartes.

Y un segundo carrusel, que esperaba ya en la parada, se puso en marcha. En tanto empezaba a vaciarse aquél que llegaba.

—¡Diablo! ¡Qué lío!... «¡Despasio, chiquillos!»... ¡Qué locura!—decía el maquinista, que venía sentado en el centro del aparato.

Llevaba una gran boina, su español era torpe y elemental; y marchaba en la articulación del centro del tren, agarrando en permanencia el freno, cual vigía vigoroso.

Y dado que se decía que se experimentaban sensaciones más fuertes en el banco trasero, en el último, se producían en él justamente los más ásperos forcejeos: ¡todos querían sentarse en él! Y todos también preferían muchas veces esperar pacientemente a que se vaciara, impulsados por ese secreto deseo; incluso si para lograrlo teníamos que dejar pasar el carrusel varias veces... ¡Y qué protestas, análogamente, cuando había que dejar a otros aquel bendito banco, que tanto había costado conseguir!

Efectuamos el recorrido una vez, y dos, y tres. Y al bajar hacia el profundo túnel de detrás, sentimos un poco de miedo. ¡Qué era aquella cuesta empinadísima! Pero una vez de llegar al apeadero de salida, nos sentíamos alegres y orgullosos.

También aquello terminó, y nos lanzamos en tropel hacia abajo.

... Al pie de aquella escalera existía entonces una especie de armario, hecho de colores chillones, de ruidos y de timbres; llamaba sin interrupción. Y leí la única palabra que figuraba en su parte superior: «Horóscopo». ¿Qué diablos podía ser aquello?

En su fachada delantera aparecían varios rostros risueños de hombre y de mujer, pintados en feos y estridentes colores, y distribuidos al azar por la superficie. Había, por otra parte, a la altura de nuestras frentes (es decir, en posición demasiado elevada para nosotros), cinco o seis brillantes bocas de buzón; y otras tantas rendijas para las monedas.

—¡Padre!—pedimos—. Mete una moneda ahí.

Pero no se hizo esperar la respuesta que detestábamos:

—No. No entenderíais nada. Sois todavía demasiado pequeños. Ya jugaréis a esto cuando crezcáis...

Y tras decir algunas cosas feas, tuvimos que callarnos

Pero hubiéramos querido quedarnos allí entonces mismo, y entrever al menos de qué se trataba.

Y vimos en esto a un par de soldados en pie ante el armario, riendo una y otra vez, que se leían mutuamente las hojitas de papel verdes, y moradas, y rojizas, y anaranjadas, que iban saliendo de los buzones brillantes; y estaban con ellos tres mujeres jóvenes. Y los cinco se reían estentóreamente a carcajadas.

Y recuerdo que me pareció que los cinco eran desagradables, y desvergonzados, y feos, y repugnantes. Parecía como si, en las risas que se repetían entre los cinco, hubiera algo oscuro que se me escapaba.

Y como atemorizado ante la idea de sorprenderme a mí mismo como motivo de vergüenza, me alegré cuando vi que se marchaban de allí. Y cuando se marchaban les miré muy fijamente.

Y entonces nos dirigimos hacia el Oeste, hacia la zona en que estaban los monos.

—¡Ahí no!—dijo el tío—. ¡El otro día justamente un chico joven se rompió ahí la pierna!

Y sentí asco ante la prohibición: ¿por qué no? Adosado al muro de las vías del carrusel, había entonces una barraca de atracciones, de nombre «Las Risas»; y era

ese sitio el que se nos acababa de prohibir. Desde fuera se divisaba una especie de serie de pasillos o balcones en escalera, provistos todos ellos de su correspondiente barandilla. Y la gente circulaba por ellos a pie. Todo era en ella estrictamente gris; como si la guerra de aquellos años le hubiera contagiado su color. Y miré con envidia a los que marchaban de caída en caída por ellos.

—¡Vamos a merendar!—interrumpió el tío—. Os invita a todos el primo que acaba de llegar de Bélgica.

No entendimos aquello. Solo comprendí mucho más tarde la clave de aquella fiesta. Aquel primo nuestro había andado por Europa durante cuatro años; de Francia a Bélgica; y por poco a Rusia, por lo que decían. Pero, ¿y qué?

Y ganados de nuevo por el afán de corretear, nos dirigimos al restaurante que había encima de la maquinaria del funicular.

Nos sentamos en tres o cuatro mesas; y tras realizar varios pequeños descalabros (como manchas en los jerseys, pedazos de sandwich que caían al suelo, el agua derramada por el mantel, etc.), terminamos el chocolate espeso. Evidentemente, habíamos tomado chocolate «a la española»; y no «a la francesa», porque éste era demasiado delgado. ¡Y chocolate con bolado para nosotros! Nada había mejor. Qué placer al ver cómo se iba disolviendo el bolado en el agua, como si se tratase de un minúsculo iceberg...

—Y ahora, para terminar por hoy, al laberinto y a las canoas. ¿Qué os parece?

La ráfaga de gritos no dejó mucho lugar a la duda...

... Y para cuando salimos al exterior, oí el profundo estruendo del funicular; y se me antojó extraño, como si se tratase de algún agente propulsor que actuara desde el mismísimo subsuelo.

... Y llegamos a la tienda de gollerías y dulces del tejado en punta cónica; y vimos dulces en venta, y patatas, helados, pirulís, makilgoxos y barquillos.

—Habrá que comprar ahora comida para ésos—dijo el tío—mientras nos indicaba con su mano las jaulas de los monos.

Y mientras ellos compraban aquellas golosinas, pues recuerdo bien que yo no fui a la tiendita, me fijé durante un fugaz instante en la fuente circular que tenía delante de mí.

Desde la bandeja redonda superior; es decir, desde el recipiente casi plano y verde que había encima de la columna que servía de eje a la fuente, se derramaba el agua por seis chorros permanentes, que formaban un conjunto circular de agua descendente. Entre los chorros, y a modo de soporte de la bandeja, había tres plantas y tres muchachos de metal, en función equivalente a las cariátides.

Y en la orilla del estanque circular noté la presencia de varias palomas, que miraban a aquella agua cuya profundidad no alcanzaba los diez centímetros; que jugueteaban sin cesar, deteniéndose arriba unas veces, abajo otras. Las más eran totalmente blancas, y alzaban orgullosamente su cola hinchida. Había otras pocas, de todas maneras, de color entre rosa y morado.

Y me pareció que merecían ser queridas.

Y deseé acariciarlas; e incluso me incliné una vez, y dos, y tres, tratando de atraerlas a mi mano. Pero me rehuyeron repetidamente.

—Dales esto en la palma de la mano—me dijo mi padre.

Y tampoco hoy sabría decir qué tipo de grano era aquél. Pero, cuando menos me lo esperaba, una de las palomas blancas se aventuró hasta mí; y comió aquel grano en mi mismísima palma. Y al picotear el grano sentí un picor tremendo; pero también una extraña alegría que no conocía, una alegría sin par y completa.

Nada más agotarse el grano de mi mano la paloma se volvió a la fuente verde.

Y para cuando me pude dar cuenta, mis primos y demás estaban ya junto a las jaulas de los monos. Y con un pequeño pesar íntimo, me alejé de la fuente.

Allí estaba, claro, rabiando como siempre, el célebre «Bartolo», un mandril feo y malo. También «Txita» estaba allí, fea y vieja a más no poder, sentada siempre; y, por lo que parecía, no escasa en piojos. Y estaban también allí los demás macacos, en una fila de jaulas. También nosotros nos hallábamos allí. Se decía que habíamos ido a verles; pero no menos a tentarles y gastarles bromas...

Por lo visto alguien hizo no sé qué gesto a «Bartolo», y allí se nos puso echando fuego el irascible mono. Y tras girar sobre sí mismo, recogiendo al paso con su mano cuantos restos había en la jaula (raspas de fruta,

cáscaras de cacahuete, trozos de cagarruta), los lanzó contra nosotros con todas sus fuerzas. ¡Qué odio más intenso iluminaba sus dos pequeños ojos!

Nosotros reíamos de gana, no hay duda. Pero a veces, sobre todo cuando «Bartolo» zarandeaba las barras, surgía en nosotros una especie de inquietud:

—¿Acabará rompiéndolas?

Y de allí subimos todos, los veinte, al Laberinto, entrando todos en él, jóvenes y viejos.

Y en los huecos de las paredes interiores, realizados por luces extrañas de todos los colores, vimos cráneos amarillentos y máscaras espantosas; y anduvimos sin poder acertar la salida del salón circular de los espejos, dando mil vueltas, y riéndonos a carcajadas.

Y más tarde, prosiguiendo la marcha en el laberinto, pasamos al «caracol»; a aquel caracol que no era sino un pasillo estrecho y largo. Giramos por él largo rato, hasta completar cinco o seis vueltas completas, cada vez más cerradas; y hasta marearnos. Había que girar hacia la izquierda primero, y hacia la derecha a continuación.

Y como final de laberinto, entramos en aquella curiosa taberna; a la taberna que provocaba el mareo. Sus puertas y sus columnas estaban inclinadas; y su suelo, sus sillas y sus mesas, estaban sobre un plano inclinado. Allí estaba también el tabernero, de cara bien roja, como recién salido del «Musée Grévin»; un leal servidor, pero totalmente inclinado igualmente.

¡Qué era aquello! Al final, pues, se atravesaba aquel bar torpemente, como en plena borrachera, cayendo casi a cada instante; y agarrándose en cada momento a cuanto caía a mano.

En la salida nos esperaba el brillante tobogán de aluminio; tobogán que había que bajar, y que deseábamos bajar además.

—¡Qué pena!—se oía por allí—. Debería ser más largo.

Y el tío nos contó que existía en Alemania un laberinto terrible, en el que realmente la gente se perdía. Y que nos dejó sedientos a todos:

—En Alemania sí...

Descendimos entonces. Y nos acercamos al estanque circular de las canoas; y el padre y el tío se pusieron en la cola junto al arco de piedra amarilla, bajo el que se vendían los billetes.

Por detrás de las canoas escapaba un humo azul y denso, que difundía un tremendo olor, pésimo.

Junto a la taquilla, en pie, veíamos a una señora muy elegante. Se decía que era francesa. Pues entonces medíamos la elegancia y el ser francés por el colorido del rostro, y por la complejidad cromática de las ropas. Y pedimos entonces a mi primo, al que acaba de llegar la víspera desde Bélgica, que contestara a la señora en francés; pero él, por timidez, no quiso hacerlo.

¡Era una pena! Porque, mientras esperábamos en la cola para coger billetes, nos habló en francés; y nosotros, al callarse el primo, no sabíamos qué decir, disimulando con dificultad nuestras carcajadas.

Por fin (¡cuidado que fue largo aquello!), cuando empezábamos a desesperar, le tocó la vez a nuestro grupo. Y pasamos al pequeño embarcadero por debajo del diminuto arco de piedra amarilla. Debíamos ir de dos en dos; y, en cada canoa, los dos tenían enormes ganas de manejar el único volante.

Y nos pusimos en marcha; y anduvimos de un lado para otro, sintiendo a veces miedo al encontronazo entre nosotros mismos. Y en varias ocasiones tuvimos que trabajar un tanto también para no tropezar con nuestra canoa contra el pequeño faro blanco del centro del estanque, o contra las anchas columnas de piedra amarilla que sustentaban el camino del carrusel.

Y cuando la campanilla del puente arqueado blanco sobre el estanque efectuó su llamada desde la entrada (¡llamada que, una vez más, llegaba demasiado pronto!), dirigimos nuestra canoa hacia el muellecito de partida; y... tuvimos que marcharnos... Y parecía que el faro rojo que parpadeaba en la extremidad superior de la torrecilla central nos saludaba con especiales destellos.

Y se diría que todavía percibo en mi interior, tanto aquel olor como el ruido de aquellos motores... Aquella tarde pasó todo demasiado rápidamente: la lancha del riachuelo, y el chocolate espeso, y el laberinto, y las canoas que lanzaban el humo azul.

—Saludaremos luego a Ursula—dijo el padre—. Al marcharnos.

Y cuando se acercaba ya el anochecer, fuimos a dar una última vuelta por Igueldo.

Había entonces tres grandes pinos en la esplanada

de delante de la tienda de golosinas y de las jaulas de los monos.

Y había también en ella un extraño juguete, un pequeño circuito automovilístico de hierro; en el que podía leerse: «Mida usted su fuerza». En el circuito había un pesado cochecito de color rojo, de unos dos palmos de longitud, y que tal vez pesara veinte kilos. Había que lanzarlo cuesta arriba con el mayor impulso posible; e intentar que, sobrepasando el punto más alto, se lanzara cuesta abajo, realizando entonces una bucle completa, cabeza abajo, y llegando finalmente a la meta, y... ¡conseguido! ¡Menudo orgullo!

—Esto no es para vosotros—oímos en medio de la indignación general.

Pero allí nos quedamos, mirando.

Pues bien, los dos soldados y las tres chicas jóvenes, que habíamos visto hacía un momento, se nos presentaron allí. El más fuerte de los dos mozos, que debía medir unos dos metros, consiguió una y otra vez la vuelta completa como si le resultase fácil. Y pensé yo con envidia, y lo mismo los demás: «¿cuándo creceré yo como él, y llegaré a tener su fuerza?».

Y se marcharon así los cinco entre risas, y también nosotros poco después. Y la señora vieja y su pesado coche rojo allí se quedaron en la esplanada, solos, junto a los tres pinos y bajo la luz tibia del crepúsculo vespertino.

—¿Qué os parece que saludemos ahora a Ursula?—preguntó mi padre.

Y fuimos entonces a ver al oso que envejecía, que se extinguía poco a poco, junto al estanque de las canoas.

Y encima de la jaula se podía leer lo siguiente: «ejemplar capturado por el Ejército victorioso durante la gloriosa campaña de Asturias».

La jaula desprendía un hedor intenso. Y el pobre oso, girando sin interrupción dentro de ella, se fatigaba a fuerza de marchar incesantemente; y parecía que, una y otra vez, acabaría tropezando con su morro contra el tronco ya pelado del centro de la jaula; pero jamás lo tocaba.

Las barras de la jaula, y su parte delantera (mejor dicho, la única parte de la jaula que no era puro muro), daba hacia el Matxixako; es decir, hacia el Oeste. Y cuando nosotros llegamos, el sucio interior de la jaula aparecía un tanto enrojecido.

Las sombras de la serie de los barrotes de hierro, por otra parte, y la del pelado tronco del centro, se proyectaban con color morado en la pared roja del fondo. Hasta el deseo de enfadarse se había agotado ya en él; y el que había sido un bello oso, miró hacia nosotros con tristeza, elevando su mirada desde el maloliente agujero. Y una vez más, la centésima aquella tarde, se encaramó perezosamente al tronco descarnado. Y nosotros le lanzamos unos cacahuets por entre las barras de hierro de arriba... Y nuestra aburrida Ursula ni se dignó recogerlos del suelo. Siguió en el extremo del tronco, haciendo oscilar la cabeza hacia los lados, mirándonos tal vez...

Y me pareció adivinar que Bartolo, y Txita, y los demás monos, feos y desaliñados, mostraban en aquel amanecer y en sus estrechas jaulas, como una tristeza desesperanzada; y que se barruntaba lo mismo en todos los movimientos del pesado oso. Y me pareció que, a ratos, miraba pensativo hacia el Matxixako; y que el sol rojo le cegaba...

—¿Cuántos años suelen vivir los osos?

La pregunta desagradó a mi padre:

—No lo sé. Tal vez cinco años, o diez. No lo sé.

Y yo no añadí nada.

Y vi a Ursula sus impresionantes garras negras. Pero no me dio miedo, aunque sí me inspiró compasión; y un gran odio hacia las personas mayores.

.....

Y entonces me sucedió una cosa extraña.

Nos habíamos alejado ya de la jaula; y en esto mi padre me llevó a la barandilla existente junto al borde superior del barranco de detrás de Txubillo. Y cuando los dos estábamos mirando hacia la ensenada de Muitza, me enseñó la rampa deslizante de roca que llega desde arriba hasta abajo:

—¡Mira! Hace ahora ya muchos años, cuando yo era un muchachito como tú, los del caserío de Muitza tenían un burro viejísimo. Y, por lo que se dice, se les volvió totalmente ciego con los años. Al parecer no sabían cómo matar a aquel desgraciado animal. Y entonces lo trajeron una vez a este despeñadero que ves aquí ante

nosotros. Le taparon los ojos con un trapo. Y lo precipitaron por la rampa...

... Y pareció que me había alcanzado un rayo en aquel instante. Ya no sabía ni dónde estaban mis primos, ni mi tío...

... Y, mientras mirábamos hacia abajo, permanecimos mi padre y yo durante no sé cuántos minutos sin decir una sola palabra.

Y como si quisiera disfrutar de los últimos rayos de luz vespertina, apareció una tímida lagartija ante nosotros, circulando por la pared de piedra amarilla hacia arriba y hacia abajo con celeridad y agilidad. Y poco después desapareció de nuestra vista en una grieta.

—¿Y se murió el burro?

Se extrañó mi padre de la pregunta. Y tratando de aligerar la niebla que me había sumergido, contestó con fingida ligereza:

—¡Evidentemente! Una vez de llegar a aquella situación, ¿qué quieres que hubiera sucedido al burro? El burro, además, era ciego; era paralítico, viejísimo...

... Y sin pronunciar otras palabras, regresamos hacia Txubillo.

Nos encontramos con que la esplanada había empezado a vaciarse; y con que, frente a la tienda de golosinas, había menos chiquillería que antes. El coche rojo había sido guardado ya; y la señora vieja que lo cuidaba se había ido. El intenso ajeteo de la tarde había empezado a apagarse en la luz rojiza. Y el templado y bello crepúsculo empezaba a refrescarse también. El terral hizo su aparición.

—Vamos ahora al carrusel por última vez—me dijo mi padre—. ¿Qué te parece? Daremos una última vuelta en la «Montaña Rusa».

Y yo solo oí la palabra «última».

Y, casi tirándome del brazo, me llevó escaleras arriba, y me metió en el carrusel casi a empellones.

—¡Ven rápido aquí!—oí—. ¡Está vacío!

Y me hizo sentarme en el banco de atrás con una de mis primas.

¡En marcha!

Introduje en su orificio el extremo de la cadena de la izquierda.

—¡Cuidado, sí, con esa cadena!—me dijo el tío—. ¡Es esa la del lado de la rampa!

Y nos lanzamos abajo y arriba. Los demás gritaban como locos, los demás iban en un bullicio enorme. Pero yo, por mi parte, fui en silencio.

Algo se había roto en mí.

Y al pasar por debajo de los puentes, y por encima del estanque de las canoas, lanzaron todos agudos gritos. Pero yo miré a la jaula de Ursula. Y cuando el carrusel, dejando el laberinto a su derecha, se lanzó cuesta arriba en su última subida, yo miré hacia mi izquierda; y, sin decir nada, verifiqué de nuevo el gancho de la cadena.

Y miré la temible rampa oscura de detrás de Txubillo, resbaladiza en extremo; rampa que llega sin discontinuidad hasta las rocas de la ensenada de Muitza. Y un terror y un desasosiego desconocidos se apoderaron de mí.

Y cuando, al dirigirnos al túnel, todos mis primos lanzaban sus más sonoros alaridos, yo no tenía en mi cerebro sino al desgraciado burro...

Y también después, en el rojo crepúsculo, y cuando tomamos el funicular, y al acostarme... y al día siguiente, y en días posteriores, y en posteriores semanas... y en los meses y los años que fueron viniendo después, y siempre, he sentido que aquel resquebrajamiento jamás se ha colmado.

Y siempre desde entonces, cuantas veces he subido a Txubillo, y me he detenido al borde de aquel precipicio que da al Mar, he mirado sobrecogido la rampa negra, y me he acordado del burro ciego de Muitza.

Como si la historia de aquel insignificante suceso se hubiera convertido en hito fundamental de mi intimidad.

Ya que hasta que oí aquel día, de labios de mi padre, el triste suceso del burro ciego, no me había dado cuenta de que desde Txubillo podía verse el Mar... Insisto, el Mar.

III

... Y a partir de aquello, durante mucho tiempo, no volví a ver la ensenada de Muitza; ni la rampa, entre morada y negra, de detrás de Txubillo.

Pero permanecieron ambos allí, mirándose mutuamente sin discontinuidad.

Y el Mar incansable lamió con su salitre y su espuma las rocas inferiores; y desgastó sin cesar la morada rampa, y la agrietó. Pues cuando el Mar realiza día y noche su trabajo de demolición, sabe que no tiene por qué darse prisa.

Y también fue gastándose y agotándose mi corazón, insensiblemente, a lo largo de cien semanas. Se fue agotando en silencio, al margen de toda brillantez sensible. Y se fueron así doscientas semanas, y quinientas, e incluso setecientas semanas.

Pero ahora sí lo sé con más certeza que nunca. A lo largo de aquellas setecientas insípidas semanas, jamás había olvidado la rampa entre morada y negra de Muitza. Jamás la olvidé, no.

IV

... Pero cuando habían transcurrido setecientas siete semanas, y cuando yo no te esperaba, penetraste súbitamente en mí, hasta el hondón mismo de mi alma.

Y cuando tampoco tú me esperabas, entré yo en ti.

Y nos encontramos así ambos, tú en mí y yo en ti, recíproca y repentinamente obsesionados, e impulsados por ese embeleso específico que no ofrece otra alternativa que su propia destrucción, nos fuimos a Guéthary.

¿Te acuerdas?...

Y bajamos a la playa de Koskenea. Y—¿te acuerdas?—encontré yo tu mirada en la mía, y tú la mía en la tuya. Eso fue todo.

Y—¿te acuerdas?—probé yo tus labios, ligeramente salados, en los míos, una y otra vez; y tu probaste los míos en los tuyos.

Y cuando nos parecía que, de no hacerlo así, todo iba a estallar en nosotros, y mientras percibía en mi boca los más sutiles movimientos de la tuya, me dijiste siete veces «te amo», en siete idiomas; y yo te contesté lo mismo otras siete.

Y me encontré de repente con que podía hablar cantando:

*... aquella tibia y lenta mañana
de primavera,
—¿te acuerdas?—
el cielo estaba cubierto, tristón;
y el Mar ancho,
ilimitado,
estaba en calma...*

*Y en la gruesa arena
de aquella playa solitaria
junto al Mar,
sentíamos
que las plantas de nuestros pies
estaban doloridas
y propensas al escozor.*

*Aquella tibia y lenta mañana,
olas olvidadas,
que llegaban
desde muy lejos,
reventaban
ante nosotros
parsimoniosamente.*

*Y aquellas modestas olas,
olas insignificantes,
olas olvidadas,
aquellas olas olvidadas y perezosas en grado sumo
aquella tibia y lenta mañana
se marcharon
con rapidez excesiva.*

*Pero en mí
se han convertido
en olas
inolvidables,
en cima
inolvidable
para siempre jamás.*

*A veces la espuma
—¿te acuerdas?—
cubriendo aquí el pedregal azulado,
y blanqueando la arena amarillenta,
llegaba
casi casi
a mojar nuestros pies;*

*y, aquella tibia y lenta mañana,
en aquella solitaria orilla de Mar,
el salitre,
aquel salitre intenso y salado,
reforzado y humedecido en las grietas de las rocas.
nos hacía paladear su deje sutilmente salino
en nuestros labios sensibles.*

... Y en eso
empezó a llover,
aquella lenta
y tibia mañana:
era una lluvia muy menuda,
muy callada,
en pertinaz sirimiri;

y el espacio existente
entre nuestras cálidas mejillas,
que parecían
inseparables,
se fue
humedeciendo
poco a poco...

Y, mientras el Mar sin límite era testigo,
y en tanto que reíamos
en larga y pletórica risa,
allí nos quedamos los dos,
solos a dúo en toda la playa,
—¿te acuerdas?—
no pudiendo controlar nuestra risa irretenible.

Y, aquella lenta y tibia mañana,
en aquella apacible ausencia de viento,
en aquella maravillosa ausencia de viento,
—pues el viento se había detenido—
y en aquella penetrante atmósfera de salitre,
te sumergiste en mi mirada
sin reservas;

y tú hiciste
del Mar,
de aquel Mar en el que
ni siquiera nos habíamos fijado,
de aquel Mar ancho y sereno,
mi hermano en el ser,
instaurándolo como rey de mis entrañas.

*Y nos alejamos de aquellos parajes
tú y yo,
nos alejamos de la playa pedregosa,
sin siquiera despedir
al Mar,
sin acordarnos incluso
del Mar;*

*y descuidadamente protegidos
bajo una única y exigua capa transparente,
nos dirigimos
hacia Koskenea;
y a medida que avanzábamos
la alegría crecía en nosotros,
adoptando un aire cada vez más bullicioso...*

... Y nos fuimos a aquella casita que iba a ser la nuestra, y que no conocíamos; casita en pleno pinar. Y—¿te acuerdas?—se llamaba «Tubuai».

Tenía un tejado de alero ancho; y en la fachada delantera, como soporte, aparecían unos gruesos troncos que resultaban decorativos en su estado natural.

Y al entrar, cogidos de la mano sin interrupción, abrimos la ventana; y, en un entusiasmo que era pleno, respiramos ambos el húmedo frescor que exhalaba el pinar; y oímos goteras por doquier.

Y nos sentamos después; y comimos en abundancia los magurios que habíamos comprado; como comimos también aquel trozo de carne que se hubiera estimado incomible. Y bebimos vino a raudales.

Y encendimos la modesta radio que había en el armario de la habitación. ¿Te acuerdas?

Y utilizando la música que ella nos ofrecía, y como si nos hubiéramos vuelto locos, bailamos con fruición, sin límites; y, riendo siempre a carcajadas, nos agitamos los dos, dentro de aquella memorable y minúscula habitación, con agilidad increíble.

Una especie de salud intensa va unida intrínsecamente a aquellas melodías, incluso hoy; como las acompañaba no menos aquel atardecer lento y tibio.

Y yo tenía sed de ti, y tú sed de mí. Estábamos ambos extremadamente sedientos.

Y pasamos revista detallada a todos y cada uno de los detalles de la habitación; como si tuviéramos que preparar inmediatamente su lista exhaustiva.

Y nos juramos mutuamente no olvidar jamás nada de lo que allí se veía. ¿Te acuerdas?

La manta que cubría la cama era amarilla. Y eran también amarillas, aunque más oscuras, las dos cortinas de la entrada.

Había, por otra parte, un gran espejo elegante en el centro de la pared principal de la habitación; y—¿te acuerdas?—nos miramos en él mientras nos abrazábamos estrechamente. Y permanecemos largo rato con la sonrisa en los rostros.

Había también dos sillones, tapizados con un tejido muy suave de tono verde. Y había sendas alfombras verdes a ambos lados de la cama única.

Y después de mirarlo todo con detalle, y de proponernos conservarlo en la memoria, cruzamos mutuamente nuestras respectivas miradas; y permanecemos así, sin mediar palabra, maravillados del milagro que estaba sucediendo en nuestras entrañas.

Al anochecer, la tibieza de la tiniebla creciente uniformizó los colores del interior de la habitación.

Y cuando de allí a un momento volvió a empezar a llover, el pinar se inundó de murmullos de goteras y de chorros sutiles, y nos pusimos a mirar y a escuchar desde la ventana.

Y cuando después, cerrando ésta, regresamos al interior de la habitación, no encendimos la luz.

*Y entonces
por un instante,
por un instante al menos,
calmaste
mi sed de quietud;
aunque encendiendo para siempre en mí
una incapacidad mortal para todo reposo.*

V

Y tal vez al día siguiente, a la hora del crepúsculo vespertino, me acerqué a Guéthary en solitario, cuando se hallaba embebida en un extraño olor a salitre.

Por encima del poblado se podía oír el lejano estruendo del Mar.

*... y calmaste
al menos por un instante
mi sed de quietud;
si bien habías encendido en mí, para siempre,
la más inquieta o insosegable de las zozobras,
si bien habías inyectado en mí
el más doloroso de los dolores de Mar...*

En la calle principal, que baja desde la Casa de Correos, no había estrictamente nadie. Las dos hileras de árboles aparecían mudas en el ambiente silencioso. El frontón de pared única estaba vacío. También los hoteles estaban vacíos. Y cerradas, casi sin excepción, las tiendas. Solo una pareja de damas era visible, mientras charlaban incansablemente junto a la bombonería de la izquierda.

Y a medida que me iba acercando a la playa, se hacía más potente el ruido intenso del Mar.

Atravesé el puente sobre el tren, y dejé atrás la librería de Mimiagua y el hotel «Gurutzia».

... Como si nos fuéramos a ahogar de inmediato, como alocados, nos habíamos abrazado; y en aquella serie de besos que no tenía fin, habíamos caído sobre el lecho... ¿Te acuerdas?

Y entonces escuchamos tú y yo las promesas y los suspiros que habitualmente no se escuchan; y vimos y acariciamos las suaves prendas que normalmente no se ven ni se acarician. Y alcanzamos cumbres de placer y de felicidad que no es posible alcanzar dos veces en toda una vida...

... Y, como otras mil veces, me acerqué a la minúscula plataforma que adornan los tamarindos.

Y se agolpaban en mi mente, una y otra vez, cual tema obsesivo, las cosas que había oído y dicho, cosas

que se habían quedado ya increíblemente lejos; y me parecía verte sobre las aguas del Mar, exactamente como si aquella niebla incipiente constituyera tu imagen allí mismo.

Y te llamé:

—... *ven pronto, ¡por favor!*
una vez al menos,
¡quiero oír aquí
tus risas
y tu voz
por lo menos
una segunda vez!

... *¡quisiera esconder*
por segunda vez
tus frías manos
en las mías,
como en la mañana lenta
y templada
de ayer!

¡Mas fueron inútiles mis súplicas!

Y al decir la palabra «ayer», pareció como si yo despertara:

—¿Cuándo fue ese ayer?... Pues los relojes exteriores no se han detenido.

Y entristecida por la propia enormidad de tu alegría, me hablaste así:

—¡No olvides nunca estas horas!... ¡Por favor, no te olvides nunca de mí!... ¡Jamás amaré a nadie, suceda lo que suceda, aparte de ti!... No podría... Aun después de tu muerte, aun cuando todos te olviden, aun mucho después de que todos te hayan olvidado, mientras yo viva, vivirás en mí... Si un día la amargura de la vida te lleva a la desesperanza, ¡recuerda estas palabras mías, que no perecerán!...

...Y así, simultáneamente, por vez primera y última, aprendimos, tanto tú como yo, lo que es pasar toda una noche, sin experimentar el menor rastro de sueño, hablando, sonriendo, riendo a carcajadas.

Como si una noche entera no durase más de un par de minutos...

Pero ya en aquella noche fragorosa que siguió, tú ya no te presentaste a la pequeña plataforma de Guéthary. En realidad ¡ya nunca más volverías a mí!

Eñ aquel momento todavía no lo sabía. No lo sabía entonces; pero hoy, en este segundo viaje iniciado desde más allá del viento, bien lo sé... La lenta y tibia mañana se había ido para siempre.

... Y vi, desde la pequeña atalaya, cómo las olas reventaban en la zona rocosa de la derecha; cómo surgían sobre ellas veloces crestas de espuma; y cómo se convertían éstas, solo unos metros más adelante, en olas sin espuma.

Y observé entonces aquellas fugaces crestas, desplazándose en fila, como si se huyeran mutuamente; olas que, una tras otra, antes de alcanzar la playa, se iban borrando, y se perdían, dejando un cierto espacio cubierto de fugaz espuma.

Y me asusté.

—¡Destinadas a desaparecer sucesivamente antes de alcanzar la playa!

Y como aquel poeta vasco que veía cómo desaparecía el copo de nieve inmaculado y ligero en el instante mismo en que creía poseerlo en la palma de su mano, también yo me encontré con que todos mis sueños se habían esfumado en el momento en que había creído alcanzarlos.

Veía aflorar sobre el agua aquellas rocas que, incesantemente, hacían que las olas reventasen. Y es verdad que, con aquella marea baja, el Mar se me antojaba más lejano; mucho más lejano y extranjero que la víspera, aun alejada ésta también. Y que las playas solitarias de Bidart me parecieron más anchas y más vacías que aquella mañana lenta y tibia.

Parecía que el vacío y el ambiente salino se habían apelmazado en la parte baja de Guéthary.

... Aquello que había deseado yo tan profundamente, que había esperado tanto tiempo... se me aparecía ya en el preciso momento en que había llegado a mí, como remoto recuerdo; como si desde ya se hubiera convertido en un amargo despecho.

Y, aquellas palabras del cantante del Norte, sobreponiéndose al estruendo de las olas, vinieron a mi recuerdo, para ser escuchadas una vez más:

*«... et de vagues rochers
que les marées dépassent,
et qui ont à jamais
le coeur à marée basse»...*

Y, no pudiendo asimilar tanta melancolía, miré hacia atrás:

—¡¡No es posible!!

Pero estaba cerrado, sí, realmente, el Hotel «Gurutzia», y cerrada también la modesta librería de Mimiague; y cerrados igualmente todos los otros hoteles y casas. No se trataba de una pesadilla.

Y entonces miré hacia mi izquierda; y vi que la «Résidence Guetharia» estaba vacía, y un tanto deslazada, con todas sus ventanas verdes cerradas, como si hubiera sido abandonada precipitadamente.

Como sucede en esos sueños incomprensibles, era yo el único ser viviente en Guéthary.

En aquel templado final del otoño el cielo estaba gris, y la proximidad del ambiente invernal era patente.

Y, dejando atrás la pequeña atalaya, y bordeando la pared delantera de la misma, me dirigí hacia abajo por el camino que desciende entre tamarindos.

Avanzaba ya para entonces el crepúsculo.

Y me puse en marcha hacia Bidart, por el caminito que hay por encima de la playa; y un poco más allí salté a la arena. Y como impulsado por una fuerza interior bien extraña, escribí estas palabras en la zona de arena recién allanada por el Mar:

Para cuando llega uno a la cumbre, el abismo está junto a ella.

Y prosiguiendo mi ruta hacia el Norte, y avanzando siempre por la parte llana y lisa de la playa, me fui, pensativo, por la orilla misma del Mar, mientras de vez en cuando la espuma de las olas me alcanzaba:

—¿Por qué nunca has vuelto a mí?

Y sentí tremendas punzadas internas en mi pecho, y un vacío doloroso.

Y noté que la felicidad sin par e irreplicable de aquella víspera resplandeciente, se estaba borrando en mí a velocidad impresionante; y que estaba ya muy avanzado el proceso de su aniquilación a lo largo de un período de siete veces siete semanas:

*... la mañana de ayer,
la mañana tal vez del pasado año,
o aún mejor mañana de antaño,
que es ya una lejana mañana del pasado...
y aquella lentitud de la mañana remota,
y aquella tibieza de la mañana lenta,
y aquel penetrante olor a salitre...*

... ¿te acuerdas?... se está disipando... ¡se ha disipado ya!...

*... y yo, desgraciado de mi,
que pensé una vez
que hasta la intensidad de aquella lenta y
[tibia mañana
sería definitivamente inmortal,
héme ya hoy,
en este inmediato día de mañana,
inmerso ya en una desesperanza desesperada...*

...disipándose... borrada... ¡aniquilada!... Pues «cuando venga el tiempo, él te robará el amor»...

Por el contrario, allí seguía el Mar, impertérrito, inolvidable, imposible de ser olvidado... pero ¡olvidadizo! Era él el único vencedor potente. Testigo firme de la sucesión de destinos humanos, era él el testigo duradero, un testigo insuperablemente cruel y despiadado.

El Mar: demasiado ancho, demasiado apacible, demasiado inmenso...

Y me acordé del mensaje que había aportado desde más allá del viento:

—El Mar solo conviene al Mar. Tu Patria es el lago.
Y empecé a comprender mi error:

*—¿Para qué me hiciste probar
la fiebre del amor,
esa embelesadora fiebre?
¿Para qué hiciste que gustara
tan brevemente,
con calidad tan excelsa,
«ce bref aperçu de l'Infîni»?*

*si luego, durante largo tiempo,
por un tiempo larguísimo,
eternamente para ser más exacto,
había de seguir penando
hasta el último día
sufriendo de nostalgia
infinita?*

*¿para qué me hiciste percibir
el sutil aroma salado del Mar?
¿acaso no sabías tú que
este abrasador deseo de felicidad
se nos iba a convertir
en origen de todas las desgracias,
y en clave de todas las torturas?*

Barranté entonces un pinar bajo la lluvia:
—¡Si por lo menos no me hubiera deslizado hasta el
«Tubuai»!...

*«Maite ditut nik
maite
gure bazterrak
lanbroak
izkutatzen dizkidanean»... (*)*

Y descubrí que aquellos instantes de felicidad habían sido más fugaces incluso de lo que sospechaba, y que estaban definitivamente perdidos.

Y me pareció que, hasta entonces, nunca había entendido de veras lo que es y significa el Mar.

Y queriendo disfrutar a gusto del olor vespertino a salitre, y mientras acababa de anochecer; queriendo gozar de aquel aroma marino, hecho de lejanía y de nostalgia, me dirigí hacia arriba por entre los bajos tamarindos; y, hacia el centro de la cuesta, me senté en la hierba mirando al Mar.

Y creí verte a ti una y otra vez, y una infinidad de veces; como si tú misma fueras el Mar.

Y encontré, a mi derecha y a mi izquierda, que la galerna de Guéthary, ese violento viento de Mar de

* Celebre canción vasca, citada también en otro pasaje, que dice: «Adoro realmente nuestros paisajes cuando la niebla me los oculta».

Guéthary, la «bruillarta», había torcido los tamarindos y los arbustos, hasta arrancarlos a medias; y que la propia ansia de seguir viviendo, los había afeado y dolorido; que la necesidad de asirse desesperadamente a la tierra, los había deformado y dejado sin follaje; como si se hubieran desfigurado y extenuado mil veces en un combate sin finalidad alguna.

¡Qué cruel es el viento del Mar!

¡Qué cruel es el viento del Mar, sobre todo en verano!

Y las aguas se retiraron más y más atrás...

Y las agujas agudas de roca afloraron en Koskenea por encima de la superficie, como rogando al cielo en su misma dureza, como implorando:

—¡Es ya suficiente!

Pero el Mar no se enterneció un ápice.

Y me persuadí de que era absolutamente necesario olvidar el Mar.

VI

Y cuando la noche estaba ya próxima, y el cielo se había oscurecido totalmente por Biarritz, abandoné los tamarindos y los arbustos de la ladera que bordea la atalaya; y, después de recorrer otra vez el mismo camino que bordea la playa, y que acababa de recorrer poco antes, salté de nuevo a la playa.

Permanecía seca la zona de arena contigua al paseo, la cual no había sido alcanzada por el Mar; e incluso, todavía, estaba un poco templada. Y me acosté allí mismo; y, aunque miraba al cielo, me adentré en mí mismo.

Y los graznidos de las gaviotas se hicieron más agudos y más frecuentes. Entre tanto, el penetrante olor a salitre se extendió hasta donde yo estaba tumbado; y el anochecer se hizo cerrada noche. Hasta el aire, a medida que el tiempo avanzaba, se hizo más húmedo y más fresco; como cuando una neblina húmeda y fría de salitre se difunde tras reventar enormes olas en las rocas de detrás de Urgull en los días de tempestad; y cuando gotas infinitesimales se desplazan por el aire y crean diminutos arcos iris.

... Y me pareció que la larga playa que se extiende por Guéthary y Bidart se estaba borrando en mí; y que millares de gaviotas se unían a las pocas que revoloteaban sobre mí...

...Y en esto nacieron en mí montes inmensos y barrancos escarpados, enormes precipicios, espantosos; blanqueados por la nieve, allí lejos, en las cumbres.

Cubiertos en su parte baja de pinos y de peladas rocas, desplomándose en impresionantes acantilados, aquellos montes llegaban constituyendo inmensos precipicios y barrancos, hasta las últimas avanzadillas de los brazos del Mar, sin levantar espuma en ellas.

Y una vez que el propio Guéthary se había esfumado en mi visión, y lo mismo el cielo oscuro que lo dominaba, leí la palabra extranjera «Eidfjord», tan absorto, o más aún, que cuando la divisé por primera vez.

Y vi una blanca gaviota, que volaba por encima de la tranquila superficie del agua: y oí sus bulliciosos graznidos que, cual ininterrumpida carcajada, atravesaban

el ambiente apacible; añadiendo un deje doliente a la luz tibia, amarillenta y perezosa del crepúsculo.

Y en la temible orilla del Mar, repleta de acantilados, divisé una cabaña solitaria. Presentaba un montón de troncos, apilados hasta la altura del bajo tejado. Y, detrás de la cabaña, muy arriba, imponentes y caudalosos torrentes salvajes se despeñaban desde lo alto de los peñascos.

Y cuando contemplaba aquel paisaje excepcional, noté un calor abrasador en los dos ojos; y escuché que algo me llamaba tímidamente, sin palabras, desde dentro de mí:

—¿A dónde te has trasladado?

Y sentí cómo me invadían de nuevo mareos y náuseas, y cómo la vieja desesperanza desesperada de antaño, hablaba otra vez por mi boca:

—¿Para qué encender en nosotros áridas sedes que nada podrá calmar? ¿Quién puede odiarme hasta este punto?... ¿Cuál es la causa de estas inacabables tristezas humanas? ¿A cambio de qué se nos da este infierno, o para placer de quién?

Y yo mismo añadí:

—Me resultas hoy demasiado ancho, demasiado ancho, sí, demasiado sereno, demasiado inmenso... ¿Cómo puede proyectarse sobre ti la bebida avara, bebida que no puede paladearse sino gota a gota, y únicamente de tiempo en tiempo?

Y de nuevo recordé la frase que había traído conmigo desde más allá del viento: «El Mar solo es apropiado para el Mar. A ti te corresponde el lago»...

Y los pequeños acantilados de Bidart se habían convertido en precipicios inmensos, y los nuevos y espeluznantes despeñaderos me parecieron más bellos.

... Y más allá de los bruscos promontorios apareció un barco perezoso... Era el «ferje» que realizaba el pasaje seis veces al día. Tenía dos mástiles, altos, fuertes; y dejaba tras sí un surco nítido de espuma.

Había surgido en el último rincón de la ensenada como si fuera su vigía, y se acercaba hacia mí muy poco a poco; como temeroso de desgarrar y polucionar con ruido y con humo aquel ambiente excepcional. O como salen con cuidado las fieras al abandonar sus madrigueras.

Y leí la palabra «Eidfjord» en el embarcadero del muelle. Y paladeé en mi interior, sin prisas, el melancólico exotismo de la palabra. Y, con la misma intención, saboreé lentamente la consonancia extraña de «Skanevic»... Y divisé el pueblecito de Ulvic, situado en el último desfiladero del golfo. Y recordé las casitas blancas y las callejas simpáticas de Ballestrand; y a aquella gente joven que reía en conversación bullanguera...

Y cuando ya el «ferje» estaba más cerca de mí, pude leer la palabra «Kinsarvik» en la proa del barco.

Y mirando a las gentes y los coches que traía, me paré en el refugio, junto al agua, mientras leía plácidamente, y sin necesidad igualmente, las horas de salida y de llegada del «ferje»; saboreando en secreto aquel maravilloso anochecer que concluía, si bien alargándose indefinidamente.

—¿Ya se conseguiría un Kinsarvik, ni incluso en un sitio como Gavarnie, añadiendo a éste el olor a salitre y el ininterrumpido graznido de las gaviotas? ¿Ya se lograría un encanto comparable al de Ulvic, en luz o en Cap-Long? Superpongamos el salitre, y la superficie quieta del agua, y el olor a hebrecho, y un entorno montañoso...

... Y me lancé hacia el Oeste por el agua.

... Y cuando los duros barrancos y las peñas verticales se suavizaban en un anochecer lento, vi el puertecito de Strömstad en un recodo de la ladera.

Y atraído hasta allá por una ráfaga de viento vespertino, se difundió por los parajes un intenso olor a algas.

Los montones morados de plantas marinas, esparcidos por todas partes, moteaban de tonos oscuros las arenas recién alisadas por las aguas. Aquellas plantas negruzcas, arrancadas al fondo del Mar, decrepitas, forzadas a doblarse y plegarse indefinidamente, obligadas a adaptarse al suelo arenoso en todas y cada una de sus ramitas y extremidades, como si trataran de mostrar al cielo una renuncia todavía más total a la vida, plantas más debilitadas y agotadas que en cualquier flaqueza, que parecían la triste imagen de la muerte misma.

Y me acordé de Gaztelugatxe, y de Saturrarán, y de las rocas de Harribizketa. Y de la película «Une jolie petite plage»; y del gran Gérard Philippe que aparecía

siempre en ella bajo un viento incesante, invariablemente pensativo, y acompañado de su gabardina. Comprendí entonces por primera vez el quid de la excepcional poesía de las orillas arenosas que acaba de abandonar el Mar.

Las gaviotas parecían ser el único habitante de aquellos parajes; y su carcajada insistente, el único ruido.

Y repetí una y otra vez:

—¡Eidfjord! ¡Skavenic! ¡Kinsarvic!...

Y un poco después, como iluminado:

—¡Por lo menos ésto, por favor!

Y ráfagas de viento fresco pellizcaron ligeramente mi rostro. Y las gaviotas y los mallones se pusieron a volar en grandes grupos, arriba, muy arriba, dando más y más vueltas, y haciendo oír sus graznidos por doquier.

Y a medida que el cielo nuboso descendía, y que la humedad y la proximidad de los gritos de las aves estrechaban aquel inmenso desfiladero entre montañas, el fiordo se humanizaba también; al ocultarse la amplitud excesiva de su parte alta detrás de la bruma limitadora.

Y me pareció que esta nueva visión del fiordo, más limitado y más corto, más oscuro, más nuboso, más invernal de aspecto, me resultaba preferible al fiordo bajo cielo despejado...

Y quise entonces montar mi tienda azul de campaña, de tela allí mismo, en Ulvic o Kinsarvik, en aquella región que avanzaba con parsimonia desde la luz del día hacia las tinieblas nocturnas; y hasta pensé en decir un adiós definitivo al mundo, y a todos los que en él viven. Me dedicaría allí, junto a rocas que apenas afloran sobre el agua y en compañía de las gaviotas, a restregar algas arenosas durante las inacabables puestas del sol, y a besarlas... Y comería rojos filetes de carne de ballena... Y, al amanecer, tomando agua salada en las palmas de mis manos, bebería tragos amargos...

Y me invadió una riada de felicidad...

... Pero, cuando me hallaba en pleno sueño exhuberante, oí voces de muchacha, que se acercaban a mí, y risas y murmullos; y me despertó una pareja que venía besándose dulcemente por el paseo que bordea la playa;

y que me transportaba desde mis remotos fiordos interiores hasta la costa solitaria de Laburdi.

Había oscurecido completamente para entonces en Koskenea. Y me sorprendí a mí mismo con asombro:

—¿Qué diablo eran esas ideas?

Mi espalda estaba totalmente congelada, y medio mojada. El olor a Mar era extremadamente penetrante, y el fragor de las olas, ininterrumpido, era realmente fuerte.

Por otra parte, la fila de las crestas andantes de espuma, delante de Guéthary, brillantes y luminosas en el negro de la noche, continuaba sin descanso su itinerario fallido hacia la playa, sin alcanzar jamás su objetivo.

Y oí tañido de campanas... y vi que robustos homínidos descendían una ladera, arrastrando ramas... y oí «Txin-ko, Txin-ko, Txin-ko»... todo sin interrupción... camino siempre hacia una meta no alcanzada...

Me senté; y, obsesionado, analicé las palabras que había escuchado un día con imponente estruendo:

—El Mar solo conviene al Mar. ¡No aspire tú a otra cosa que al lago!

Y, de pronto, sentí terror:

—El fiordo... el olor a salitre, las gaviotas... ¡y el lago a la vez!

E iluminado por la poderosa sabiduría del más allá del viento, me negué a la corazonada que intentaba germinar en mí.

Y me levanté bruscamente, con determinación; y me dirigí hacia arriba por el sendero entre tamarindos.

Y, al llegar a la pequeña atalaya, vi la interminable fila de crestas de espuma, que se destacaba netamente sobre fondo negro:

—¡De noche todo es más claro!

Y aun sintiendo en mí una áspera resistencia, dije «no»; y, despidiendo a Guéthary para siempre, me dirigí hacia el Norte, en búsqueda de lagos.

VII

Y movido por aquella necesidad de acercarme al polo Norte, me puse en marcha, y anduve hasta agotarme.

Y transcurrieron siete veces siete semanas; y ese mismo lapso de tiempo otras siete veces.

... Y poco a poco, paulatinamente, costándome enorme esfuerzo, acabé creyendo el mensaje difícil e indigerible que había aportado del más allá del viento; y lo hice carne de mi ser. Y escribí en letras de oro las siguientes palabras: «la meta es el lago».

Y atravesé entonces las populosas calles de Bayona, y dejé abajo el río Adour. Y desde los altos de Saint-Esprit volví mi mirada hacia el Sur. Y vi, por encima de la ciudad, y por detrás de las dos agudas y oscuras torres de la catedral, la inmensa cordillera de montañas. Y reconocí, aun distinguiéndolos con dificultad, Izarraitz, Ernio, Larrun, Urtsuia, Baigura.

... Y crucé una gran cantidad de maizales de robustas plantas; y atravesé, en parte al menos, el pinar oscuro y anchísimo de las Landas. Y percibí, con alborozo, olor a resina de pino.

Y tras marchar todo un día por entre espinos, brezos y helechos, avisté un lago, el lago apacible y excepcional de Soustons.

Anochece, y el crepúsculo era extremadamente lento.

En todo el contorno del lago, los amplios pinares, privados de relieve, como aplanados en pura franja monocolor, parecían no tener límite. Y allí, en la lejanía, se destacaban siete siluetas de otros tantos pinos, que parecían perseguirse. Firmes, tristes, melancólicos tal vez, contemplé la silueta séptuple de aquellos siete gigantes itinerantes desconocidos.

Y la superficie del lago, más plateada en su reflejo brillante que la plata misma, constituía el fiel espejo de aquel sereno crepúsculo. Nada la agitaba; y nada rebajaba su creadora luminosidad.

El otoño se ofrecía en el punto álgido de su belleza; y aromatizado por los penetrantes olores de las últimas madre selvas, de las últimas hierbas, y de la savia de pino.

Vi un embarcadero a mi derecha, que parecía también admirarse a su vez en el tibio claroscuro; y vi

también una amplia escalinata de piedra. Allí estaba el lago, ante ella, en un fondo de silencio total, transfigurado hasta tomar aspecto irreal, y como mirando, en su paz sorprendente, hacia alguna parte.

Dirigí mi vista hacia el suelo; y descubrí barro, lodo empapado, que parecía negro en aquella luz tibia.

Y bajo los árboles y en los caminitos que tenía a mi derecha, enlazados a pares por sus extremos, topé millares, decenas de millares, millones, de agujas de pino del pasado año; enrojecidas ya al haberse desecado, agujas que seguían siendo tan puntiagudas y punzantes como siempre; y que recubrían por zonas la oscura arcilla hasta enrojecerla y ocultarla.

Y decadente, agrietado, podrido tal vez, observé, junto a un robusto pino, un viejo banquillo de tabla que conservaba aún cierto parecido con un subselio.

Y dejando el quieto lago a mi izquierda, encontré, junto a la escalinata ancha de piedra, un sendero anaranjado; y, marchando por la penumbra húmeda y moteada bajo el arbolado, me alejé del extremo de la Avenue de Gailleben, mientras aspiraba un tibio vaho vegetal.

Y adiviné entre los árboles algunos bancos rojos; y, sonriendo tímidamente, atravesé un arroyuelo por un minúsculo pentecillo «naïf».

Y me encontré con varios patos de cabeza verde, ocultos entre las plantas del borde del lago; y también con temerosos patitos, que no salían sino de cuando en cuando de entre las alas de sus madres; siempre ruidosos, pero no menos apegados por ello a sus mamás.

Vi también algún pájaro que otro, volando, andarín solitario del anochecer; y en sus largas y suaves envueltas ascendentes y descendentes, me pareció que recorría invisibles y transparentes cables eléctricos.

Y para cuando me di cuenta, había llegado hasta Azur, al otro lado del lago. Y la noche se echaba encima.

Y en un rincón arenoso de la orilla del lago, descubrí tres o cuatro cabañas extrañas, de aire tropical, rodeadas de arboleda.

En las ocho paredes que constituían el contorno de la cabaña principal, su ladrillo rojo y su yeso blanco dibujaban en ellas una especie de V superpuestas y blanqui-rojas, creándose en conjunto un prisma octo-

gonal. Un extraño cucurucho cubría el conjunto. En la parte superior de un arco de madera, aislado, y edificado a la entrada, podía leerse: «Le Lac d'Azur».

Había un suave herbal hasta la orilla misma del lago. En ésta existía un pequeño trampolín de madera, que hacía las veces de embarcadero; y junto a él, como a la espera, había varios pedalos y lanchas.

Un cobertizo de madera rodeaba la fachada de la cabaña; y había, dando al mismo, tantas ventanas como caras tenía el prisma. Se veían unas diez mesas, vacías todas excepto una. A la luz rojiza del crepúsculo, los manteles rojos que cubrían las mesas, parecían aún más rojos.

Y sentí paz, una paz inmensa, una paz inconmensurable.

Y, embelesado, me fui hasta el trampolín de madera. Y miré hacia Soustons; e incluso más allá, hasta los últimos pinares que me era posible adivinar.

Y puse mis más alocadas esperanzas en la zona invisible que se hallaba más allá de los últimos árboles...

Y la que estaba sentada sola en aquella mesa no vacía, se acercó a mí:

—¡Cuidado que este rincón es exhuberante en poesía!— me dijiste. (*)

Llevabas un vestido blanco y largo, tu cintura era fina y flexible, y tu andar medurado y lento.

—La poesía—te contesté—va íntimamente unida al lago.

Y poco después te pregunté yo mismo:

—¿Crees en el Mar?

Y tú, sin vacilación alguna, me respondiste:

—¡No!

Y un poquito después:

—Se llama felicidad al goce del instante... Negarse a él: he ahí el origen de todas las decadencias.

Y osé tomar tu mano en las mías, y ceñir tu cintura en mis brazos.

Y cuando el lago quedó en la oscuridad, cenamos en aquella misma mesa roja de la casita octogonal.

* El autor se expresa aquí de «zu» al hablar con esta mujer, trato a la vez más respetuoso y distante que «hi»; trato éste utilizado con la mujer amada en Guéthary.

—Quien cree firmemente en el lago—me dijiste después de la cena—no quiere saber nada de mañanas de ningún tipo... El tal ama los eslabones a condición de que estén sueltos, pero no ama la cadena. Quien de veras ama el lago, no busca sino el instante. Yo me afano desde hace tiempo en esa búsqueda del instante; y, hasta cierto punto al menos, puedo decirte que soy feliz. Al principio resulta duro arrancar sin blandenguerías la tierna planta que empezaba a germinar. Pero no hay otro camino. Hay que arrancar la nueva planta antes de que eche raíces, hay que arrancarla de cuajo. ¡He ahí la sabiduría!

Y esas palabras me atemorizaron y me hirieron más de lo que hubiera querido y podido creer. Y me resultaron aún más extrañas en aquella tu boca tentadora.

Pero contesté afirmativamente:

—Así sea. Entre nosotros no habrá mañana.

Y entonces me llevaste a la habitación que tenías en la cabaña octogonal contigua:

—L'indécence—me dijiste—ce n'est pas la chair heu-reuse. L'indécence c'est la mort!

Y fuiste mía repetidamente en tu lecho, hasta que vencido por una enorme fatiga, me dormí. Y me dijiste, al menos con tus palabras, que te había hecho yo más feliz que nadie.

... Y, al despertar, me hallé solo en tu cama.

Miré por la ventana. Y me di cuenta de que no había ni rastro en el sitio en que habías dejado el coche la víspera. Y todavía veo aquel espacio vacío, que me resultaba más vacío de lo que yo hubiera creído y deseado:

—¡Dureza increíble la de esta mujer!

En el silencio y la paz totales del lago, por el Este, en los pinares de las Landas, podía adivinarse que un alba maravillosa se estaba preparando.

Y me acordé de tu vestido blanco y largo; y de tus altos tacones, visibles apenas; y de tu fina y flexible cintura, y de tu marcha suave...

Y al gustar desde la ventana aquel ambiente de paz, me invadió una nueva tristeza. Por el Oeste, sin duda, desde la región contigua al lago, me llegaba un rumor familiar. Era el murmullo lejano de las olas que reven-taban en las larguísimas playas landesas.

I

Y me acerqué a la orilla del lago, y me llegué hasta el morro del embarcadero de madera.

Yacía allí, a mi izquierda, y en la orilla misma, la vieja lancha verde, atada con una cadena y con su proa semi agrietada. Llena de agua, me pareció que tocaba con su quilla la arcilla del fondo.

Más allí, tal vez llegado desde el pueblecito de Azur, y vestido con bastas botas y pantalón corto, hizo su aparición un pescador madrugador. Llevaba una larga caña en su brazo derecho, y un recipiente tosco en su mano izquierda. Y, como si hiciera lo mismo con mucha frecuencia, se fue directamente a un punto concreto de la orilla del lago, y soltó allí sus cestas y sacos, preparando la caña, y sujetándola.

Sobre mí había un árbol que parecía propenso a inclinarse ilimitadamente, como agotado por las fatigas de los años y por la carga de los desencantos, y cuyas últimas ramas tocaban la superficie del agua y la lancha verde.

Me descalcé, y me senté allí mismo. En mi trasero percibía netamente dónde se hallaban los intervalos vacíos existentes entre planchas sucesivas del trampolín.

¡Qué maravillosa era aquella joven mañana!

Sentía las ligeras y quebradas ráfagas de viento en mis pies, como si se tratara de un ligero picor.

Permanecí así, atento a todo, aun sin estar atento a nada; y aquel denso silencio se convirtió en mis oídos en bramido interno.

Me volví. Allí estaba, callado, el curioso restaurante del tejado en punta. Y allí seguía también, junto a él, como incapaz de separarse de su madre, la pequeña casita del mismo tipo.

—¡Es increíble!... He pasado ahí la noche, y de qué manera...

Y entonces, en la mañana aún joven, me enorgullecí como suelen enorgullecerse los machos; pero solamente por las razones por las que ellos suelen enorgullecerse. Y sonreí, con una alegría superficial de macho.

Pero enseguida añadí:

—¡Resulta increíble la vacuidad de esa noche!

Y, de pronto, como si me hubiera herido una espada, se me lanzaron desde alguna parte estas extrañas palabras:

*«pues en realidad no es el salitre del Mar
quien pierde ni un ápice de su salinidad...
sino que son tus labios
los que se han hecho ya
demasiado viejos
para saborear lo salado
del salitre del Mar»...*

Y perdiendo ya totalmente la cabeza:

—Aquella lenta y tibia mañana... una cintura fina y flexible... y unas olas olvidadas... en suave marcha...

Y pregunté:

—¿Por qué te has alejado de mí en plena noche, e incluso antes del amanecer?... Podríamos haber visto ahora, desde la pequeña atalaya, las fugitivas crestas de las olas de Koskenea.

Y un poco después:

—Para cuando me he dado cuenta, todo se halla ya convertido en recuerdo...

Y desde el Oeste, desde la interminable playa de Vieux-Boucau (o desde Guéthary, y desde Muitza, y tal vez desde Gaztelugatxe) me llegaba el ruido del Mar que alcanzaba el lago:

—Tu n'es qu'une âme chétive qui soulève un cadavre!

Y tras calzarme y abandonar el trampolín-embarcadero de tablas, y olvidándome hasta de mirar hacia las

casitas octogonales, me puse en marcha por la orilla del agua, volviendo a rodear en sentido inverso el lago de Soustons por el mismo itinerario que la víspera, meditabundo, pensativo... desesperado:

—Lo que se extingue no es nada... Lo que se acaba no es nada... Aún más, lo que se termina en una atmósfera de salitre, es el fondo mismo del infierno. El Mar es sueño; pero el lago ni siquiera es sueño... ¡Nada más real que el sopor que me invade!... ¡Lo que no es todo, nada es!!

Y metí en mi boca una mora solo madura a medias; y noté que aquel sabor ácido aumentaba la salivación en mi boca, y me hacía derramar lágrimas. Y bruscamente dije:

—¡Este es, sí, el sabor que acompaña al lago próximo al Mar!

Y el deseo de restregar mis manos en aquella tierra negra, y mi sed de llenarlas de hierba, se hizo irreprimible. Y cumplí mi deseo.

Demasiado tarde para mí. No hay duda. Puesto que yo he probado ya el Mar. Sólo los niños pueden salvarse.

Y mis manos se sintieron un tanto calmadas, en aquella humedad especial; y su sed se apagó.

Y gusté el sabor agridulce de la humedad depositada en mis manos por el lodo negro y por las briznas de hierba mojada. ¡Y noté que tienen deje a salitre!

Y me arrebató brutalmente una violenta nostalgia, de tal manera que recalentó y revolvió mi cerebro.

Y entonces volví a tomar arcilla negra del suelo landés; y con aquel puñado, negro y mojado, refresqué mis dos mejillas, que abrasaban.

Y una fuerte impresión me sacudió:

*«y el espacio existente
entre nuestras cálidas mejillas,
que parecían
inseparables,
se fue
humedeciendo
poco a poco»...*

Y, desde el Oeste, a modo de débil eco, llegaron hasta el lago las siguientes palabras:

«aquella lenta y tibia mañana»...

Y rizando la superficie del lago, alarmándolo, maldiciéndolo también, se oyeron entonces estas otras palabras:

«aquella lenta y tibia mañana»...

—¡Demasiado tarde para mí!—dije a gritos—. Pues yo he probado ya el salitre del Mar...

Y me acordé de Txubillo, y de aquel Igueldo delantero e inmaculado, que da al otro lado de Muitza:

—Jamás, ni en ninguna parte, se suicidan los niños... Sin embargo, las personas adultas, en la medida en que no les falta el valor, lo hacen siempre.

Y en total desesperanza, pensé:

—Tal vez entonces fuera posible... Ahora ya no... Me ha envenenado el Mar, y ahora es demasiado tarde.

Y cuando hube terminado el rodeo del lago, miré al otro lado. En aquella neblina azulada sólo podían distinguirse con dificultad los cucuruchos del «Le Lac d'Azur».

Junto a la ancha escalinata de piedra, salieron de debajo de la hierba patos verdes y bulliciosos, y se presentaron ante mí, como tratando de saludarme.

Las nubes del cielo, grandes y pequeñas, se reflejaban en el agua con toda precisión, dibujando y coloreando exactamente su misma figura. Y entre las dos imágenes simétricas, como si se tratara de un eje negro, la fina y lejana recta que formaban los pinares, cruzaba aquella vista de izquierda a derecha.

Y noté que la lancha verde, las hojas secas que flotaban trémulas sobre el agua, y el ambiente todo del lago silencioso, parecían exhalar una insoportable melancolía.

Y pensando que era ya demasiado tarde para mí, desesperé del lago.

Y con la intención de no perder la última esperanza, sin haberlo intentado al menos, crucé el pinar de las Landas y el puente sobre el Adour, y me encaminé hacia Igueldo.

II

Y tras haber desesperado, como queda dicho, de la orilla del Mar de Guéthary y del lago de Soustons, y cuando habían transcurrido ya setecientos siete meses, regresé a San Sebastián.

Y nada más llegar a la ciudad, y sin la menor vacilación, me fui a Igueldo; a Txubillo, mejor dicho. A aquel Txubillo de mis amores, que quería tanto como a mi propia vida.

Y encontré que los jardines de Ondarreta habían sido ampliados, y que no quedaba rastro de la vieja cárcel. Sólo continuaba allí, junto a la playa, el pequeño cuartel de la Guardia Civil, que aparecía ahora privado de toda finalidad. Y barrunté que se habían olvidado los mil fusilamientos sucedidos en ella, y que, junto con el viejo edificio, habían sido enterradas, hasta el último vestigio, las mil canalladas acaecidas en su interior durante los años crueles.

Y dejando a mi izquierda el pequeño barranco de Satrústegui, y el Tenis a la derecha, llegué a la plazoleta de delante del funicular. Había desaparecido la esbelta palmera del centro, podrida tiempo ha, y olvidada totalmente.

Entré a tomar un billete, y me llegué hacia la estación en escalera. En la sala de espera no había rastro del carrillón, ni de su cilindro giratorio. Pedí noticias al respecto al vendedor de billetes, pero éste me contestó no saber nada:

—Debe de hacer ya muchos años de todo eso... (*)

Y me encontré casi solo en el vagón vacío; no había en él bullicio alguno, ni niños que correteasen. Aquella breve tarde de Noviembre, no había ambiente jocoso alguno en la sala de espera, ni en el apeadero bajo el Txubillo.

Se escuchó un timbrazo en ese momento. ¡El mismo! Y de repente pareció que rejuvenecía setecientos años.

Y nos pusimos en marcha; quiero decir que nos pusimos en marcha el conductor y yo, mientras un crepúsculo fugaz y templado se esfumaba rápidamente sobre San Sebastián.

* En español en el texto vasco original.

Había muchas casas nuevas a mi derecha, y la ladera del monte aparecía en esta zona más llena que antes. A mi izquierda, por el contrario, vi el mismo caserío de siempre, aislado, con una suave zona de hierba detrás de él.

Y al llegar hasta arriba, miré hacia San Sebastián. ¡Qué impresión! Al descubrir tan gigantesca urbe, desesperé. Aquellos conjuntos de torres, superpuestas... Mi ciudad me pareció demasiado grande; y que había perdido el alma en Intxaurreondo, en Altza, en Konporta, en Lugaritz.

Y comprendí que aquel diminuto San Sebastián que llevaba yo guardado con mis íntimos recuerdos, estaba afeado en realidad y había sido ahogado.

Pero si bien es cierto que hallé un San Sebastián achabacano y agrandado. Igueldo se me apareció empequeñecido de un modo increíble.

Y, con el corazón dolorido, decidí mirar hacia otra parte. Pero al leer la palabra «Guisasola», me pareció que todavía me era posible respirar.

Al dirigirme hacia el estanque de las canoas, no hallé rastro del un día peligroso y prohibido «Las Risas». Ni de los monos, ni de sus jaulas. Ni de los famosos Bartolo y Txita.

Y al llegar a la altura del estanque de las canoas, tampoco hallé eco alguno del oso vigoroso que había permanecido preso durante tanto tiempo y de manera tan despiadada. En el espacio donde había estado la jaula, ¡qué ironía!, hallé una escalera; y en su dintel leí esto: «W.C.».

Miré hacia Tximistarri; y me encontré con que dominaban aquellos parajes los corrimientos de tierra y la arcilla amarilla. Se estaban construyendo por docenas casitas, casas y casonas. Y la que un día había sido ladera pelada de detrás de Gudamendi, se hallaba ahora en furioso proceso de urbanización.

Y en aquella ansia de naturaleza, miré entonces hacia detrás de Tximistarri. Se divisaba, esto sí, una serie de promontorios: por delante, aparecía el «ratón» de Guetaria; y a continuación todo un grupo de puntas, hasta Matxitxako. Pero en vano trataba yo de ver, por debajo de aquella nube morada y alargada, al menos desde lejos, la isla de Aketx y el peñón de Gaztelugatxe.

Y venciendo con dificultades mi más profundo sobresalto, me volví a refugiar en mí mismo, sin mirar a la ensenada de Muitza:

—Nunca he olvidado—pensé—esa rampa morada y oscura; y precisamente por eso... tiemblo ahora ante la idea de mirarla en este mi segundo viaje.

Y marchando por la plazoleta de los tres pinos, subí a la parada del carrusel. Allí estaba, la vía férrea al menos. Los dos aparatos dobles, que circulaban cuesta arriba y cuesta abajo en mis años jóvenes, yacían en el ancho túnel bajo el hotel, cubiertos por varias bastas mantas; dormidos tal vez para siempre. Las vías estaban oxidadas, echadas a perder; y los espacios entre raíles sucesivos, se habían hecho tan anchos que casi inquietaban.

También estaba parado el famoso «Río Misterioso»; y el fondo de cemento del canal de las lanchas, aparecía lleno, casi hasta arriba, de pedazos de plástico de diversos colores, y de trozos de chapa. El techo del cobertizo largo, por su parte, edificado también en cemento (aunque yo no lo pensaba), se me apareció como amarillento; y afeado en toda su longitud por tres cables eléctricos de aspecto abandonado. Las amarillas columnas de piedra arenisca estaban extrañamente desgastadas; y, al rascarles un poco con la llave que llevaba en mi bolsillo, recogí inmediatamente en la palma de mi mano una imponente cantidad de polvo amarillo:

—¡También tú habrás desaparecido pronto!

Y allí estaba, parada, la turbina-rueda verde, la misma que había sido durante la infancia el potente propulsor de aguas y de lanchas. Y allí también el temido túnel del cocodrilo, cerradas sus dos entradas, y prohibido por sendas rejas de hierro en aquella apacible tarde de Noviembre.

Y sin saber cómo interpretar aquello, pero aguijoneado por un insólito cosquilleo, leí, las letras envejecidas, con una silenciosa sonrisa: «Viaje a la ruta de la felicidad». (*)

Y justo debajo de ese letrero, pintados con color rojo

* En español en el texto vasco original:

vivísimo, aparecían dos corazones pegados a uno a otro de modo inextricable.

En el canal vi también ramas y ramillas al por mayor, peladas sistemáticamente; o flotando a ratos en minúsculos charcos. Y algunas hojas secas que, exactamente como en Soustons, se inquietaban y temblaban por efecto de la más insignificante ráfaga de aire.

Todo estaba callado. Mudas la gran rueda verde y la maquinaria de detrás. Tampoco se oía el rumor del funicular, salvo de vez en cuando y por brevísimo tiempo. Pero desde la pequeña punta de Arrubiko, el sonoro estruendo de las olas llegaba hasta arriba.

No había nadie. En el cuchitril estrecho y feo a más no poder en que se vendían los billetes cuando yo era niño, no había vendedor ni comprador alguno. Estaba yo solo, en una palabra, en todo aquel largo cobertizo, que las ráfagas de aire marino refrescaban a ratos.

Había dejado a la izquierda el estrecho túnel del cocodrilo; y subí entonces los cinco peldaños del puentecillo de cemento que cruzaba el canal por encima (eran cinco, es exacto; pero al subirlos casi tropecé con el techo del cobertizo); y bajé otros cinco inmediatamente. Y contemplé el chamizo de la maquinaria que propulsaba la rueda verde.

—¡No! ¡No era esto! ¡No es posible!

Y me marché cuesta abajo por el caminito que hay a la izquierda de aquella especie de gallinero de cemento. A mi derecha había roca arenisca; y al fondo del camino, entre ramas, aparecía San Sebastián. Y me di cuenta de que no quería mirar hacia adelante.

Por encima del pretil, que unas madre selvas coronaban a mi izquierda, apareció el cabo de Mompás ante mi vista, y más atrás el de Higuier; destacándose en la lejanía la torre blanca del faro de Biarritz. Por allí igualmente, aunque no fueran visibles, estaban la rocosa Koskenea y el amplio pinar de los alrededores de Soustons...

Y cuando el faro de Igueldo empezaba a difundir la triple serie de sus destellos, regresé hacia arriba por el mismo sendero. Y con timidez, con miedo mejor dicho, cuando yo era ya puro temblor (si he de decir la verdad), subí por encima de las vías del carrusel, y terminé las escaleras que hay entre los pinos. Y desde allí era

posible oír netamente el estruendo lejano de las olas.

Y, justo debajo del torreón, me senté en el banco solitario que solía estar vacío. Había encima de mí un grupo de hortensias; en flor aún, aunque éstas estuvieran ya marchitas.

Y por entre las copas de los pinos que se balanceaban a ratos, y por detrás de los amplios círculos que trazaban las gaviotas en su vuelo incesante, yo, ese viajero que ha regresado del más allá del viento, cometí el más grave pecado de cuantos podía cometer; y miré al Mar frontalmente, de tal manera que, al hacerlo, no vi con él ni rastro de tierra:

—¡Tú sí!—dije estentóreamente—. ¡Tú sí eres el mismo! ¡Tú eres el único fuerte!

Me iluminaban por la izquierda, por encima justo de la cima de Gudamendi, y a lo largo del simpático sendero que avanza bajo los pinos y junto a un muro que parecía entonces anaranjado, los últimos y modestos rayos del sol vespertino. Justamente en aquel preciso instante se ponía él detrás de los montes:

«*Nik ez nai
bêra-bear ori!*». (*)

Y habiendo aparecido en mí una nueva zozobra, me levanté. Y adopté la difícil resolución:

—Serás un cobarde si te vas sin haber visto la rampa morada de Muitza. ¡Serás el más cobarde de los cobardes!

Se me aceleró el corazón. Y en tanto que el sol me cegaba, me dirigí por el caminito hacia el laberinto. El sol rojizo teñía el líquen del muro de un tono anaranjado denso. Lo palpé entonces con los dedos de mis manos, y observé que era extraordinariamente suave.

Y tras descender por el lado del laberinto, llegué al precipicio de detrás de Txubillo. Y miré hacia abajo.

Y me pareció que alguien intentaba colocarme un trapo sobre los ojos...

* Las palabras son del poeta vasco Lizardi: yo no quisiera para mi esa insoslayable bajada.

III

...Y, a medida que mis latidos se aceleraban, me vino a la mente el terrible desierto que había querido olvidar. Lo comprendía todo muy bien; como únicamente puede comprender alguien que ha regresado del más allá del viento.

Y vi que varias copas de pinos se balanceaban al viento...

IV

...Y, en el período de calma que siguió, aun cuando me hallaba yo en posición incómoda y absurda, reposé mi cabeza en los últimos travesaños del banco en que me encontraba.

Y divisé el torreón de Txubillo por entre las hojas de hortensia marchitas que tenía sobre mí. Y comprobé cómo los roñosos ganchos que sustentaron lo que un día fue famoso tobogán de Igueldo, célebre diversión, descendían las paredes transversalmente, en claras filas inclinadas.

—Aquel tobogán era muy conocido en nuestros tiempos—me había dicho mi padre hace muchísimo tiempo—. Pero, una vez, un muchacho joven se salió de la pista con su esterilla deslizante, y se mató. Y, a consecuencia de aquella desgracia, hicieron quitar la rampa tentadora; y hoy ya no quedan ahí, como ves, sino las marcas de aquella fila de ganchos...

...Y era cierto, las extremidades roñosas de aquellos apoyos, eran visibles todavía.

Y cuando me cegaba el rojizo sol poniente, que se hallaba justo sobre Gudamendi, me puse a andar por el simpático sendero; y palpé el liquen suave con los dedos de mis manos, liquen que cubría la pared de mi izquierda.

Y busqué inútilmente, en la ladera de Gudamendi, los que fueron caseríos de «Arbulu» y de «Zapatari-Gurutze»... ¡No quedaba ya ni rastro de ellos!

Y más allá del puente inclinado del carrusel, por detrás del cable de acero y de la polea, que estaban parados, aparecían Arratzain, y Mendizorrotz, e Izarraitz; ennegrecidos al contraluz de fondo tan cegador por el Oeste.

Bajé, y crucé el puente pequeño que había tras la golosinería; y me pareció que el descenso que en él efectuaba el carrusel, era mínimo.

Y tras ahuyentar inadvertidamente a varias palomas tardonas, que continuaban en torno al chorro de la fuente de hierro verde y circular, me llegué hasta la barandilla de la esplanada; y me puse a mirar hacia el Antiguo desde uno de aquellos bancos...

V

...Y cuando tenía ante mí el conjunto de cadenas montañosas de Guipúzcoa, oí en la lejanía un impresionante murmullo de cencerros de oveja, que me llegaba tal vez desde Urbía, o desde el Zabalaitz contigo...

Y tomé los barrancos de Santa Bárbara, junto a Hernani, por los barrancos de San Elías de Araotz...

...Y en aquella zona bajo Igueldo, que tenía justo delante de mí, avisté una amplia marisma, con lagunas y pozos por todas partes. Y oí claramente el canto de mil ranas.

Y más allá de los caseríos «Márbil»,* y «Arbízqueta», y «Barraka», en el acuoso Ibaeta, vi, todavía en pie, el viejo «Txillárdegi». Y junto a éste, y también en pie, el viejo y pequeño astillero de «Txalúpa-gilléne»; lo mismo que diversas lanchas, rojas y azules, viejas y nuevas, en apilamiento inextricable, agrietadas las unas e infladas por el agua las otras; pero problema y fuente de trabajo para los fabricantes de lanchas...

Y me invadió una calma especial:

—¡Todavía está lejos!

E insistiendo en aquella búsqueda de calma, escudriñaba con mayor detalle mi barrio natal; y se me iban apareciendo, con nitidez creciente, los abrevaderos, las fuentes, y las casas de antaño...

Y así, a la izquierda de «Txillárdegi», y en fila desde Loreto-Pea, encontré «Sutegízar», y «Ezkonberri», y «Berriéne», y «Bazterrétxe», y «Zubiáurre»; y por fin «Blantxoéne»... Las unas eran bordas cochambrosas, las otras casas elegantes... Pero los antiguotarras de entonces tenían todos nombre propio...

Y sobrepasando «Txillárdegi», y yendo hacia la derecha, en fila hacia «Konpórta», atendidos por viejas decrépitas o por vigorosos jóvenes, intactos también y en sus mismos emplazamientos originales, me encontré con «Rafaeléne», y «Sansusténe», y «Bentaberri», y «Benta-

* Los topónimos van acentuados como figuran en el archivo municipal (siglo XIX).

txíki»... y un poco más arriba, en plena cuesta, con la vieja fábrica de cervezas.

Y por detrás del bosque de laurel de Loreto-Pea, y también prácticamente en línea y subiendo hacia Ayete, topé el caserío «Illúmbe», y «Soldaduéne», y «Santzerréka», y «Jaronenía», y «Txiráin», y «Untzaéne», y «Portuéne», y «Mercadér» y «Munttóa»...

—¡Era el viejo Antiguo, todavía estricto conjunto de caseríos!

Y regresé hacia Igueldo con mi mirada; y me acerqué a Txubillo por «Txokolaténe», y «Zubimúsu», y «Txapeldégi» y «Márbil»...

Pero entonces el estruendo del Mar se dirigió a mí con voz impresionante:

—¡Desiste, ciego!... ¡Abandona esos sueños!... Tu lado se ha secado ya; y pronto se apagará para ti el susurro de la última ráfaga de viento...

VI

...Y me desperté con un sobresalto extremo:

—¿Ya?

Estaba sentado, en realidad, en un banco delante de la tienda de golosinas, y reposaba mi cabeza en la parte trasera del banco, en una posición incomodísima.

En el Antiguo y en todo San Sebastián las luces, encendidas en su totalidad, resplandecían en la noche joven.

Y de pronto, aterrado, llevé mis dos manos a la cara y a los ojos: ¡al menos no había trapo en ellos! Y me pareció que veía bien.

Una infinidad de faros de coche cruzaba San Sebastián en todas direcciones: por la orilla de la Concha, por Zumalakarregi, por la Avenida de Tolosa.

Y dejando el Mar a mi derecha, incluso sin echarle una ojeada, y dispuesto a bajar a pie por el camino viejo, me dirigí hacia Leku-Eder.

La barrera roja y blanca que existe en los límites de Igueldo, estaba levantada.

Y me fui tranquilamente hasta Leku-Eder. Pero a partir de allí, ¡qué locura! Iban coches y más coches hacia arriba, supongo que hacia el dancing «Ku», como si hubieran apostado una carrera y se hubieran lanzado a ganarla como locos. Y ni bajaban a tiempo sus luces largas en la noche sonriente, ni disminuían su velocidad, ni nada. Y pasaron así uno, y dos, siete, cuarenta coches; y todos actuaron de modo idéntico, en tanto que la caravana parecía no tener fin.

Mis ojos acabaron llenándose de lágrimas; y tropecé, y casi caí.

Y entre mil tacos y blasfemias, alguien me espetó desde un hermoso coche rojo:

—Se circula por la acera de la izquierda, ¡viejo! (*)

Finalmente me convencí de que acabarían por atropellarme.

Me hervía la sangre: ésta era la verdad. Y miré en la oscuridad una vez más, con una vaga esperanza. Pero la carretera que bajaba de Igueldo hacia Errekondo, no tenía acera por su izquierda...

* En español en el original vasco.

VII

Y te escribí.

Era una breve carta:

«Me marchó. Me voy de entre vosotros por segunda y última vez. No me preguntes cómo lo he sabido; pero lo sé». (*)

«Nada he olvidado, ni te he olvidado nunca. No podría... Te llevo en el fondo del corazón. Como llevo en el corazón aquella mañana templada y aquellas olas inconmensurablemente olvidadas...

¡Por favor! Quisiera ofrecerte un pequeño presente antes de partir. Mañana al anochecer, te esperaré, a las cinco de la tarde, en el angosto pasillo que une la tierra ancha de Vizcaya y el duro peñasco de Gaztelugatxe...

Te hago esta súplica la triste víspera de mi viaje de regreso al más allá del viento: aunque no me ames, aunque me hayas olvidado, al menos por compasión, por la piedad que inspiran todos los seres cuando parten hacia su acabamiento... ¡ven a mí! ¡Acércate hasta allí!... Quisiera salir hacia ese desierto, que no visita viento alguno, después de haberme sumergido en tu mirada al menos una vez...»

Y crucé las callejas estrechas de Bermeo, y bordeé el cabo Matxitxako por encima; y me pareció adivinar desde allí, muy muy lejos, Talaimendi, Arratzain, Mendizorrotz, Gudamendi, y Txubillo. Aunque, en el fondo, no llegué a ver propiamente nada.

Y continué hacia Bakio. La carretera iba por arriba, siendo bien visible el Mar; el cual, desde aquella altura, se hacía aún más ancho.

Era pleno invierno.

Y pensando en saborear al menos por un minuto aquel paisaje, me paré al borde de la carretera. Aunque solo eran las cinco, la tarde estaba ya francamente avanzada; y el ambiente de la costa era prácticamente nocturno.

Una ráfaga intermitente sacudió entonces el árbol sin hojas que tenía sobre mí; y me invadió una insoponible nostalgia.

* Por las formas alocutivas verbales (noka) es claro que el autor se refiere a su amor de Guéthary.

Hallé con todo suficiente coraje en mí como para continuar mi camino.

Y de pronto, allí delante, un poquito lejos de mí, a la izquierda del abrupto islote de Aketx, apareció Gaztelugatxe. Se destacaba sobre una blanca línea de espuma en todo su contorno rocoso inferior. El tono gris del Mar lo rodeaba por todas partes. Y su extraño encanto, me pareció más extraño que nunca; su abrupta roca, más abrupta que nunca; y el peñascal del lado de Bakio más abrupto y escarpado que jamás.

—¡Gaztelugatxe!—repetí una infinidad de veces en voz baja.

Y al llegar a la encrucijada de la carretera, ásperas dudas me hicieron temblar en la soledad; porque, mezclada con el rugido del Mar, podía oírse ya la voz desesperanzada de mi compañero del viento:

*«sinisten dut
egun batean hilko naizela:
hutsean eroria,
ezerezean amildua,
hauts bihurtuko naizela» (*)*

El sendero que conducía al célebre centro de peregrinación, estaba totalmente embarrado; y nada parecía impulsarme a realizar a pie aquel recorrido deslizante hasta el célebre Gaztelugatxe, a lo largo de un kilómetro malo. Pero yo, que me sabía más allá de toda esperanza, y que había salido a la búsqueda de mi postrera oportunidad, quería llegar hasta allí, de una u otra manera.

Y me acordaba de mi propia carta desesperada:

—Tal vez... acaso... ¡ojalá se acerque a mí aun cuando solo sea por conmiseración!

Y un viento penetrante y frío comenzó a soplar, plegando a ratos las últimas briznas de hierba que quedaban en la zona. El tiempo, sobre todo por el Oeste, más anunciaba lluvia, o incluso nieve, que ninguna otra cosa.

—A pesar de todo, ¡allá voy!—exclamé en voz alta.

Y sin prestar especial atención a los pozos ni a los lodazales resbaladizos, me lancé cuesta abajo con de-

* Canción vasca de X. Lete: creo que un día moriré / que, caído en el vacío, precipitado en la nada, me convertiré en polvo.

cisión. Al hallarse el peñón alargado de Gaztelugatxe por debajo de mi propio nivel, parecía que el Mar oscuro lo rodeaba por todas partes, e incluso por encima de las capillas. Y el mundo se me aparecía, una vez más, como dividido en dos partes; y como si aquella enorme montaña de agua, inconmesurable, se acercara hacia la costa... «y el mar gigantesco, como confuso muro rebosante de espuma, se alzó ante mí»...

Veía ya nítidamente la pared vertical que une a Gaztelugatxe con la orilla de Vizcaya, un resistente muro de piedra; y los dos pretilos que limitan el estrecho pasillo superior. Y aquella doble línea, marcaba, en mil recodos y ángulos, el curioso camino que lleva hasta la capilla; y atraía y resucitaba el antiguo castillo poco a poco.

Pero en el pasadizo no había nadie.

Y el poeta vasco que tenía aquel día como compañero de viaje y como iluminador, continuó:

*«sinisten dut
hartuko nauen lur hortatik
landare berriak sortuko direla;
landareetatik zuhaitzak,
zuhaitzetatik loreak»...**

Y me impresionó la palabra «hartuko» (= acogerá) por su carácter bisémico y alarmante: acogerá, agusará... ¡y ambas cosas al mismo tiempo!**

*«sinisten dut
haiek ere noizpait
lurrera deituak izanen direla»...****

Cuando incluso el cabo de Izustarri era apenas visible, miré en vano hacia Igueldo, que parecía haberse sumergido bajo el Mar.

Y la impresionante canción del poeta continuó su curso:

* Continuación de la canción de X. Lete: creo que nacerán nuevas plantas de esa tierra que me dará cobijo; y que nacerán árboles de las plantas, y flores de las plantas»...

** Difícil juego de palabras: «har», en vasco, significa, a la vez, gusano y tomar, acoger.

*** = creo que también ellas serán llamadas un día a la tierra.

*«edertasunaren neurri bakarran
finkatuta bizi behar dugula
sinisten dut,
gainerako neurri guztiak
gezurrezkoak direla»...**

Y poco a poco, uno a uno, se fueron encendiendo aquí y allí, a derecha e izquierda, los faros marinos.

Y ya aterrado profundamente, exclamé:

—¡Ya está ahí la noche!

Y se terminó el camino, cuando los ecos y el olor a salitre eran vivísimos. Me detuve en el corredor. Allí tenía a mi Gaztelugatxe querido.

La marea estaba baja.

Al mirar hacia el Este, la abrupta isla de Aketx aparecía llena de misterios y tenebrosa. Junto a mí, por el contrario, exactamente como ocurría en Guetaria y Strömstad, las rocas bajas que apenas afloraban sobre la superficie, parecían negras encima del agua. Y, en ruta ya hacia el anochecer, el frío parecía hacer aún más melancólica la desesperanza de aquel crepúsculo sin par.

*«sinisten dut, bai,
egun batean hilko naizela;
hutsean eroria,
ezerezean amildua,
huts bihurtuko naizela»...*

Y me pregunté a mí mismo:

—¿Acabaré, amor mío, teniendo que ascender ahí sin ti?

Y poco después me contesté a mí mismo con otra pregunta:

—¿No tienes miedo?

El olor a salitre se hacía terriblemente penetrante. En aquella peña pelada difícilmente podía encontrarse hierba ni planta alguna; y las pocas que había, aparecían secadas y amarillentas.

A la derecha, tan sorprendentes como siempre, podían verse los dos amplios pasos que atraviesan el

* = creo que debemos vivir tomando la belleza como unico metro, y que todas las demas medidas son falsas.

peñón de parte a parte: el de la derecha es más ancho, más redondeado, y presenta un perfecto aspecto de puente; el de la izquierda es más angosto, más alargado, y más bien parece una grieta.

Encima de la isla, por fin, aparecía la capilla principal, en la parte izquierda; la cual mostraba, casi en superposición, dos tejados rojos y una torre de campanario. Había también otra pequeña casucha, separada, hacia el Matxixako; unida a la capilla principal por dos pretilos bajos de piedra.

Todo era allí escarpado, y todo eran despeñaderos locales; y en las rocas, análogamente, todo era erosión, grietas, musgo y líquenes.

—Pero tú ¡no viniste ni siquiera en aquella crisis suprema mía!

Desaté el pequeño regalo que traía para ti. Y leí la palabra, única, que figuraba en la botellita de perfume que te había preparado: «Eternité». Y lo abrí, y desprendía un aroma embriagador. Y cogiéndolo en mi mano, lo lancé contra las rocas con todas mis fuerzas.

—Que todo lo que ha sido por dentro embriagador aroma, se disuelva en el Mar...

Y en la continuación del muro vertical inferior, que iba por la izquierda, me pareció ver como un hermano mellizo del caminito de la isla de Santa Clara, en San Sebastián; y que allí descendía por el lado del acantilado.

Y me obsesioné en ti.

...Y casi llegué a creer que estabas conmigo...

...Y que ojeábamos juntos las acciones de gracias de los pescadores de Bermeo salvados en las tempestades... y que leíamos juntos los nombres de Fulano y de Zutano, escritos en las paredes de la capilla principal... y que nos enterábamos de las abundantes plegarias hechas por los bermeanos en mil tormentas...

Y que después descendíamos juntos... y que, tras mirar a una el ancho Mar, desde aquella dura cumbre, nos poníamos en marcha, cogidos de la mano, hacia la llanura de los amores en que el viento se ha detenido... y que bajábamos saltando...

Tú bajabas con mayor celeridad que yo, ¿te acuerdas?... Y abajo, en el siguiente recodo del camino, me

esperabas... Venías tú corriendo, y carcajeándote, y yo te aupaba entonces en mis brazos... Y al llegar al pasadizo de abajo, miramos juntos estas mismas ásperas rocas. ¿Te acuerdas?... Y hasta ellas rezumaban melancolía... Y en ese momento nos prometimos mutuamente no volver jamás allí, a no ser juntos. Y cumplí yo mi palabra... ¡la cumplí hasta hoy mismo! Puesto que yo jamás había vuelto a poner los pies en Gaztelugatxe...

...Pero en ese instante se oyó allí una voz despiadada que decía:

—El Mar solo conviene al Mar... Desiste... A ti te corresponde el lago, y el lago que te estaba destinado ¡se ha secado!

Y se pudo oír el mismo mensaje en los despeñaderos verticales de Aketx.

Y noté entonces, de manera flagrante, que se interrumpía y se disipaba en mí, entre horribles dolores, la última ráfaga de viento. Y que pronto me iban a doblegar de nuevo las fatigas que había conocido un día. Y que, en una palabra, por segunda vez (¡por última vez!) debía adentrarme hasta el más allá del temible desierto.

Y dejé oír un grito suplicante:

—¿Cómo es posible que haya nadie que ría? La risa... ¡he ahí el mayor escándalo!

Con todo empecé a subir por el sendero sinuoso; y aun agarrándome con las manos al pretil, me resultaba aquella cuesta de Gaztelugatxe cada vez más dura y más agotadora. Me asfixiaba; pero, aunque fuera jadeando, quería intentarlo hasta el fin, y llegar hasta la cima como fuera.

Y llegué hasta arriba.

Y el Mar se había ennegrecido; y la línea formada por la orilla del Mar en el País Vasco, estaba como señalizada luminosamente por la serie de los faros.

Y noté que una tristeza terrible se apoderaba de mí.

*«hutsean erori behar...
ezerezean amildu behar»...**

Y entonces hallé en mí estas palabras:

—Mi patria... ¡¡¡es el Mar!!!

* = tener que caer en el vacío, tener que precipitarse en la nada.

E, inmediatamente, en el mismísimo segundo que siguió, caí redondo sobre la losa fría contigua a la capilla; y recibí en la cabeza, y en todo el cuerpo, el mismo violentísimo golpe que hubiera podido recibir si me hubiera despeñado por el precipicio de Muitza hasta las rocas...

Y oí cómo se paraba un fuelle impresionante, como se ralentizaban y detenían poco a poco las viejas locomotoras de vapor en los tiempos antiguos, al atacar las pendientes empinadas. Y después noté que aquel fuelle se había parado del todo...

Y en el alba desesperanzada de la noche joven, al menos por un instante indeciblemente corto y fugaz, desde aquel inolvidable Gaztelugatxe, y teniendo por testigos a los mil faros que centelleaban... contemplé el Mar...

ancho...
sereno...
inmenso...

.....

I

Y entonces el Mar...*

* El ergativo vasco da un caracter agente al Mar, intraducible al español: como si el Mar siguiera adelante.